

Gerardo Soler Quintillá

LA LITURGIA DE LAS HORAS

LA LITURGIA DE LAS HORAS

PRESENTACIÓN	8
CELEBRACIÓN DE JESUCRISTO RESUCITADO	10
INTRODUCCIÓN	10
CAMINO DE LA REFORMA	11
<i>Nuevo nombre: "Liturgia de las Horas"</i>	<i>11</i>
<i>El nuevo libro de la "Liturgia de las Horas"</i>	<i>12</i>
ALGUNOS CRITERIOS DE LA REFORMA	12
1. Oración de todo el pueblo de Dios	12
2. Flexibilidad y adaptabilidad	13
3. Restauración de las Horas con las horas del día	13
4. Variedad y brevedad	14
5. Más abundancia de Palabra de Dios	14
6. Verdad y autenticidad	14
7. Nueva riqueza	15
1ª PARTE	16
TEOLOGIA DE LA LITURGIA DE LAS HORAS	16
1. La Oración de Jesús	16
a) La oración en el pueblo judío	18
b) Jesús que reza	19
c) La Santa Trinidad origen y modelo de la oración de la Liturgia de las Horas	20
d) Cristo introduce esa oración	21
e) Cristo asocia a sí toda la humanidad	21
f) Oración al Padre por nuestro Señor Jesucristo.	22
g) Oración en el Espíritu Santo	23
2. La Oración de la Iglesia	24
a) En la Iglesia primitiva	24
b) La Iglesia continúa la oración de Cristo	26
c) La Liturgia de las Horas, cumbre y fuente de la acción pastoral	28
3. Santificación del tiempo	29
a) El ritmo horario de la Liturgia de las Horas	29
b) El ritmo horario de la Liturgia de las Horas reflejado en textos y tiempos	30
4. La Liturgia de las Horas y la Eucaristía	31
a) El Misterio pascual y la Liturgia de las Horas	31
b) La Liturgia de las Horas prolongación de la Eucaristía	32
c) La Liturgia de las Horas preparación para la Eucaristía	32
d) Modo de celebrar conjuntamente la Eucaristía y la Liturgia de las Horas	33
5. Ministros de la Liturgia de las Horas	34
a) Cada bautizado	34
b) La comunidad diocesana	35
c) El obispo	35
d) Los presbíteros	35
e) La comunidad parroquial	36
f) La familia	36

g) Las comunidades religiosas.....	36
h) Otros grupos	36
i) Diáconos.....	37
6. El presbítero y la Liturgia de las Horas	37
a) El presbítero, servidor de la comunidad cristiana	37
b) El presbítero reza en nombre de la Iglesia, con la Iglesia y en favor de todos ...	37
7. Las comunidades religiosas y la Liturgia de las Horas	39
a) Las comunidades religiosas	39
b) Vida de fraternidad y caridad	39
2ª PARTE	41
LA CELEBRACION DE LA LITURGIA DE LAS HORAS Y SUS ELEMENTOS .	41
1. La introducción a todo el Oficio	41
2. Los Laudes de la mañana y las Vísperas	41
a) La luz y las tinieblas	42
b) Los Laudes santifican el día	42
c) Los Laudes hacen memoria de la resurrección del Señor	44
d) Las Vísperas acción de gracias del día.....	45
e) Las Vísperas evocación y memoria del Misterio pascual	46
f) Las Vísperas nos orientan a la luz que no tiene ocaso	46
3. Estructura de los Laudes y las Visperas	47
a) Comienzo de la celebración	47
b) El himno	48
c) De pie.....	48
d) Sentados	48
e) Los Salmos	48
f) Lectura breve	49
g) Sentados	49
h) Responsorio.....	50
i) De pie	50
k) Preces	50
l) Padrenuestro	51
ll) Oración final	51
m) Pertenece al sacerdote o diácono.....	51
n) El oficio de lector	52
ñ) Incienso	52
o) Bendición final	52
4. El silencio sagrado.....	52
5. El Oficio de lectura.....	53
a) Oración y Palabra de Dios.....	54
b) Lectura de los Santos Padres	54
c) La lectura hagiográfica.....	55
d) Comienzo de la celebración	56
e) Himno	56
f) Los Salmos.....	56
g) Las lecturas.....	57
h) Los responsorios.....	57
i) Conclusión del Oficio de lectura.....	58
j) Puede antiparse el Oficio de lectura.....	58
6. Las Vigilias	58

7. <i>La Hora intermedia: Tercia, Sexta, Nona</i>	59
8. <i>Las Completas</i>	60
9. <i>Gestos y signos</i>	61
3ª PARTE	62
LOS SALMOS QUE LA IGLESIA REZA	62
1. <i>El Espíritu nos habilita a la plegaria de la Iglesia</i>	62
a) La plegaria inspirada de los Salmos	62
b) Rezar según Dios	63
c) El salir de nosotros mismos, la ékstasis	63
d) El texto de los LXX	63
f) Los Salmos plegaria de los pobres	64
g) Los Salmos plegaria de Cristo, el "Pobre" de Dios	65
h) Lo que nos dice la Iglesia	65
2. <i>El pueblo donde nacieron los Salmos</i>	67
3. <i>El libro de los Salmos y los géneros literarios</i>	68
a) Los géneros literarios	69
b) Contenidos teológicos	70
1.- Himnos de alabanza (H)	70
2.- Acción de gracias comunitaria (AGC), e individual (AGI)	70
3.- Salmos de súplica comunitaria (SC), súplica individual (SI)	71
4.- Salmos de confianza comunitaria (CC), y confianza individual (CI)	71
5.- Salmos de la realeza mesiánica (RM)	71
6.- Salmos didácticos	71
4. <i>El Salterio y los géneros literarios</i>	72
LOS SALMOS PENITENCIALES	74
<i>SALMO 6</i>	74
<i>SALMO 31</i>	78
<i>SALMO 37</i>	82
<i>SALMO 50</i>	87
<i>SALMO 101</i>	93
<i>SALMO 129</i>	98
<i>SALMO 142</i>	103
SALMOS PASCUALES	107
<i>SALMO 109</i>	107
<i>SALMO 113 A</i>	113
<i>SALMO 117</i>	118
<i>SALMO 46</i>	124
<i>SALMO 103</i>	127
4ª PARTE	132
HISTORIA DE LA LITURGIA DE LAS HORAS	132
1. <i>Las Horas de la oración cristiana (siglos I-III)</i>	132
2. <i>Las Horas de la oración cristiana (siglos IV-VI)</i>	135
a) La Oración de las Horas del pueblo cristiano	135
b) La Oración de las Horas de los ascetas y monasterios	135
3. <i>El Oficio completo, cotidiano y solemne (siglos VI-IX)</i>	136
4. <i>La aparición del Oficio "privado"</i>	137

<i>5. El Oficio divino desde el siglo XVI hasta hoy</i>	<i>138</i>
CONCLUSIÓN	140

Presentación

El Domingo 6 de marzo del año 2011 comencé a escribir estas notas semanales “Liturgia viva”, primero sobre algunos aspectos del Año litúrgico y después siguiendo paso a paso la riqueza inmensa, teológica, bíblica y espiritual de la celebración gozosa de la Eucaristía de la Iglesia. Ahora intentaré escribir lo que he explicado en las clases de Liturgia y en comunidades religiosas de vida contemplativa o vida activa, en los grupos parroquiales u otros grupos, o a otros miembros del pueblo santo de Dios, que quieren descubrir las maravillas que rezamos y celebramos en la LITURGIA DE LAS HORAS.

La Oración de la Iglesia fue desde el comienzo oración de todo el pueblo de Dios, pastores y fieles. El reto de la gran reforma conciliar es que vuelva a ser la oración de todo el pueblo de Dios. Podría ser un compromiso de todos.

"Procuren los pastores de almas que las Horas principales, especialmente las Vísperas, se celebren comunitariamente en la Iglesia los domingos y fiestas más solemnes. Se recomienda asimismo que los laicos recen el Oficio divino o con los sacerdotes o reunidos entre sí, e incluso en particular" (SC 100).

Todavía estamos lejos de que este deseo conciliar se cumpla en nuestras comunidades.

Para redactar estas notas me he servido de la "Ordenación General de la Liturgia de las Horas" (OGLH), documento que tiene que ser leído y meditado para entender las riquezas litúrgico-bíblico-teológicas que rezamos y celebramos. Para los Salmos me han servido dos libros del Profesor Tommaso Federici, profesor, maestro, verdadero mistagogo, y amigo, fallecido en la Pascua de 2002, del que tantas cosas he aprendido (*Teologia dei Salmi*, Roma 1977; *Comprendiamo e celebriamo i Salmi. A- I Salmi di supplica e di fiducia*, Roma 1984). El Dr. Rafael Serra, buen amigo y buen pastor y mistagogo, me ha regalado los Salmos explicados, ¡gracias! También me he servido del libro de mi buen amigo Mons. Julián López Martín, Obispo de León, *La Oración de las Horas*, Ediciones Secretariado Trinitario, Salamanca 1984.

Me doy por satisfecho del trabajo realizado si a alguna persona le ayudan estas notas para alabar y bendecir al Padre por la gran gesta de la Resurrección del Hijo por medio del Espíritu Santo.

Gerardo Soler
gerardos@telefonica.net

Celebración de Jesucristo Resucitado

Introducción

Decimos "Celebración de Jesucristo Resucitado" porque los cristianos, bautizados y confirmados, hemos participado ya de la Muerte y Resurrección de Jesús y hemos recibido su Espíritu Santo que le resucitó. Por eso no podemos celebrar nada más y siempre, que a Jesucristo Resucitado, que alaba al Padre por medio de su Espíritu Santo, que nos hace participar en su Muerte y Resurrección (Bautismo); que nos regala su mismo Espíritu Santo (Confirmación); que escuchamos su Palabra que se hace Pan y Copa, memorial de todo lo que El dijo e hizo (Eucaristía). Nos comunica la Misericordia del Padre (Penitencia), y nos da su Fuerza para el encuentro definitivo con El (Unción de los enfermos). Que anuncia la Buena Noticia y preside a su Pueblo santo (Orden sacerdotal), y es el Esposo enamorado de su Esposa-Iglesia (Matrimonio).

Siempre y sólo celebramos a Jesucristo Resucitado, no podemos celebrar nada más. En la Profesión religiosa celebramos a Jesucristo Resucitado al que por el Bautismo nos hemos adherido, y nos consagramos a El como el único Esposo.

Cuando, con dolor, dentro de nuestra comunidad lloramos la muerte de un ser querido, celebramos la Muerte y Resurrección de Jesucristo, del que nuestro hermano o hermana ha participado definitivamente. En la aspersion con agua bendita recordamos el bautismo por el que nuestro hermano o hermana participó ya de la Muerte y Resurrección del Señor. Y ahora ya definitivamente. El Cirio pascual nos recuerda claramente la Pascua definitiva y gozosa de Cristo y nuestra (Ritual de exequias).

Rezando la "Liturgia de las Horas" damos gracias al Padre por las "*grandes maravillas que ha realizado en su pueblo*". La gran proeza del Padre es la Resurrección de su Hijo, con la Fuerza del Espíritu Santo.

Camino de la reforma

En la Constitución litúrgica del Concilio Vaticano II, "*Sacrosanctum Concilium*" (4-XII-1963), se daban las grandes líneas de la reforma del "Breviario" (SC 87-94). El Papa Pablo VI, el 25-I-1964 creó el "*Consilium ad exsequendam Constitutionem de sacra Liturgia*", con una sección especial para el Oficio divino. Unas ochenta personas trabajaron intensamente, con la colaboración de liturgistas, biblistas, teólogos, músicos, literatos, pastores de almas. El trabajo duró unos ocho años (1964-1971). Antes de la aprobación definitiva para toda la Iglesia, se experimentó en los países de lengua francesa.

Nuevo nombre: "Liturgia de las Horas"

A lo largo de los siglos, el Oficio divino se ha ido llamando con diferentes nombres: "Salmodia", "Cánon salmódico", "Cursus", "Preces horariae", "Horae canonicae", "Officium divinum", "Breviarium", "Opus Dei". Y después los nombres de las diferentes Horas: Maitines, Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas.

"Por una antigua tradición cristiana, el Oficio divino está estructurado de tal manera, que la alabanza a Dios consagra el curso entero del día y de la noche..." (SC 84). *"Ayuda mucho, tanto para santificar realmente el día como para recitar con fruto espiritual las Horas, que en su recitación se observe el tiempo más aproximado al verdadero tiempo natural de cada Hora canónica"* (SC 94).

El nombre tiene que responder a la definición. Se le llama "Liturgia" porque es una parte de la misma. Pero el término "Oficio" es demasiado genérico y poco expresivo en las lenguas modernas. "*Liturgia de las Horas*", expresa el contenido, la naturaleza y la diferencia específica del "Oficio divino". Y al mismo tiempo es más inteligible, aunque para los monjes y el clero era más familiar el "Oficio divino".

Todavía más familiar era el nombre de "Breviario", abreviación, compendio, sumario; pero no tiene ninguna relación con la plegaria de la Iglesia, y es el nombre menos significativo y exterior que se pueda imaginar, como decía el padre Marsili OSB. Por eso este nombre se ha suprimido. La "*Liturgia de las Horas*" indica ya una nueva estructura y una nueva concepción que exige una nueva mentalidad.

El nuevo libro de la "Liturgia de las Horas"

Son cuatro los libros de la Liturgia de las Horas. El primer volumen contiene la "Ordenación General de la Liturgia de las Horas" (OGLH) y el tiempo de Adviento y Navidad. El segundo comprende el tiempo de Cuaresma y de Pascua. Y los otros dos volúmenes contienen las 34 semanas del Tiempo ordinario o durante el año.

En el primer volumen está la nueva "Ordenación General de la Liturgia de las Horas", que ya comentaremos y que será nuestro punto de referencia principal. Dividido en cinco capítulos. Capítulo I: "Importancia de la Liturgia de las Horas en la vida de la Iglesia", encontramos la teología profunda de la Liturgia de las Horas. El Capítulo II describe la estructura de cada una de las Horas y su contenido espiritual. El Capítulo III habla de los elementos de la Liturgia de las Horas: Salmos, lecturas, himnos, preces... El Capítulo IV habla de las diversas celebraciones a lo largo del año: celebración de los misterios del Señor; calendario que se ha de seguir y facultad de elegir algún oficio o alguna de sus partes. El Capítulo V habla de los ritos que se han de observar en la celebración comunitaria.

Algunos criterios de la reforma

En la reforma del Oficio divino convertida en la "Liturgia de las Horas" se han tenido presentes unos criterios, unas pistas, unos caminos a seguir.

1. Oración de todo el pueblo de Dios

Se ha querido "desclericalizar" y "desmonistizar", y convertir la Liturgia de las Horas en la oración de todos los bautizados. De tal manera que cuando los bautizados rezan con la Liturgia de las Horas hacen verdadera plegaria litúrgica, que antes estaba reservada al clero y a las comunidades corales.

Cada cristiano, que comunitaria o individualmente, reza la Liturgia de las Horas, ora en nombre de toda la Iglesia. Esto ha hecho que se cambiase la estructura de las Horas. Laudes y Vísperas siguen un esquema igual para laicos, religiosos o sacerdotes. Como es lógico los presbíteros y religiosos presbíteros tienen unas exigencias profundas de oración, de lectura espiritual, y para ellos está el Oficio de lectura.

2. Flexibilidad y adaptabilidad

"El Oficio divino, en cuanto oración pública de la Iglesia, es además fuente de piedad y alimento de la oración personal. Por eso se exhorta en el Señor a los sacerdotes y a cuantos participan en dicho Oficio que, al rezarlo, la mente concuerde con la voz, y para conseguirlo mejor adquieran una instrucción litúrgica y bíblica más rica principalmente acerca de los Salmos.

Al realizar la reforma, adáptese el tesoro venerable del Oficio romano, de manera que puedan disfrutar de él con mayor amplitud y facilidad todos aquellos a quienes se les confía" (SC 90).

"Como se pide en la SC 90, se han tenido en cuenta las condiciones en las que actualmente se encuentran los sacerdotes comprometidos en el apostolado.

Toda vez que el Oficio es oración de todo el pueblo de Dios, ha sido dispuesto y preparado de suerte que puedan participar en él no solamente los clérigos, sino también los religiosos y los mismos laicos. Introduciendo diversas formas de celebración, se ha querido dar una respuesta a las exigencias específicas de personas de diverso orden y condición: la oración puede adaptarse a las diversas comunidades que celebran la Liturgia de las Horas, de acuerdo con su condición y vocación" (LC = Laudis Canticum, Constitución Apostólica de Pablo VI con la que promulga la Liturgia de las Horas, 1-XI-1970).

3. Restauración de las Horas con las horas del día

"La Liturgia de las Horas es santificación de la jornada; por tanto, el orden de la oración ha sido renovado de suerte que las Horas canónicas puedan adaptarse más fácilmente a las diversas horas del día, teniendo en cuenta las condiciones en las que se desarrolla la vida humana de nuestra época.

Por esto, ha sido suprimida la Hora de Prima. A los Laudes y a las Vísperas, como partes fundamentales de todo el Oficio, se les ha dado la máxima importancia, ya que son, por su propia índole, la verdadera oración de la mañana y de la tarde. El Oficio de lectura, si bien conserva su nota característica de oración nocturna para aquellos que celebran las vigiliias, puede adaptarse a cualquier hora del día. En lo que concierne a las demás Horas, la Hora intermedia se ha dispuesto de suerte que quien escoge una sola de las Horas de Tercia, Sexta y Nona pueda adptarla al momento del día en el

que la celebra y no omita parte alguna del Salterio distribuido en las diversas semanas" (LC 2).

4. Variedad y brevedad

"A fin de que, en la celebración del Oficio, la mente esté de acuerdo más fácilmente con la voz, y la Liturgia de las Horas sea verdaderamente "fuente de piedad y alimento para la oración personal" (SC 90), en el nuevo libro de las Horas la parte de oración fijada para cada día ha sido reducida un tanto, mientras ha sido aumentada notablemente la variedad de los textos, y se han introducido diversas ayudas para la meditación de los Salmos: tales como los títulos, las antífonas, las oraciones sálmicas, los momentos de silencio que podrán introducirse oportunamente" (LC 3).

"Según las normas publicadas por el Concilio (SC 91), el Salterio, suprimido el ciclo semanal, queda distribuido en cuatro semanas, y se adopta la nueva versión latina preparada por la comisión para la edición de la nueva Vulgata de la Biblia, constituida por Nos. En esta distribución del Salterio han sido omitidos unos pocos Salmos y algunos versículos que contenían expresiones de cierta dureza, teniendo presente las dificultades que pueden encontrarse, principalmente en la celebración hecha en lengua vulgar.

A los Laudes de la mañana, para aumentar su riqueza espiritual, han sido añadidos cánticos nuevos, tomados de los libros del Antiguo Testamento, mientras que otros cánticos del Nuevo Testamento, como perlas preciosas, adornan la celebración de las Vísperas" (LC 4).

Puede añadirse, las preces de Laudes y Vísperas, unas mil fórmulas, junto con oraciones nuevas, especialmente en las ferias.

5. Más abundancia de Palabra de Dios

"El tesoro de la Palabra de Dios entra más abundantemente en la nueva ordenación de las lecturas de la Sagrada Escritura, ordenación que se ha dispuesto de manera que se corresponda con la de las lecturas de la Misa.

Las perícopas presentan en su conjunto una cierta unidad temática, y han sido seleccionadas de modo que reproduzcan, a lo largo del año, los momentos culminantes de la historia de la salvación" (LC 5).

6. Verdad y autenticidad

De las lecturas de las vidas de los santos se ha eliminado todo lo que no corresponda a la verdad histórica. Y en las lecturas patrísticas también se han eliminado las concepciones e interpretaciones anacrónicas o marginales. La

celebración en la hora justa, que se expresa también en el contenido de las oraciones, entra también en este clima de autenticidad.

7. Nueva riqueza

La constituye el ciclo nuevo de lecturas bíblicas, unos ochocientos responsorios, antífonas, oraciones, lecturas patrísticas, escritos de los santos y del Concilio Vaticano II.

1ª Parte

TEOLOGIA DE LA LITURGIA DE LAS HORAS

1. La Oración de Jesús

Nosotros, bautizados y confirmados, inmersos en la muerte-resurrección de Jesús, y habiendo recibido su Espíritu Santo, no podemos hacer otra cosa que contemplar el ejemplo del mismo Señor.

"El mismo Jesús, que es uno con el Padre (Jn 10,30), y que al entrar en el mundo dijo: "Aquí estoy yo para hacer tu voluntad" (Hb 10,9; Jn 6,38), se ha dignado ofrecernos ejemplos de su propia oración. En efecto, los Evangelios nos lo presentan muchísimas veces en oración: cuando el Padre revela su misión (Lc 3,21-22), antes del llamamiento de los Apóstoles (Lc 6,12), cuando bendice a Dios en la multiplicación de los panes (Mt 14,19; 15,36; Mc 6,41; 8,7; Lc 9,16; Jn 6,11), en la transfiguración (Lc 9,28-29), cuando sana al sordo y mudo (Mc 7,34), cuando resucita a Lázaro (Jn 11,41ss), antes de requerir de Pedro su confesión (Lc 9,18), cuando enseña a orar a los discípulos (Lc 11,1), cuando los discípulos regresan de la misión (Mt 11,25ss; Lc 10,21ss), cuando bendice a los niños (Mt 19,13), cuando ora por Pedro (Lc 22,32).

Su actividad diaria estaba tan unida con la oración que incluso aparece fluyendo de la misma, como cuando se retira al desierto o al monte para orar (Mc 1,35; 6,46; Lc 5,16; Mt 4,1; 14,23), levantándose muy de mañana (Mc 1,35), o al anochecer, permaneciendo en oración hasta la madrugada (Mt 14,23.25; Mc 6,46.48; Lc 6,12).

Tomó parte también, como fundadamente se sostiene, en las oraciones públicas, tanto en las sinagogas, donde entró en sábado, "como era su costumbre" (Lc 4,16), como en el templo, al que llamó casa de oración (Mt 21,13), y en las oraciones privadas que los israelitas piadosos acostumbran a recitar diariamente. También al comer dirigía a Dios las tradicionales bendiciones, como expresamente se narra cuando la multiplicación del pan (Mt 14,19; 15,36), en la última Cena (Mt 26,26), en la comida de Emaús (Lc 24,30); de igual modo recitó el himno con los discípulos (Mt 26,30).

Hasta el final de su vida, acercándose ya el momento de la pasión (Jn 12,27ss), en la última Cena (Jn 17,1-26), en la agonía (Mt 26,36-44) y en la cruz (Lc 23,34.46; Mt 27,46; Mc 15,34), el divino maestro mostró que era la oración lo que le animaba en el ministerio mesiánico y en el tránsito pascual. En efecto, "Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas,

presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado" (Hb 5,7), y con la oblación perfecta del ara de la cruz "ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados" (Hb 10,14); y después de resucitar de entre los muertos vive para siempre y ruega por nosotros (Hb 7,25)" (OGLH 4).

La Iglesia primitiva ha visto y experimentado a Jesús y a sus Apóstoles, y por eso también reza:

"Ya en los comienzos, los bautizados "eran constantes en escuchar las enseñanzas de los Apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones" (He 2,42). Por lo demás, la oración unánime de la comunidad cristiana es atestiguada muchas veces en los Hechos de los Apóstoles (He 1,14; 4,24; 12,5.12; Ef 5,19-21).

Testimonios de la primitiva Iglesia ponen de manifiesto que los fieles solían dedicarse a la oración a determinadas horas. En diversas regiones se estableció luego la costumbre de destinar algunos tiempos especiales a la oración común, como a última hora del día, cuando se hace de noche y se encienden las lámparas, o a la primera, cuando la noche se disipa con la luz del sol.

Andando el tiempo, se llegó a santificar con la oración común también las restantes horas, que los Padres veían claramente aludidas en los Hechos de los Apóstoles. Allí aparecen los discípulos congregados a media mañana (He 2,1-15). El Príncipe de los Apóstoles, "hacia el mediodía, subió a la azotea a orar"; "Pedro y Juan subían al templo, a la oración de media tarde"; "a eso de medianoche, Pablo y Silas oraban cantando himnos a Dios" (He 10,9; 3,1; 16,25)" (OGLH 1).

Vemos a Jesús y a la Iglesia primitiva que rezan, pero Jesús y los Apóstoles nos invitan a rezar, y nos dicen cómo tiene que ser nuestra oración.

"Lo que Jesús puso por obra nos lo mandó también hacer a nosotros. Muchas veces dijo: "Orad", "pedid" (Mt 5,44; 7,7; 26,41; Mc 13,33; 14,38; Lc 6,28; 10,2; 11,9; 22,40.46), "en mi nombre" (Jn 14,13s; 15,16; 16,23s.26); incluso nos proporcionó una fórmula de plegaria en la llamada oración dominical (Mt 6,9-13; Lc 11,2-4) y advirtió que la oración es necesaria y confiada en la bondad del Padre (Lc 11,5-13; 18,1-8; Jn 14,13; 16,23), pura de intención y concorde con lo que Dios es (Mt 6,5-8; 23,14; Lc 20,47; Jn 4,23).

Los Apóstoles, que, en sus cartas, frecuentemente nos aportan oraciones, sobre todo de alabanza y de acción de gracias, también insisten en la oración

asidua (Rom 12,12; 1Cor 7,5; Ef 6,18; Col 4,2; 1Ts 5,17; 1Tm 5,5; 1Pe 4,7) a Dios (Hb 13,15) por medio de Jesús (2Cor 1,20; Col 3,17), en el Espíritu Santo (Rom 8,15.26; 1Cor 12,3; Gal 4,6; Judas 20), en su eficacia para la santificación (1Tm 4,5; Santiago 5,15s; 1Jn 3,22; 5,14s), en la oración de alabanza (Ef 5,19s; Hb 13,15; Ap 19,5), de acción de gracias (Col 3,17; Filp 4,6; 1Ts 5,17; 1Tm 2,1), de petición (Rom 8,26; Filp 4,6), de intercesión por todos (Rom 15,30; 1Tm 2,1s; Ef 6,18; 1Ts 5,25; Santiago 5,14.16)" (OGLH 5).

Encontramos en Jesús y en la Iglesia primitiva el ejemplo y la vivencia de la plegaria en el Nuevo Testamento.

a) La oración en el pueblo judío

"Jesús nació en un pueblo que sabía orar" (J.Jeremías). Esta afirmación nos lleva a descubrir cómo era la oración de ese pueblo donde nació y creció Jesús. Podemos contemplarlo, cada día, con sus padres, haciendo las plegarias y oraciones de los judíos piadosos (A.Aron, *Les annés obscures de Jésus*, Paris 1966; *Ainsi priait Jésus enfant*, Paris 1968). Y como nos muestra el Evangelio (Lc 2,21.22-24.27.41.51-52).

En la *Mishná*, código rabínico compilado hacia el año 200 de la era cristiana, encontramos unas bendiciones (*berakhot*). En el *Berakhot IV*, encontramos tres momentos de plegaria: la mañana, al nacer el día, el mediodía y la tarde. Dos de estas horas corresponden a las horas en que se ofrecían en el templo los sacrificios perpétuos (Num 28,2-8). El pueblo, al amanecer, desde el lugar donde se encontraba, se unía al sacrificio que los sacerdotes ofrecían en el templo.

En el Salmo 55 encontramos estos tres momentos de oración:

"Pero yo invoco a Dios, y el Señor me salva: por la tarde, en la mañana, al mediodía, me quejo gimiendo" (v.17-18).

En el libro de Daniel vemos al joven que en contra de la prohibición reza tres veces al día: *"Ante esto, el rey Darío firmó el edicto de prohibición. Al saber que había sido firmado el edicto, Daniel entró en su casa. Las ventanas de su cuarto superior estaban orientadas hacia Jerusalén y tres veces al día se ponía él de rodillas, para orar y dar gracias a su Dios; así lo había hecho siempre" (v.10-11).*

El *Shemá* era la oración de levantarse y acostarse, matutina y vespertina: *"Escucha, Israel. Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu*

corazón estas palabras que yo te he dicho hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas" (Dt 6,4-9).

La *Thephillah* es la oración del mediodía, y pertenecía al culto de la sinagoga:

"1. Bendito seas, Yahveh, Dios nuestro y Dios de nuestros Padres, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob; Dios grande, héroe y terrible, Dios altísimo, creador del cielo y de la tierra, escudo nuestro y escudo de nuestros padres, nuestra esperanza de toda generación en generación. Bendito seas, Yahveh, escudo de Abraham.

2. Tú eres héroe que abates a los que están elevados, fuerte y juez de los opresores, que vives por los siglos; resucitas a los muertos, traes el viento y haces descender el rocío, conservas la vida y vivificas a los muertos; en el abrir y cerrar de ojos haces germinar para nosotros la salud. Bendito seas, Yahveh, que vivificas a los muertos.

3. Tú eres santo, y tu nombre es terrible, y no hay Dios fuera de ti. Bendito seas, Yahveh, Dios santo.

4. Concédenos, Padre nuestro, una ciencia emanada de Ti y la inteligencia y comprensión que emana de tu ley. Bendito seas, Yahveh, que concedes la ciencia.

5. Vuélvenos, Yahveh, a ti y volveremos; restaura nuestros días como antaño. Bendito seas, Yahveh, que te complaces en la penitencia".

Y así hasta 18. La liturgia judía comprendía muchas fórmulas de plegaria, de bendición, de acción de gracias, de súplica; y en Jesús encontramos algunas de estas plegarias.

b) Jesús que reza

El *Shemá* aparece en boca de Jesús: *"Jesús le contestó: "El primero es: Escucha Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (Mc 12,29-30; Lc 26-27).*

Algunas frases de la *Tephillah*: *"Dios de Abrahám, de Isaac y de Jacob" (Mc 12,26), "Dios del cielo y de la tierra" (Mt 11,25).*

Oración de la mañana: *"De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se levantó, salió y fue a un lugar solitario y allí se puso a hacer oración"* (Mc 1,35).

Oración de la tarde: *"Después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar"* (Mc 6,46); *"Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios"* (Lc 6,12; Mt 14,23.25; Mc 6,48).

Acude al templo: *"Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua"* (Lc 2,41).

Participa en la sinagoga: *"Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado"* (Lc 4,16; Mc 1,21-22; 6,2).

Bendice antes de las comidas: *"Y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición"* (Mc 6,41; 8,6; Lc 24,30).

c) *La Santa Trinidad origen y modelo de la oración de la Liturgia de las Horas*

"Cuando vino para comunicar a los hombres la vida de Dios, el Verbo que procede del Padre como esplendor de su gloria, "el Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales" (SC 83). Desde entonces, resuena en el corazón de Cristo la alabanza de Dios con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión: todo ello lo presenta al Padre, en nombre de los hombres y para bien de todos ellos, el que es príncipe de la nueva humanidad y mediador entre Dios y los hombres" (OGLH 3).

El Verbo es la Imagen viviente del Padre. Es Palabra que es Conocimiento, Alabanza infinita del Padre. Es el "cántico del Padre": *"Es un reflejo de la Luz eterna, un Espejo sin mancha de la actividad de Dios, una Imagen de su bondad"* (Sab 7,26), *"del Evangelio de la gloria de Cristo, que es Imagen de Dios"* (2Cor 4,4), *"El es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación"* (Col 1,15).

Dice S.Ireneo: *"No sólo antes de Adán, sino antes de toda creación, el Verbo glorificaba al Padre permaneciendo en El, y era glorificado por el*

Padre, como dice El mismo: "Ahora, Padre, glorifícame Tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese" (Jn 17,5) (Heres.IV,14,1).

El Espíritu Santo es Espíritu del Padre: *"No seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará por vosotros" (Mt 10,20).* Y es el Espíritu del Hijo: *"La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá! ¡Padre!" (Gal 4,6).* Y por tanto el Amor y la Gloria del Padre y del Hijo: *"pues el Espíritu de Gloria que es el Espíritu de Dios..." (1Pe 4,34).*

Cuando celebramos la Liturgia de las Horas, por medio de Cristo entramos en ese misterio insondable de la alabanza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Circularidad infinita fuente de todo bien. Y nosotros lo hacemos con nuestras pobres palabras y con nuestros sentimientos humanos. *"El mismo (Cristo) une así la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza" (SC 83).*

d) Cristo introduce esa oración

Cuando el Verbo se hizo hombre, no podía dejar de ser "alabanza" del Padre, y porque es *"esplendor viviente de su Gloria" (Hb 1,3).* Pero su alabanza resonó en un corazón humano, por medio de unos labios humanos, desde el momento en que se hizo carne y *"habitó entre nosotros" (Jn 1,14).*

La plegaria de un hombre a Dios no puede ser pura alabanza y pura contemplación amorosa de Dios, como en la Trinidad; pero es también adoración, contemplación, petición, acción de gracias, intercesión (OGLH 3). Nosotros, Iglesia-Esposa continuamos ese himno de adoración y de intercesión.

e) Cristo asocia a sí toda la humanidad

Cristo al hacerse hombre toma nuestra naturaleza, nuestra carne, y se hace solidario con todos los hombres y las mujeres. Y se convierte en el "Mediador", el "único Mediador" (LG 8). Y el hombre, libremente, de una manera consciente, personal, vital, puede asociarse, juntarse, a esa alabanza de Cristo al Padre:

"Ya que el hombre proviene todo él de Dios, debe reconocer y confesar este dominio de su Creador, como en todos los tiempos hicieron, al orar, los hombres piadosos.

La oración, que se dirige a Dios, ha de establecer conexión con Cristo, Señor de todos los hombres y único mediador (1Tm 2,5; Hb 8,6; 9,15; 12,24),

por quien tenemos acceso a Dios (Rom 5,2; Ef 2,18; 3,12). Pues de tal manera él une a sí a toda la comunidad humana (SC 83), que se establece una unión íntima entre la oración de Cristo y la de todo el género humano. Pues en Cristo y sólo en Cristo la religión del hombre alcanza su valor salvífico y su fin" (OGLH 6).

Con la Encarnación, Cristo se hace el gran Orante de toda la humanidad, y nosotros con la Liturgia de las Horas, unidos a El, llegamos hasta el Padre, y ejercemos nuestro sacerdocio bautismal y de la confirmación, y presentamos la adoración e intercesión de todas las cosas creadas.

Los bautizados y confirmados hemos recibido el Espíritu Santo que resucitó a Jesús y de manera singular estamos unidos a El en la oración al Padre, en nombre de nuestros hermanos, y de toda la creación:

"Una especial y estrechísima unión se da entre Cristo y aquellos hombres a los que él ha hecho miembros de su cuerpo, la Iglesia, mediante el sacramento del bautismo. Todas las riquezas del Hijo se difunden así de la cabeza a todo el cuerpo: la comunicación del Espíritu, la verdad, la vida y la participación de su filiación divina, que se hacía patente en su oración mientras estaba en el mundo.

También el sacerdocio de Cristo es participado por todo el cuerpo eclesial, de tal forma que los bautizados, por la regeneración y la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como templo espiritual y sacerdocio santo (LG 10) y son habilitados para el culto del Nuevo Testamento, que brota no de nuestras energías, sino de los méritos y donación de Cristo" (OGLH 7).

f) Oración al Padre por nuestro Señor Jesucristo.

"No pudo Dios hacer a los hombres un don mayor que el de darles por cabeza al que es su Palabra, por quien ha fundado todas las cosas, uniéndolos a él como miembros suyos, de forma que él es Hijo de Dios e Hijo del hombre al mismo tiempo, Dios uno con el Padre y hombre con el hombre, y así, cuando nos dirigimos a Dios con súplicas no establecemos separación con el Hijo, y cuando es el cuerpo del Hijo quien ora, no se separa de su cabeza, y el mismo salvador del cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es el que ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros" (S.Agustín, Comentario sobre los Salmos, 85,1).

En Cristo radica, por tanto, la dignidad de la oración cristiana, al participar esta de la misma piedad para con el Padre y de la misma oración

que el Unigénito expresó con palabras en su vida terrena, y que es continuada ahora incesantemente por la Iglesia y por sus miembros en representación de todo el género humano y para su salvación" (OGLH 7).

"Que nadie en las preces confunda al Padre con el Hijo, ni al Hijo con el Padre, y cuando se asista al altar (se celebre la Eucaristía) siempre se dirija al Padre la oración" (Concilios de Hipona y Cartago).

"Todo don salvífico viene del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo; y en el Espíritu Santo, por el Hijo, retorna de nuevo al Padre" (S.Padres).

Aún la oración dirigida al Hijo siempre termina en el Padre, porque el Hijo y el Padre son uno (Jn 17,22), y todo lo que tiene el Padre lo tiene también el Hijo (Jn 16,15), y Cristo es la Imagen-Icono de la gloria del Padre, imagen del Dios invisible (Col 1,15; 2 Cor 4,4).

"Cuando los sacerdotes y todos aquellos que han sido destinados a esta función por institución de la Iglesia cumplen debidamente ese admirable cántico de alabanza, o cuando los fieles oran junto con el sacerdote en la forma establecida, entonces es en verdad la voz de la misma Esposa que habla al Esposo" (SC 84).

g) Oración en el Espíritu Santo

"La unidad de la Iglesia orante es realizada por el Espíritu Santo, que es el mismo en Cristo (Lc 10,21: "Jesús lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó: Te doy gracias, Padre..."), en la totalidad de la Iglesia y en cada uno de los bautizados. El mismo Espíritu "viene en ayuda de nuestra debilidad" e "intercede por nosotros con gemidos inefables" (Rom 8,26); siendo el Espíritu del Hijo, nos infunde el "Espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ?Abbá! ?Padre!" (Rom 8,15; Gal 4,6; 1 Cor 12,3; Ef 5,18; Judas 20). No puede darse, pues, oración cristiana sin la acción del Espíritu Santo, el cual, realizando la unidad de la Iglesia, nos lleva al Padre por medio del Hijo" (OGLH 8).

Por el Espíritu Santo, la comunidad en oración, reproduce el diálogo del Padre y del Hijo, al que Cristo ha querido asociar a la humanidad redimida. El Espíritu es ese lazo de unión del Padre y del Hijo, es el Amor y el Diálogo del Padre y del Hijo y del Hijo y del Padre.

"El Espíritu Santo que es el mismo en Cristo, en la totalidad de la Iglesia y en cada uno de los bautizados" (OGLH 8). Es el Espíritu que procede del Padre, y que ha comunicado a su Hijo y que le ha resucitado. El Espíritu que

Jesucristo resucitado ha regalado a la Iglesia y a cada uno de nosotros. El Espíritu que vive también en toda la creación, y que por el bautismo-confirmación nos ha hecho "hijos" en el "Hijo" y por eso podemos decir: ? Abbá! ? Padre!

Nosotros somos criaturas débiles y pobres (Rom 8,3), pero para ayudarnos viene en nuestra ayuda el Espíritu Santo. El nos enseña a orar e intercede por nosotros con gemidos inenarrables. De ahí la necesidad de darnos cuenta de esta presencia del Espíritu para que podamos orar bien.

2. La Oración de la Iglesia

Es muy importante que nos fijemos en la experiencia de oración de *"los que comieron y bebieron con el Señor después de su resurrección"* (He 10,41), que *"acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones"* (He 2,42). Ya que *"lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos acerca de la Palabra de vida, os lo anunciamos"* (1 Jn 1,1-3).

Los discípulos de Jesús aprendieron del Maestro a orar como El: *"Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: "Señor Jesús, recibe mi espíritu". Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: "Señor, no les tengas en cuenta este pecado"* (He 7,59-60).

a) En la Iglesia primitiva

"Acudían asiduamente a las oraciones" (He 2,42), es una nota de la Iglesia surgida de Pentecostés. *"Acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas..., alababan a Dios"* (He 2,46-47); *"Pedro y Juan subían al templo para la oración de la hora nona"* (He 3,1); *"Pedro subió al terrado, sobre la hora sexta, para hacer oración"* (He 10,9); *"Hacia la media noche Pablo y Silas estaban en oración cantando himnos a Dios; los presos escuchaban"* (He 16,25); y la comunidad que también se reúne en oración vigilar: *"Consciente de su situación, marchó a casa de Maria, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración"* (He 12,12).

"Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos" (He 1,14). Es como el modelo, la imagen ideal de la comunidad cristiana: reunidos en comunidad, con María, en comunión con el Espíritu Santo. Y eso en la casa de María, la madre de Juan Marcos, de Jerusalén, también encontramos en Filipos, Corinto, Efeso, Roma, Colosas.

Oración dirigida al Padre por medio de Cristo Mediador: *"Por El, nosotros pronunciamos el amén a la gloria de Dios"* (2 Cor 1,20). Encontramos también doxologías, bendiciones al Padre por la obra salvadora del Hijo Jesús:

"... Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén" (Gal 1,5). *"... del Creador, que es bendito por los siglos. Amén"* (Rom 1,25). *"Y a Dios nuestro Padre, la gloria por los siglos de los siglos. Amén"* (Flp 4,20). *"Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; por tu voluntad, no existía y fue creado"* (Ap 4,11).

Doxologías dirigidas al Padre con mención de Jesucristo: *"A Dios, el único sabio, por Jesucristo, ¿a El la gloria por los siglos de los siglos! Amén"* (Rom 16,27). *"A Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar, conforme al poder que actúa en nosotros, a El la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones y todos los tiempos. Amén"* (Ef 3,20-21).

Doxologías dirigidas al Padre y a Cristo: *"Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos"* (Ap 5,13). *"La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero"* (Ap 7,10).

Doxología dirigida a Cristo: *"Creced, pues, en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. A El la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén"* (2 Pe 3,18).

Encontramos también bendiciones, *beraka*, y *anámnesis*, memoria de algunos aspectos de la historia de la salvación: *"Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales."*

El nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante El por el amor. El nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya.

Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia han sido un derroche para con nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad. Este es el

plan que había proyectado realizar por Cristo cuando llegase el momento culminante: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra.

Con Cristo hemos heredado también nosotros. A esto estábamos destinados por decisión del que hace todo según su voluntad. Y así, nosotros, los que esperábamos en Cristo, seremos alabanza de su gloria. Y también vosotros -que habéis escuchado la verdad, la extraordinaria noticia de que habéis sido salvados, y habéis creído- habéis sido marcados por Cristo con el Espíritu Santo prometido; el cual -mientras llega la redención completa del pueblo, propiedad de Dios- es prenda de nuestra herencia, para alabanza de su gloria" (Ef 1,3-14).

Vemos que todo procede de la única fuente: el Padre, que se manifiesta en el Hijo por el Espíritu Santo y en la Iglesia. Es el mismo movimiento que encontramos en las Plegarias eucarísticas, especialmente las orientales. Del Padre, por Cristo, en el Espíritu y en la Iglesia. No sería nada extraño que esta plegaria paulina fuese parte de alguna plegaria eucarística de las comunidades primitivas. Y todo *"para alabanza de su gloria"*

b) La Iglesia continúa la oración de Cristo

"Del costado de Cristo dormido en la Cruz, ha brotado la Iglesia-esposa", expresión de los Padres. Como Cristo Mediador, la Iglesia continúa esa mediación, y participa de Cristo Sacerdote-Profeta-Rey.

"En la Liturgia de las Horas, la Iglesia, desempeñando la función sacerdotal de Cristo, su Cabeza, ofrece a Dios, sin interrupción (1 Ts 5,17), el sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de unos labios que profesan su nombre (Hb 13,15). Esta oración es "la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún: es la oración de Cristo, con su cuerpo, al Padre" (SC 84). "Por tanto, todos aquellos que ejercen esta función, por una parte, cumplen el deber de la Iglesia y, por otra, participan del altísimo honor de la Esposa de Cristo, ya que, mientras alaban a Dios, están ante su trono en nombre de la madre Iglesia" (SC 85)" (OGLH 15).

Continúa la oración de Cristo en la tierra, pero que trasciende, llega y se adhiere a la Iglesia celeste.

"Con la alabanza que a Dios se ofrece en la Liturgia de las Horas, la Iglesia canta asociándose al himno de alabanza que perpetuamente resuena en las moradas celestiales (SC 83), y siente ya el sabor de aquella alabanza celestial que resuena de continuo ante el trono de Dios y del Cordero. Porque la estrecha unión que se da entre nosotros y la Iglesia celestial se lleva a cabo

cuando "celebramos juntos, con fraterna alegría, la alabanza de la divina majestad, y todos los redimidos por la sangre de Cristo de toda tribu, lengua, pueblo y nación (Ap 5,9), congregados en una misma Iglesia, ensalzamos con un mismo cántico de alabanza al Dios uno y trino" (LG 50; SC 8, 104).

Esta Liturgia del cielo casi aparece intuita por los profetas en la victoria del día sin ocaso, de la luz sin tinieblas: "Ya no será el sol tu luz en el día, ni te alumbrará la claridad de la luna; será el Señor tu luz perpetua" (Is 60,19; Ap 21,23.25). "Será un día único, conocido del Señor; sin día ni noche, pues por la noche habrá luz" (Za 14,7). Pero hasta nosotros ha llegado ya la última de las edades (1 Cor 10,11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y empieza a realizarse en cierto modo en el siglo presente (LG 48). De este modo la fe nos enseña también el sentido de nuestra vida temporal, a fin de que unidos con todas las creaturas anhelemos la manifestación de los hijos de Dios (Rom 8,19). En la Liturgia de las Horas proclamamos esta fe, expresamos y nutrimos esta esperanza, participamos en cierto modo del gozo de la perpetua alabanza y del día que no conoce ocaso" (OGLH 16).

Hemos visto la oración comunitaria en la Iglesia primitiva, "con María la madre de Jesús y los hermanos" (He 1,14; 2,42). Y la Iglesia continúa insistiendo en orar comunitariamente.

"Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de unidad" (SC 26).

"Siempre que los ritos, cada cual según su naturaleza propia, admitan una celebración comunitaria, con asistencia y participación activa de los fieles, incúlquese que hay que preferirla, en cuanto sea posible, a una celebración individual y casi privada" (SC 27).

Signo de esta comunidad debería ser la catedral y las comunidades parroquiales.

"La Liturgia de las Horas, como las demás acciones litúrgicas, no es una acción privada, sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiesta e influye en él (SC 26). Su celebración eclesial alcanza el mayor esplendor, y por lo mismo es recomendable en grado sumo, cuando con su obispo, rodeado de los presbíteros y ministros (SC 41), la realiza una Iglesia particular, "en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica" (CD 11). Esta celebración, incluso cuando, ausente el obispo, la realiza el cabildo de canónigos u otros presbíteros, téngase siempre de forma que responda de veras a la hora del día y, en lo posible, con participación del pueblo" (OGLH 20).

"Allí donde sea posible, celebrarán también las Horas principales, comunitariamente y en la iglesia, las otras asambleas de fieles, que "en cierto modo representan a la Iglesia visible constituida por todo el orbe de la tierra" (SC 42; AA 10). Entre ellas ocupan lugar eminente las parroquias, que son como células de la diócesis, constituidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo" (OGLH 21).

La comunidad que reza hace visible ante el mundo a la Iglesia. *"Por tanto, cuando los fieles son convocados y se reúnen para la Liturgia de las Horas, uniendo sus corazones y sus voces, visibilizan a la Iglesia, que celebra el misterio de Cristo" (OGLH 22).*

c) La Liturgia de las Horas, cumbre y fuente de la acción pastoral

Todavía se encuentran "pastores y fieles", grupos, comunidades, que consideran un poco "perder el tiempo" la oración de la Liturgia de las Horas. Un cierto "pastoralismo" y "activismo" nos domina, y olvidamos que toda la pastoral de la Iglesia está en función del anuncio, celebración, adoración de Jesucristo Resucitado, y por El al Padre, en el Espíritu Santo.

"Los que toman parte en la Liturgia de las Horas contribuyen de modo misterioso y profundo al crecimiento del pueblo de Dios (PC 7), ya que las tareas apostólicas se ordenan "a que todos, una vez hechos hijos de Dios por la fe y por el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor" (SC 10).

De este modo, los fieles expresan en su vida y manifiestan a los otros "el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia, que tiene como propiedad el ser visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina" (SC 2).

A su vez, las lecturas y oraciones de la Liturgia de las Horas constituyen un manantial de vida cristiana. Esta se nutre de la mesa de la sagrada Escritura y de las palabras de los santos, y se robustece con las plegarias. Pues sólo el Señor, sin el cual nada podemos hacer (Jn 15,5), y a quien acudimos con nuestros ruegos, puede dar a nuestras obras la eficacia y en incremento (SC 86), para que diariamente seamos edificados como morada de Dios en el Espíritu (Ef 2,21-22), hasta que lleguemos a la medida de Cristo en su plenitud (Ef 4,13), y redoblemos las energías para llevar la buena nueva de Cristo a los que están fuera (SC 2)" (OGLH 18).

Los que de una manera u otra trabajamos en distintos campos de apostolado, o en el trabajo ordinario de cada día, hemos de procurar vivir, porque lo creemos y lo experimentamos que la oración de las diferentes Horas es *"cumbre y fuente de la acción pastoral"*. Para ello hemos de procurar que *"nutra al mismo tiempo la oración personal y la acción apostólica, conviene que la celebración sea digna, atenta y devota, de forma que la mente concuerde con la voz"* (SC 90; S. Benito, *Regula monasteriorum*, c.19)" (OGLH 19)

3. Santificación del tiempo

Jesús nos invita a *"orar sin desfallecer"* (Lc 18,1), *"estad en vela, orando en todo tiempo"* (Lc 21,36). S. Pablo nos invita a ser *"perseverantes en la oración"* (Rom 12,12), *"sed perseverantes en la oración, velando en ella con acción de gracias"* (Col 4,2). De ahí que la Iglesia nos invita a la oración:

"Fiel y obediente al mandato de Cristo de que hay que orar siempre sin desanimarse (Lc 18,1), la Iglesia no cesa un momento en su oración y nos exhorta a nosotros con estas palabras: "Por medio de Jesús ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza" (Hb 13,15). Responde al mandato de Cristo no sólo en la celebración eucarística, sino también en otras formas de oración, principalmente con la Liturgia de las Horas, que, conforme a la antigua tradición cristiana, tiene como característica propia la de servir para santificar el curso entero del día y de la noche (SC 83-84)" (OGLH 10).

Hoy es difícil seguir la recomendación de Cristo de orar constantemente. Pero Jesús en su vida mortal siguió un ritmo de oración, como también lo hicieron los primeros cristianos. La plegaria de la Liturgia de las Horas no son momentos aislados de la jornada, sino momentos síntesis de todo el día.

Santificar el tiempo quiere decir dedicarlo al servicio de Dios, alabar al Padre que se nos ha comunicado en su Hijo por la Fuerza del Espíritu Santo. Reconocer que el Verbo al encarnarse ha entrado en el tiempo, y desde entonces el tiempo es *"tiempo de salvación"*, es tiempo santo, año santo siempre.

a) El ritmo horario de la Liturgia de las Horas

Ya hemos dicho, hablando de los criterios de la reforma de la Liturgia de las Horas, que uno era la restauración de las Horas con las horas del día:

"Consiguientemente, siendo fin propio de la Liturgia de las Horas la santificación del día y de todo el esfuerzo humano, se ha llevado a cabo una reforma procurando que en lo posible las Horas respondan de verdad al

momento del día, y teniendo en cuenta al mismo tiempo las condiciones de la vida actual (SC 88).

Porque "ayuda mucho, tanto para santificar realmente el día como para recitar con fruto espiritual las Horas, que la recitación se tenga en el tiempo más aproximado al verdadero tiempo natural de cada hora canónica (SC 94)" (OGLH 11).

La alabanza de la Trinidad, que es eterna, sin pausas ni interrupciones, es el modelo de nuestra oración. Y la Liturgia de las Horas es el signo sacramental de esa alabanza eterna. Por el Espíritu, que es el Espíritu del Padre y del Hijo, nosotros podemos participar de esa oración.

Las horas y los días son para nosotros recuerdo de hechos importantes de la historia de la salvación. La mañana nos habla de la resurrección de Cristo, Sol que no tiene ocaso. Y los Laudes de la mañana son memorial de este misterio. La tarde es signo sacramental del sacrificio eucarístico y el de la cruz. Recuerda las apariciones del Resucitado a los discípulos de Emaús, y también un recuerdo esperanzado del Señor que vendrá. Y todo esto lo recordamos en las Vísperas.

Lo mismo podríamos decir de las Horas menores: Tercia, Sexta y Nona. Venida del Espíritu Santo (Tercia), Ascensión del Señor (Sexta), la agonía de Cristo (Nona). Las Completas, son como el recuerdo al final de la jornada, con Cristo como el anciano Simeón, "*Nunc dimittis*".

b) El ritmo horario de la Liturgia de las Horas reflejado en textos y tiempos

La relación entre el tiempo y lo que se reza está explicitado en muchos textos, como himnos, Salmos, oraciones, antífonas. Se encuentra referencias al tiempo cronológico y a misterios salvíficos. De ahí que la disociación de la hora astronómica y la Hora litúrgica es como una destrucción del significado sacramental, y la oración parece falsa. Celebrar una Hora litúrgica fuera de su espacio horario es como contradecir el principio de verdad y de autenticidad en los que debe inspirarse la vida del cristiano y el culto. "*Los obispos, presbíteros y demás ministros sagrados que han recibido de la Iglesia el mandato de celebrar la Liturgia de las Horas, deberán recitarla diariamente en su integridad y, en cuanto sea posible, en los momentos del día que de veras corresponde*" (OGLH 29).

No solo tenemos en cuenta las horas del día, sino también los días de la semana, las semanas, y los tiempos litúrgicos, que son como las estaciones del año. Desde las 1 Vísperas del domingo, comienza la semana, con cada uno de sus días. Y el ritmo de cuatro semanas. Las lecturas y responsorios y otras

fórmulas tienen un ciclo anual. El Adviento-Navidad-Epifanía, la Cuaresma, el tiempo pascual, y el tiempo "durante el año" son como las estaciones del Año litúrgico que en cierto modo corresponden a las estaciones del año astronómico. En la Liturgia de las Horas, como en la celebración de la Eucaristía, celebramos el Misterio pascual, en sus diferentes momentos, a lo largo de todo el año.

4. La Liturgia de las Horas y la Eucaristía

"Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre" (Sal 115). En el AT se consideraba como sacrificio no sólo los ofrecidos al Señor con animales o los frutos de la tierra, sino también la oración de alabanza, de bendición, de acción de gracias. *"Sacrificium laudis"*, sacrificio de alabanza, se le llama a la oración de las primitivas comunidades cristianas, y a la celebración de la Eucaristía. En los textos de las Plegarias eucarísticas encontramos muy bien expresada la bendición, la acción de gracias.

Durante un tiempo largo, en los primeros siglos, las horas de plegaria de todo el pueblo de Dios, eran la matutina y la vespertina, ya que diariamente no se celebraba la Eucaristía. La Eucaristía se celebraba los domingos y festividades, algunas ferias de Cuaresma y de las cuatro témporas. Hasta bien entrada la edad media, la Liturgia de las Horas, ha sido el "sacrificio perpétuo", matutino y vespertino de los cristianos.

a) El Misterio pascual y la Liturgia de las Horas

La Liturgia actualiza la *"obra de nuestra redención"* (SC 2) que *"Cristo el Señor la realizó principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión"* (SC 5). *"Desde entonces, la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el Misterio pascual: leyendo cuanto a El se refiere en toda la Escritura, celebrando la Eucaristía, en la cual se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte, y dando gracias a Dios por el don inefable en Cristo Jesús, para alabar su gloria por la fuerza del Espíritu Santo"* SC 6).

"Celebrando la Eucaristía" y "dando gracias a Dios", actualizamos en la Liturgia el Misterio pascual de Jesucristo.

"Tanto los Padres como la Liturgia procedieron rectamente al oír en los Salmos a Cristo que clama al Padre o el Padre que habla con su Hijo" (OGLH 109). Y nosotros participamos en este diálogo con nuestros labios, con nuestra mente, con nuestro corazón. Y expresa sus sentimientos de agradecimiento, de soledad o tristeza, de desesperación, de súplica confiada, de triunfo sobre los enemigos, sobre la muerte. De gozo profundo por el "paso" Pascua de Dios por su pueblo resucitando a su Hijo Jesús.

b) La Liturgia de las Horas prolongación de la Eucaristía

"La Liturgia de las Horas extiende a los distintos momentos del día la alabanza y la acción de gracias, así como el recuerdo de los misterios de la salvación, las súplicas y el gusto anticipado de la gloria celeste, que se nos ofrecen en el misterio eucarístico, "centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana" (CD 30)" (OGLH 12).

"Las alabanzas y acciones de gracias que elevan en la celebración de la Eucaristía, las prosiguen los mismos presbíteros en el rezo del Oficio Divino, en el que, en nombre de la Iglesia, oran a Dios por todo el pueblo que les ha sido confiado" (PO 5).

Jesucristo resucitado es el Sumo Sacerdote que se ofrece en la Eucaristía y que alaba y bendice al Padre. Nosotros por el bautismo y la confirmación participamos de ese sacerdocio.

"El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. El mismo une a sí la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza.

Porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo, no sólo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio Divino" (SC 83).

"La obra de la redención de los hombres y de la perfecta glorificación de Dios, es realizada por Cristo en el Espíritu Santo por medio de su Iglesia, no sólo en la celebración de la Eucaristía y en la administración de los Sacramentos, sino también con preferencia a los modos restantes, cuando se desarrolla la Liturgia de las Horas. En ella Cristo está presente en la asamblea congregada, en la Palabra de Dios que se proclama y cuando la Iglesia suplica y canta Salmos" (OGLH 13).

c) La Liturgia de las Horas preparación para la Eucaristía

"La celebración eucarística halla una preparación magnífica en la Liturgia de las Horas, ya que ésta suscita y acrecienta muy bien las disposiciones que son necesarias para celebrar la Eucaristía, como la fe, la esperanza, la caridad, la devoción y el espíritu de sacrificio" (OGLH 12).

Podemos decir, por tanto, que la Liturgia de las Horas es plegaria e iniciación a la plegaria. Tiene también un fin pedagógico y educativo.

d) Modo de celebrar conjuntamente la Eucaristía y la Liturgia de las Horas

"En casos particulares, cuando lo aconsejen las circunstancias, se puede llegar, en la celebración pública o común, a una unión más estrecha entre la Misa y una Hora del Oficio. Pero téngase cuidado de que esto no vaya en detrimento de la utilidad pastoral, sobre todo el domingo" (OGLH 93).

"Cuando los Laudes matutinos que se celebran en el coro o en común preceden inmediatamente a la Misa, la acción litúrgica puede comenzar por la invocación inicial y el himno del Oficio, especialmente los días de feria, o por el canto de entrada de la Misa con la procesión y saludo del celebrante, especialmente los días festivos. Según el caso se omite, pues, uno de los ritos iniciales.

A continuación se prosigue con la salmodia de los Laudes, como de costumbre, hasta la lectura breve exclusiva. Después de la salmodia, omitido el rito penitencial, y según la oportunidad el Kyrie, se dice u omite según las rúbricas el Gloria y el celebrante recita la colecta de la Misa. Después se continúa con la Liturgia de la Palabra, como de costumbre.

La Oración de los fieles se hace en su lugar y según la forma acostumbrada en la Misa. Pero los días de feria, en la Misa de la mañana, en lugar del formulario corriente de la Oración de los fieles, se pueden decir las preces matutinas de Laudes.

Después de la comunión con su canto propio, se canta el Benedictus con su antífona de Laudes; después se dice la oración para después de la comunión y lo demás como de costumbre" (OGLH 94).

"Si la Hora intermedia, Tercia, Sexta y Nona, según pide el momento del día, se celebra pública e inmediatamente antes de la Misa, la acción litúrgica puede empezar igualmente o por la invocación inicial e himno de la Hora, especialmente los días de feria, o por el canto de entrada de la Misa con la procesión y saludo del celebrante, especialmente los días festivos. Según el caso se omite, pues, uno de los ritos iniciales.

Después se prosigue la salmodia de la Hora como de costumbre hasta la lectura breve exclusiva. Después de la salmodia, omitido el acto penitencial y, según la oportunidad, el Kyrie, se dice u omite según las rúbricas el Gloria, y el celebrante dice la colecta de la Misa" (OGLH 95).

"Las Vísperas se unen a la Misa cuando preceden inmediatamente a la misma, del mismo modo que los Laudes. Pero las primeras Vísperas del día de solemnidad, domingos y fiestas del Señor, no podrán celebrarse hasta que se haya celebrado la Misa del día precedente o del sábado" (OGLH 96).

"Cuando siguen a la Misa, la Hora intermedia, es decir, Tercia, Sexta y Nona, o bien las Vísperas, la Misa se celebra como de costumbre hasta la oración para después de la comunión, inclusive.

Dicha la oración para después de la comunión, comienza inmediatamente la salmodia de la Hora. En la Hora intermedia, terminada la salmodia y omitida la lectura breve, se dice la oración y se despide como en la Misa. Para las Vísperas, terminada la salmodia y omitida la lectura, se continúa con el Magnificat y su antífona y, omitidas las preces y el Padrenuestro, se dice la oración conclusiva y se bendice al pueblo" (OGLH 97).

"Excepto en el caso de la Navidad del Señor, se excluye normalmente la unión de la Misa con el Oficio de Lectura, puesto que la Misa contiene ya su ciclo de lecturas, que se ha de distinguir de aquel otro del Oficio. Pero si en algún caso especial conviene hacerlo, después de la segunda lectura del Oficio y su respuesta, omitido todo lo demás del mismo, comienza la Misa por el himno Gloria, en el caso de que lo prescriba la rúbrica, si no por la colecta" (OGLH 98).

"Si se celebra el Oficio de Lectura inmediatamente antes de otra Hora del Oficio, se puede adelantar al comienzo de toda la celebración el himno correspondiente de esta Hora; después, al fin del Oficio de lectura, se omite la oración y la conclusión, y en la Hora siguiente se omite la invocación inicial y el Gloria al Padre" (OGLH 99).

5. Ministros de la Liturgia de las Horas

a) Cada bautizado

Por medio del bautismo nos hemos hecho partícipes del sacerdocio de Cristo, y por medio del Espíritu podemos alabar, bendecir, dar gracias, interceder. Por medio del bautismo formamos parte de la comunidad de hermanos que es la Iglesia, comunidad que alaba y reza porque es continuadora de la misión de Jesús. *"Por tanto, cuando los fieles son convocados y se reúnen para la Liturgia de las Horas, uniendo sus corazones y sus voces, visibilizan a la Iglesia que celebra el misterio de Cristo" (OGLH 22).*

b) La comunidad diocesana

"La Liturgia de las Horas, como las demás acciones litúrgicas, no es una acción privada, sino que pertenece a todo el cuerpo de la Iglesia, lo manifiesta e influye en él. Su celebración eclesial alcanza el mayor esplendor, y por lo mismo es recomendable en grado sumo, cuando con su obispo, rodeado de los presbíteros y ministros, la realiza una Iglesia particular, en que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es una, santa, católica y apostólica. Esta celebración, incluso cuando, ausente el obispo, la realiza el cabildo de canónigos u otros presbíteros, téngase siempre de forma que responda de veras a la hora del día, y en lo posible con participación del pueblo" (OGLH 20).

c) El obispo

"El obispo, puesto que de modo eminente y visible representa a la persona de Cristo y es el gran sacerdote de su grey, de quien en cierto modo se deriva y depende la vida en Cristo de los fieles, deberá sobresalir por su oración entre todos los miembros de su Iglesia; su oración en la celebración de las Horas es siempre en nombre de la Iglesia, y a favor de la Iglesia a él encomendada" (OGLH 28).

d) Los presbíteros

"Los presbíteros, unidos al obispo y a todo el presbiterio, que también actúan de modo especial en lugar de la persona de Cristo sacerdote, participan en la misma función, al rogar a Dios por todo el pueblo a ellos encomendado y por el mundo entero.

Todos ellos realizan el ministerio del buen Pastor, que ora por los suyos para que tengan vida y para que sean consumados en la unidad. En la Liturgia de las Horas que la Iglesia pone en sus manos tratarán de hallar un manantial de piedad y un alimento para su oración personal, pero también deberán nutrir y alentar ahí la acción pastoral y misional con la abundancia de la contemplación para gozo de la Iglesia de Dios" (OGLH 28).

"Por consiguiente, los obispos, presbíteros y demás ministros sagrados que han recibido de la Iglesia el mandato de celebrar la Liturgia de las Horas, deberán recitarla diariamente en su integridad y, en cuanto sea posible, en los momentos del día que de veras correspondan.

Ante todo darán la importancia que le es debida a las Horas que vienen a constituir el núcleo de esta Liturgia, es decir los Laudes de la mañana y las Vísperas; y se guardarán de omitirlas si no es por causa grave.

Hagan con fidelidad el Oficio de lecturas, que es principalmente una celebración litúrgica de la Palabra de Dios; cumplirán así cada día con el deber, que a ellos les atañe con particular razón, de acoger en sus propios corazones la Palabra de Dios, con lo que crecerán en la perfección de discípulos del Señor y saborearán más a fondo las insondables riquezas de Cristo.

Para santificar mejor el día íntegro, tomarán también con sumo interés el recitar la Hora intermedia y las Completas con que coronarán en su totalidad el "Opus Dei" y se encomendarán a Dios antes de acostarse" (OGLH 29).

e) La comunidad parroquial

"Allí donde sea posible celebrarán comunitariamente y en la Iglesia las Horas principales también las otras asambleas de fieles, que "en cierto modo representan la Iglesia visible constituida por todo el orbe de la tierra". Entre ellas ocupan lugar eminente las parroquias, que son como células de la diócesis, constituidas localmente bajo un pastor que hace las veces del obispo" (OGLH 21).

f) La familia

"Conviene finalmente que la familia, que es como un santuario doméstico dentro de la Iglesia, no sólo ore en común, sino que además lo haga recitando algunas partes de la Liturgia de las Horas, cuando resulte oportuno, con lo que se sentirá más insertada en la Iglesia" (OGLH 27).

g) Las comunidades religiosas

"Las comunidades religiosas obligadas a la Liturgia de las Horas, y cada uno de sus miembros, celebrarán las Horas conforme a sus particulares estatutos, salvo lo que prescribe el n° 29 para cuentos han recibido el Orden sagrado" (OGLH 31b).

"A las demás comunidades religiosas, y a cada uno de sus miembros, se les exhorta a que, según las diversas circunstancias en que se encuentren, celebren algunas partes de la Liturgia de las Horas, que es la oración de la Iglesia y hace de todos los que andan dispersos por el mundo un solo corazón y una sola alma" (OGLH 32).

h) Otros grupos

"A los religiosos, varones y mujeres, que no están obligados a la celebración en común, así como a los miembros de cualquier Instituto de perfección, se les ruega encarecidamente que se reúnan bien entre sí o con el pueblo, para celebrar esta Liturgia o una parte de la misma" (OGLH 26).

i) Diáconos

"Conviene muchísimo que los diáconos permanentes reciten diariamente alguna parte al menos de la Liturgia de las Horas, en la medida que determine la Conferencia Episcopal" (OGLH 30).

6. El presbítero y la Liturgia de las Horas

a) El presbítero, servidor de la comunidad cristiana

Mucho se está hablando hoy de los "ministerios" dentro del pueblo santo de Dios. Un ministerio imprescindible en la comunidad es el presbiteral. Hacer presente a Cristo Cabeza del pueblo de Dios, presidir la Eucaristía, proclamar y explicar la Palabra de Dios, perdonar en nombre del Señor y por el ministerio de la Iglesia. Cristo se hace presente y sirve a la comunidad en la persona del presbítero. Por eso la celebración de la Liturgia de las Horas celebrada con el pueblo o recitado a solas, es siempre plegaria sacerdotal de Cristo y en nombre de la Iglesia.

El signo es más visible si es la comunidad cristiana que alaba al Padre en la Liturgia de las Horas. Pero la importancia no procede del signo (la comunidad), sino de Cristo que se hace presente a la comunidad que se reúne "en su nombre". Y el presbítero hace presente a Cristo Cabeza de la comunidad y a la misma comunidad en cuyo nombre ora.

b) El presbítero reza en nombre de la Iglesia, con la Iglesia y en favor de todos

"Las alabanzas y la acción de gracias que elevan en la celebración de la Eucaristía la prosiguen los mismos presbíteros en el rezo del Oficio divino, en el que en nombre de la Iglesia, oran a Dios por todo el pueblo que les ha sido confiado y hasta por todo el mundo" (PO 5).

"Oficio divino" se ha llamado durante muchos siglos a esta acción litúrgica de alabanza al Señor. "Officium divinum" o en plural "Officia divina"; "Officium Missae" la Eucaristía, y "Officium laudis" la Liturgia de las Horas.

Plegaria en nombre de la Iglesia, no es un aspecto puramente jurídico, es mucho más: *"Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre"* (SC 7). El presbítero en nombre de la Iglesia está realizando y haciendo presente la acción sacerdotal de Cristo: *"Porque esta función sacerdotal se prolonga a través de su Iglesia, que sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo, no sólo celebrando la Eucaristía, sino también de otras maneras, principalmente recitando el Oficio divino"* (SC 83).

Plegaria con la Iglesia, con la concreta comunidad local que es la Iglesia, presidida por el presbítero. De ahí que la oración personal del presbítero en la Liturgia de las Horas adquiere dimensión eclesial universal.

"A los ministros sagrados se les confía de tal modo la Liturgia de las Horas que cada uno de ellos habrá de celebrarla incluso cuando no participe el pueblo, con las adaptaciones necesarias al caso; pues la Iglesia los deputa para la Liturgia de las Horas de forma que al menos ellos aseguren de modo constante el desempeño de lo que es función de toda la comunidad, y se mantenga en la Iglesia sin interrupción la oración de Cristo" (OGLH 28).

"En la recitación del Oficio divino prestan su voz a la Iglesia, que, en nombre de todo el género humano, persevera en la oración, juntamente con Cristo, que vive siempre para interceder por nosotros" (PO 13).

De ahí que el Código de Derecho Canónico dice: *"La Iglesia, ejerciendo la función sacerdotal de Cristo, celebra la Liturgia de las Horas, por la que, oyendo a Dios que habla a su pueblo y recordando el misterio de salvación, le alaba sin cesar con el canto y la oración, al mismo tiempo que ruega por la salvación de todo el mundo"* (c.1173). *"La obligación de celebrar la Liturgia de las Horas vincula a los clérigos según la norma del c. 276 & 2, n.3; y a los miembros de los institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica, conforme a sus constituciones. Se invita encarecidamente a los fieles a que, según las circunstancias, participen en la Liturgia de las Horas, puesto que es acción de la Iglesia"* (c.1174).

"Los sacerdotes y los diáconos que deseen recibir el presbiterado, tienen obligación de celebrar todos los días la Liturgia de las Horas según los libros litúrgicos propios y aprobados; y los diáconos permanentes han de rezar aquella parte que determine la Conferencia Episcopal" (c.276).

"Al celebrar la Liturgia de las Horas, se ha de procurar observar el curso natural de cada Hora en la medida de lo posible" (c.1175).

7. Las comunidades religiosas y la Liturgia de las Horas

a) Las comunidades religiosas

Nacen para vivir más perfectamente la consagración bautismal y "*se consagran más íntimamente al servicio de Dios*" (LG 44). Por tanto tienen que vivir con más intensidad el sacerdocio de Cristo común al de todos los fieles. Es lógico, por tanto, que vivan con profundidad y celebren con gozo la Liturgia de las Horas.

"Las comunidades de monjes, monjas y demás religiosos que por Regla o Constituciones celebran la Liturgia de las Horas en su totalidad o en parte, bien sea con el rito común o con un rito particular, representan de modo especial a la Iglesia orante: reproducen más de lleno el modelo de la Iglesia, que alaba incesantemente al Señor con armoniosa voz, y cumplen con el deber "de cooperar", principalmente con la oración, "en la edificación e incremento de todo el cuerpo místico de Cristo y en bien de las Iglesias particulares" (CD 33; PC 6,7,15; AG 15). Lo cual ha de decirse principalmente de los que viven consagrados a la vida contemplativa" (OGLH 24).

Los religiosos y religiosas contemplativos han sido llamados a una vocación, en que liberados de otras ocupaciones, nos pueden hacer más presente la vida de la Iglesia del cielo ya aquí en la tierra. "*Y como el pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente, sino que busca la futura, el estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial*" (LG 44).

"Con la alabanza que a Dios se ofrece en las Horas, la Iglesia canta asociándose al himno de alabanza que perpetuamente resuena en las moradas celestiales; y siente ya el sabor de aquella alabanza celestial que resuena de continuo ante el trono de Dios y del Cordero, como Juan lo describe en el Apocalipsis" (OGLH 16).

b) Vida de fraternidad y caridad

La Liturgia de las Horas es una alabanza al Padre por medio del Hijo con la fuerza del Espíritu Santo. En este misterio está la fuente de nuestra fraternidad, y como es esa Comunidad de relación, de amor, de diálogo, unidad en la diversidad, así tienen que ser nuestras comunidades religiosas.

La Liturgia de las Horas, junto con la Eucaristía, son los momentos fuertes donde se fundamenta y se rehace constantemente la vida de una fraternidad verdadera.

La comunidad orante que celebra la Liturgia de las Horas no puede ser sólo externamente una comunidad, sino de corazón, verdaderamente: *"Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu"* (He 1,14; 2,42; 12,5.12; Rom 15,5-6; Ef 5,19-21).

La alabanza agradable a Dios es aquella que brota de un corazón que le ama y ama a los hermanos: *"Si alguno dice: 'Amo a Dios', y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve"* (1 Jn 4,20).

Jesús nos dice: *"Y cuando os pongáis de pie para orar, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestras ofensas"* (Mc 11,25; ver Mt 5,23-24).

Dice S.Juan Crisóstomo: *"Gran bien es la comunidad. Ella engendra caridad y de la caridad vienen todos los bienes. No hay ningún bien que no venga de la caridad"* (Ep. ad Hebr.X,2, en PG 63,141).

2ª Parte

LA CELEBRACION DE LA LITURGIA DE LAS HORAS Y SUS ELEMENTOS

1. La introducción a todo el Oficio

"Se acostumbra a iniciar todo el Oficio con el Invitatorio. Consta éste del verso "Señor, ábreme los labios: Y mi boca proclamará tu alabanza", y del Salmo 94, que diariamente invita a los fieles a cantar las alabanzas de Dios y a escuchar su voz, y los estimula a esperar anhelantes el "descanso del Señor" (Hb 3,7; 4,16).

Sin embargo, puede sustituirse este Salmo, cuando se juzgue oportuno, por uno de los Salmos 99, 66 ó 23.

Es conveniente recitar el Salmo invitatorio en forma responsorial, como se indica en su propio lugar, es decir, con su antífona propia, que se dice al principio del Salmo y luego la repite la asamblea y la intercala después de cada una de las estrofas" (OGLH 34).

"Harán la señal de la cruz sobre la boca al comienzo del Invitatorio al proferir las palabras "Señor, ábreme los labios" (OGLH 266).

"El lugar del Invitatorio es el principio de todo el curso de la oración cotidiana, es decir, que antecede a los Laudes de la mañana o al Oficio de Lecturas, según que se comience el día por una u otra acción litúrgica" (OGLH 35).

2. Los Laudes de la mañana y las Vísperas

"Los Laudes, como oración matutina, y las Vísperas, como oración vespertina, que según la venerable tradición de toda la Iglesia, son el doble quicio sobre el que gira el Oficio cotidiano, se deben considerar y celebrar como las Horas principales (SC 89, 106)" (OGLH 37).

Tertuliano les llama "horas legítimas", como también a la Eucaristía, quiere decir horas establecidas e institucionalizadas en todas las comunidades cristinas. Las restantes horas jamás llegaron a alcanzar esta categoría. Estas dos horas serán la base del "oficio de las Iglesias", Oficio catedral y parroquial,

frente al "Oficio de los Monasterios" que comprendía además de los Laudes y Vísperas, varias horas diurnas y al menos tres nocturnas. De ahí la recomendación de la Iglesia:

"La oración de la comunidad cristiana deberá consistir, ante todo, en los Laudes de la mañana y las Vísperas: foméntese su celebración pública o comunitaria, sobre todo entre aquellos que hacen vida común. Recomiéndese incluso su recitación individual a los fieles que no tienen la posibilidad de tomar parte en la celebración común" (OGLH 40).

a) La luz y las tinieblas

El día y la noche guardan una relación muy estrecha con la vida humana. El día habla de luz, calor, energía, vida; y la noche, de oscuridad, de muerte, frío. Y en la Biblia encontramos el simbolismo de la luz y las tinieblas que nos transmite un aspecto fundamental de la revelación. En el Génesis se nos cuenta la creación de todas las cosas como la victoria de la luz sobre las tinieblas y el caos (*Ge* 1,3ss). Y en el Apocalipsis vemos a Dios que es la luz que ilumina la nueva Jerusalén, *"de los cielos nuevos y de la tierra nueva"* (*Ap* 21,23). La historia humana, interpretada como historia de la salvación, es una historia de vida y muerte, de luz y tinieblas (*Jn* 1,5). El momento decisivo de esta lucha es la muerte y resurrección de Jesús, triunfo aparente de las tinieblas, derrotadas para siempre con la luz fulgurante de la Resurrección.

La "Luz" aparece con mucha frecuencia en el NT: Dios *"es Luz y no hay en El tiniebla alguna"* (1 *Jn* 1,5); en Verbo de Dios *"en el que está la vida que es la Luz de los hombres"* (*Jn* 1,4.9), *"Luz que vino al mundo"* (*Jn* 1,3.19; 1,9-11), pero los hombres *"amaron más las tinieblas que la luz"* (*Jn* 3,19; 1,11). Cristo es *"la Luz del mundo"* (*Jn* 8,12; 9,5)) y los que le siguen son hijos de la Luz (*Jn* 12,36).

b) Los Laudes santifican el día

"Los Laudes matutinos están dirigidos y ordenados a santificar la mañana, como salta a la vista en muchos de sus elementos. San Basilio expresa muy bien este carácter matinal con las siguientes palabras: "Al comenzar el día oramos para que los primeros impulsos de la mente y del corazón sean para Dios, y no nos preocupemos de cosa alguna antes de habernos llenado con el pensamiento de Dios, según está escrito: "Me acordé del Señor y me llené de gozo" (Sal 76,4), ni empleemos nuestro cuerpo en el trabajo antes de poner por obra lo que fue dicho: "Por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa, me acerco y te miro" (Sal 5,4-5)" (OGLH 38a).

En el Señor encontramos fuerza al comienzo de la jornada: *"Señor, Dios todopoderoso, que nos has hecho llegar al comienzo de este día, sálvanos hoy con tu poder, para que no caigamos en ningún pecado, sino que nuestras palabras, pensamientos y acciones sigan el camino de tus mandatos"* (Oración, lunes II).

"Señor Dios, rey de cielos y tierra, dirige y santifica en este día nuestros cuerpos y nuestros corazones, nuestros sentidos, palabras y acciones, según tu ley y tus mandatos; para que, con tu auxilio, alcancemos la salvación ahora y por siempre" (Oración, lunes III).

"Señor, que tu gracia inspire, sostenga y acompañe nuestras obras, para que nuestro trabajo comience en tí, como en su fuente, y tienda siempre a tí, como a su fin" (Oración, lunes I).

"Te pedimos, Señor, tu gracia abundante, para que nos ayude a seguir el camino de tus mandatos, y así gozemos de tu consuelo en esta vida y alcancemos la felicidad eterna" (Oración, viernes IV).

Otras oraciones se centran en el trabajo como colaboración con la obra de la creación: *"Oh Dios, que encomendaste al hombre la guarda y el cultivo de la tierra, y creaste la luz del sol en su servicio, concédenos hoy que, con tu luz, trabajemos sin desfallecer para tu gloria y para el bien de nuestro prójimo"* (Oración, lunes IV).

"Dios todopoderoso, de quien dimana la bondad y hermosura de todo lo creado, haz que comencemos este día con ánimo alegre y realicemos nuestras obras movidos por el amor a tí y a los hermanos" (Oración, martes III).

También la alabanza está presente: *"Que nuestra voz, Señor, nuestro espíritu y toda nuestra vida sean una continúa alabanza en tu honor; y, pues toda nuestra existencia es puro don de tu liberalidad, que también cada una de nuestras acciones te esté plenamente dedicada"* (Oración, sábado II).

Nuestra alabanza de la tierra unida a la del cielo: *"Señor, Dios todopoderoso, te pedimos nos concedas que, del mismo modo que hemos cantado tus alabanzas en esta celebración matutina, así las podamos cantar plenamente, con la asamblea de tus santos, por toda la eternidad"* (Oración, viernes II).

La alabanza que brota de la fe: *"Aumenta, Señor nuestra fe, para que la alabanza que sale de nuestros labios vaya siempre acompañada de frutos de vida eterna"* (Oración, martes IV).

c) Los Laudes hacen memoria de la resurrección del Señor

"Esta Hora, que se tiene con la primera luz del día, trae, además, a la memoria el recuerdo de la resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres (Jn 1,9) y "el sol de justicia" (Mal 4,2), "que nace de lo alto" (Lc 1,78). Así se comprende bien la advertencia de San Cipriano: "Se hará oración a la mañana para celebrar la Resurrección del Señor con la oración matutina" (OGLH 38b).

La luz del nuevo día no sólo disipa las tinieblas, que significan la ignorancia y el pecado, sino que es epifanía de Cristo Resucitado, el Esposo que sale del tálamo (*Sal 19,6*), el *"Primogénito de entre los muertos"* (*Col 1,15.18; Ap 1,5; Rom 8,29*), *"primicias de una nueva humanidad"* (*1 Cor 15,20*). Temas que encontramos y celebramos en la Vigila pascual, Navidad, Epifanía.

Dios es Luz y fuente de toda claridad: *"Humildemente te pedimos, a ti, Señor, que eres la luz verdadera y la fuente misma de toda luz, que meditando fielmente tu ley, vivamos siempre en tu claridad"* (Oración, jueves II).

"Dios omnipotente y eterno, luz resplandeciente y día sin ocaso, al volver a comenzar un nuevo día, te pedimos que nos visites con el esplendor de tu luz y disipes así las tinieblas de nuestros pecados" (Oración, sábado IV).

Cristo, la Palabra eterna del Padre, es la luz de los hombres: *"Oh Dios, que has iluminado las tinieblas de nuestra ignorancia con la luz de tu Palabra, acrecienta en nosotros la fe que tú mismo nos has dado; que ninguna tentación pueda nunca destruir el ardor de la fe y de la caridad que tu gracia ha encendido en nuestro espíritu"* (Oración, viernes I).

"Dios todopoderoso y eterno: a los pueblos que viven en tinieblas y en sombra de muerte, ilumínalos con tu luz, ya que con ella nos ha visitado el Sol que nace de lo alto, Jesucristo, nuestro Señor" (Oración, jueves III).

"Dios todopoderoso y eterno, humildemente acudimos a ti al comenzar el día, a media jornada y al atardecer, para pedirte que, alejando de nosotros las tinieblas del pecado, nos hagas alcanzar la luz verdadera que es Cristo" (Oración, jueves I).

Jesucristo Resucitado es la Luz que ilumina: *"Señor Jesucristo, luz verdadera que alumbras a todo hombre y le muestras el camino de la salvación, concédenos la abundancia de tu fuerza, para que preparemos delante de ti caminos de justicia y de paz"* (Oración, martes II).

"Te pedimos, Señor, que la claridad de la resurrección de tu Hijo ilumine las dificultades de nuestra vida; que no temamos ante la oscuridad de la muerte y podamos llegar un día a la luz que no tiene fin" (Oración, sábado I).

Jesucristo Resucitado Luz que disipa las tinieblas de la ignorancia y del pecado: *"Escucha, Señor, nuestras súplicas matinales y, con la luz de tu misericordia, alumbrá la oscuridad de nuestro corazón: que los que hemos sido iluminados por tu claridad no andemos nunca tras las obras de las tinieblas"* (Oración, martes I).

"Ilumina, Señor, nuestros corazones y fortalece nuestras voluntades, para que sigamos siempre el camino de tus mandatos, reconociéndote como nuestro guía y maestro" (oración, viernes III).

"Señor, infunde en nuestras almas la claridad de tu luz, y, pues con tu sabiduría nos has creado y con tu providencia nos gobiernas, haz que nuestro vivir y nuestro obrar estén del todo consagrados a tí" (Oración, miércoles III).

d) Las Vísperas acción de gracias del día

"Se celebran las Vísperas a la tarde, cuando declina el día, "en acción de gracias por cuanto se nos ha otorgado en la jornada y por cuanto hemos logrado realizar con acierto" (OGLH 39a).

Con la oración de la tarde sube a Dios la ofrenda de nuestro trabajo, convertido en sacrificio espiritual de acción de gracias: *"Te damos gracias, Señor, Dios todopoderoso, porque has permitido que llegáramos a esta noche; te pedimos quieras aceptar con agrado el alzar de nuestras manos como ofrenda de la tarde" (Oración, martes I).*

"Dios todopoderoso y terno, que has querido asistirnos en el trabajo que nosotros, tus pobres siervos, hemos realizado hoy, al llegar al término de este día, acoge nuestra ofrenda de la tarde, en la que te damos gracias por todos los beneficios que de ti hemos recibido" (Oración, lunes III).

Bendición ascendente y descendente: *"Nuestra oración vespertina suba hasta tí, Padre de clemencia, y descienda sobre nosotros tu bendición; así, con tu ayuda, seremos salvados ahora y por siempre" (Oración, martes III).*

Acción de gracias y petición de perdón: *"Dios todopoderoso, te damos gracias por el día que termina e imploramos tu clemencia para que nos perdones benignamente todas las faltas que, por la fragilidad de la condición humana, hemos cometido en este día" (Oración, jueves III).*

"Llegue a tus oídos, Señor, la voz suplicante de tu Iglesia, a fin de que, conseguido el perdón de nuestros pecados, con tu ayuda podamos dedicarnos a tu servicio y con tu protección vivamos confiados" (Oración, miércoles III).

e) Las Vísperas evocación y memoria del Misterio pascual

"También hacemos memoria de la Redención por medio de la oración que elevamos "como incienso en presencia del Señor", y en el cual "el alzar de las manos" es "oblación vespertina" (Sal 140,2). Lo cual "puede aplicarse también con mayor sentido sagrado a aquel verdadero sacrificio vespertino que el Divino Redentor instituyó precisamente en la tarde en que cenaba con los Apóstoles, inaugurando así los sacrosantos misterios, y que ofreció al Padre en la tarde del día supremo, que representa la cumbre de los siglos, alzando sus manos por la salvación del mundo" (Casiano, De ins,caen.,3,c.3, en PL 49,124-125)" (OGLH 39b).

Encuentro con Jesucristo Resucitado: "Quédate con nosotros, Señor Jesús, porque atardece; sé nuestro compañero de camino, levanta nuestros corazones, reanima nuestra débil esperanza; así nosotros, junto con nuestros hermanos, podremos reconocerte en las Escrituras y en la fracción del Pan" (Oración, lunes IV).

Acción de gracias por el Misterio pascual: "Te pedimos, Señor, que los que hemos sido aleccionados con los ejemplos de la pasión de tu Hijo estemos siempre dispuestos a cargar con su yugo llevadero y con su carga ligera" (Oración, viernes I).

"Oh Dios, que, de una manera admirable, has manifestado tu sabiduría escondida, con el escándalo de la cruz, concédenos contemplar con tal plenitud de fe la gloria de la pasión de tu Hijo que siempre nos gloriemos confiadamente en la cruz de Jesucristo" (Oración, viernes II).

"Señor, Padre Santo, que quisiste que Cristo, tu Hijo, fuese el precio de nuestro rescate, haz que vivamos de tal manera que, tomando parte en sus padecimientos, nos gocemos también en la revelación de su gloria" (Oración, viernes III).

"Dios omnipotente y eterno, que quisiste que tu Hijo sufriese por la salvación de todos, haz que, inflamados en tu amor, sepamos ofrecernos a ti como hostia viva" (Oración, viernes IV).

f) Las Vísperas nos orientan a la luz que no tiene ocaso

"Y para orientarnos con la esperanza hacia la luz que no conoce ocaso, oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, pedimos que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna (S.Cipriano, De orat.dom.35, en PL 4,560). Precisamente en esta Hora concuerdan nuestras voces con las de las Iglesias orientales, al invocar: "a la luz gozosa de la santa gloria del eterno Padre, Jesucristo bendito, llegados a la puesta del sol, viendo la luz encendida en la tarde, cantamos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo..." (OGLH 39c).

En los Laudes alabamos a Dios que es fuente de toda luz, y ahora alabamos al Dios que es luz sin ocaso: *"Dios todopoderoso y eterno, Señor del día y de la noche, humildemente te pedimos que la luz de Cristo, verdadero sol de justicia, ilumine siempre nuestras vidas, para que así merezcamos gozar un día de aquella luz en la que habitas eternamente"* (Oración, martes III).

"Señor, tú que con razón eres llamado luz indeficiente, ilumina nuestro espíritu, en esta hora vespertina, y dignate perdonar benignamente nuestros pecados" (Oración, lunes III).

"Tú, Señor, que iluminas la noche y haces que después de las tinieblas amanezca nuevamente la luz, haz que durante la noche que ahora empieza, nos veamos exentos de toda culpa y que, al clarear el nuevo día, podamos reunirnos otra vez en tu presencia, para darte gracias nuevamente" (Oración, jueves I).

"Escucha, Señor nuestras súplicas y protégenos durante el día y durante la noche; tú que eres inmutable, danos firmeza a los que vivimos sujetos a la sucesión de los tiempos y las horas" (Oración, miércoles I).

Con expresiones del "Magnificat" proclamamos la grandeza del Señor: *"Nuestro humilde servicio, Señor, proclame tu grandeza, y, ya que por nuestra salvación te dignaste mirar la humillación de la Virgen María, te rogamos nos enaltezcas llevándonos a la plenitud de la salvación"* (Oración, lunes I).

"Oh Dios, tu nombre es santo, y tu misericordia llega a tus fieles de generación en generación; atiende, pues, las súplicas de tu pueblo y haz que pueda proclamar eternamente tu grandeza" (Oración, miércoles II).

3. Estructura de los Laudes y las Vísperas

a) Comienzo de la celebración

"Los Laudes de la mañana y las Vísperas se inician con la invocación inicial: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme" "Gloria al Padre..." "Como era..." y el "Aleluya" (que se omite en tiempo de Cuaresma).

Todo ello se suprime en los Laudes, cuando precede inmediatamente el Invitatorio" (OGLH 41).

"Dios mío, ven en mi auxilio...", es una invocación de ayuda al Señor, el cual nos concede la gracia de poder alabarle y bendecirle. Es un versículo del Salmo 69,2. El "Aleluya" una aclamación a Jesucristo Resucitado que encontramos ya en los Salmos y en el Apocalipsis (Ap 19,1).

b) El himno

"Seguidamente se dice un himno apropiado. El himno está situado de forma que dé a cada Hora una especie de colorido propio y también, sobre todo en la celebración con el pueblo, para que al comienzo de la oración resulte más fácil y se cree un clima más festivo" (OGLH 42).

El himno es un elemento que nos introduce en la celebración, que crea clima de plegaria que como el canto de entrada en la Misa tiene que dar el color característico de la Hora y hacernos entrar en la contemplación del misterio que celebramos.

"Los himnos se encuentran en el Oficio como el principal elemento poético introducido por la Iglesia" (OGLH 173). "Se ha de evitar cuidadosamente el que sean admitidas canciones populares carentes de todo valor artístico y no consentáneas verdaderamente con la dignidad de la Liturgia" (OGLH 178).

c) De pie

"Todos los participantes estarán de pie: a) durante la introducción del Oficio y la invocación inicial de cada Hora; b) mientras se dice el himno..." (OGLH 263).

d) Sentados

"Mientras se recitan los Salmos y los otros cánticos con sus antífonas, la asamblea estará sentada" (OGLH 265).

e) Los Salmos

"A continuación del himno viene la salmodia. Conforme a la tradición de la Iglesia, la salmodia de los Laudes consta de un primer Salmo matutino, el cántico tomado del Antiguo Testamento y un segundo Salmo de alabanza.

La salmodia de Vísperas consta de dos Salmos, o de dos partes de un Salmo más extenso, apropiados a esta Hora y a la celebración con el pueblo, y de un cántico tomado de las Epístolas o del Apocalipsis" (OGLH 43).

Los Salmos no han sido escogidos según el orden bíblico, sino teniendo presente el día y la hora, la calidad a la cantidad. *"Para Laudes y Vísperas, por ser Horas más destinadas a la celebración con el pueblo, se han elegido los Salmos más adecuados a este fin" (OGLH 127).*

No es la voz del salmista la que resuena, sino la voz de Cristo y de la Iglesia. Es la parte de la celebración que debería cuidarse más.

f) Lectura breve

"Terminada la salmodia, se tiene la lectura, bien sea breve o más extensa" (OGLH 44).

"La lectura breve está señalada de acuerdo con las características del día, del tiempo o de la fiesta; deberá leerse y escucharse como una proclamación de la Palabra de Dios, que inculca con intensidad algún pensamiento sagrado y que ayuda a poner de relieve determinadas palabras a las que posiblemente no se presta toda la atención en la lectura continua de la Sagrada Escritura.

Las lecturas breves son distintas en cada uno de los días en que se divide el Salterio" (OGLH 45).

"Hay libertad para hacer una lectura bíblica más extensa, principalmente en la celebración con el pueblo, tomándola o del Oficio de lecturas, o de las lecturas de la Misa, eligiendo principalmente aquellos textos que por diversas razones no se hubieran podido emplear. Nada impide que se elija algunas veces otra lectura más adecuada al caso, conforme a los nn. 248-249 y 251" (OGLH 46).

"En la celebración con el pueblo puede tenerse una homilía ilustrativa de la lectura precedente, si se juzga oportuno" (OGLH 47).

"Igualmente, si se juzga oportuno, puede tenerse también un espacio de silencio a continuación de la lectura o de la homilía" (OGLH 48).

g) Sentados

"Todos escucharán sentados las lecturas, a no ser la del Evangelio" (OGLH 264).

h) Responsorio

"Como respuesta a la Palabra de Dios, se ofrece un canto responsorial o responsorio breve" (OGLH 49).

i) De pie

"Todos los participantes estarán de pie: durante el cántico evangélico, mientras se dicen las preces, el Padrenuestro y la oración conclusiva" (OGLH 263).

"Seguidamente se dice, con su correspondiente antífona, el cántico evangélico, que en los Laudes será el cántico de Zacarías, "Benedictus", y en las Vísperas el cántico de María, "Magnificat". Tales cánticos que la Iglesia romana ha empleado y ha popularizado a lo largo de los siglos, expresan la alabanza y acción de gracias por la obra de la Redención. Las antífonas correspondientes al "Benedictus" y al "Magnificat" están señaladas de acuerdo con las características del día, del tiempo o de la fiesta" (OGLH 50).

Son síntesis de toda la historia de la salvación; y la antífona le da el color de la fiesta, sacada en muchas ocasiones del Evangelio de la jornada.

k) Preces

"Terminado el cántico, en los Laudes se tienen preces, consagrando a Dios el día y el trabajo; en las Vísperas, las preces son de intercesión" (OGLH 51).

"La Liturgia de las Horas celebra ciertamente las alabanzas de Dios, ahora bien, tanto la tradición judaica como la cristiana no separan la oración de petición de la alabanza divina; a menudo la súplica es en alguna manera una deducción de la alabanza divina. El apóstol San Pablo exhorta a que se hagan "peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los constituidos en dignidad, a fin de que gocemos de vida tranquila y quieta con toda piedad y honestidad. Esto es bueno y grato ante Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvados y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,1-4). Dicha amonestación fue interpretada a menudo por los Padres en el sentido de que debían hacer intercesiones por la mañana y por la tarde (S.J.Crisóstomo, In Epist. ad. Tim.I, en PG 62,530)" (OGLH 179).

"Como se hace en el Padrenuestro conviene enlazar las peticiones con la alabanza a Dios o la confesión de su gloria, o la conmemoración de la historia de la salvación" (OGLH 185).

"En las preces que tienen lugar en las Vísperas, la última intención es siempre por los difuntos" (OGLH 186).

"Como la Liturgia de las Horas es, ante todo, la oración de toda la Iglesia por toda la Iglesia e incluso por la salvación de todo el mundo, conviene que en las preces las intenciones universales obtengan absolutamente el primer lugar, ya se ore por la Iglesia y los ordenados, por las autoridades civiles, por los que sufren pobreza, enfermedad o aflicciones, por las necesidades de todo el mundo, a saber, por la paz y otras cosas semejantes" (OGLH 187).

"Es lícito, sin embargo, tanto en los Laudes matutinos como en las Vísperas, añadir ciertas intenciones particulares" (OGLH 188).

l) Padrenuestro

"En los Laudes matutinos y en las Vísperas, como Horas más populares, a continuación de las preces ocupa el Padrenuestro el lugar correspondiente a su dignidad, de acuerdo con una tradición venerable" (OGLH 194).

"Así, la oración dominical, de ahora en adelante, se dirá solemnemente tres veces al día, a saber: en la Misa, en los Laudes matutinos y en las Vísperas" (OGLH 195).

"El Padrenuestro será dicho por todos, antecediéndole, según fuere oportuno, una breve monición" (OGLH 196).

El Padrenuestro es como la síntesis de todo el Oficio divino ya que en el se unen la alabanza y la súplica, y une la Eucaristía de la Palabra y del Cuerpo y la Sangre de Cristo, con la "Eucaristía", acción de gracias al Padre por la resurrección del Hijo con la fuerza del Espíritu Santo.

ll) Oración final

"Al final de toda la Hora se dice la oración conclusiva, que en la celebración pública y popular, según norma de la tradición, correrá a cargo del sacerdote o diácono" (OGLH 198).

m) Pertenece al sacerdote o diácono

"Pertenece al sacerdote o diácono que preside, desde su sede, el dar comienzo al Oficio con la invocación inicial, invitar a recitar el Padrenuestro, decir la oración conclusiva, saludar al pueblo, bendecirlo y despedirlo" (OGLH 256).

"Puede recitar las preces el sacerdote o el ministro" (OGLH 257).

"Si no estuvieran presentes el presbítero o el diácono, el que preside el Oficio es solamente uno entre iguales; no sube al presbiterio y no saluda ni bendice al pueblo" (OGLH 258).

n) El oficio de lector

"Quienes desempeñen el oficio de lector recitarán de pie en un lugar adecuado, las lecturas, tanto las largas como las breves" (OGLH 259).

ñ) Incienso

"Mientras se profiere el cántico evangélico, en los Laudes matutinos y Vísperas se puede incensar el altar y, a continuación también al sacerdote y al pueblo" (OGLH 261).

o) Bendición final

"Si es el sacerdote o diácono el que preside, despide al pueblo con el saludo "El Señor esté con vosotros", y con la bendición, lo mismo que en la Misa, diciendo a continuación: "Podéis ir en paz", "Demos gracias a Dios". No siendo así la celebración finaliza con "El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna", "Amén" (OGLH 54).

Los Laudes y las Vísperas son las Horas más importantes del Oficio divino, por eso la reforma litúrgica y el esfuerzo pastoral no debería cejar hasta hacer que el pueblo santo de Dios recupere esta plegaria que le es propia. Los Laudes y las Vísperas adquieren toda su dimensión eclesial y litúrgica, cuando son celebradas por una comunidad presidida por su pastor.

4. El silencio sagrado

"Como se ha de procurar de un modo general que en las acciones litúrgicas "se guarde asimismo, a su debido tiempo, un silencio sagrado" (SC 30), también se ha de dar cabida al silencio en la Liturgia de las Horas" (OGLH 201).

"Por lo tanto, según la oportunidad y la prudencia, para lograr la plena resonancia de la voz del Espíritu Santo en los corazones y para unir más

estrechamente la oración personal con la Palabra de Dios y la voz pública de la Iglesia, es lícito dejar un espacio de silencio o después de cada Salmo, una vez repetida su antífona, según la costumbre tradicional, sobre todo si después del silencio se añade la oración sálmica; o después de las lecturas tanto breves, como largas.

Se ha de evitar, sin embargo, que el silencio introducido sea tal que deforme la estructura del Oficio o resulte molesto o fatigoso para los participantes" (OGLH 202).

"Cuando la recitación haya de ser hecha por uno solo, se concede mayor libertad para hacer una pausa en la meditación de alguna fórmula que suscite sentimientos espirituales, sin que por eso el Oficio pierda su valor público" (OGLH 203).

5. El Oficio de lectura

"El Oficio de lectura se orienta a ofrecer al pueblo de Dios y principalmente a quienes se han entregado al Señor con una consagración especial, una más abundante meditación de la Palabra de Dios y las mejores páginas de los autores espirituales. Pues si bien es verdad que en la Misa de cada día es más rica la serie de lecturas bíblicas, no puede negarse que el tesoro de la revelación y de la tradición contenido en el Oficio de lectura es de grande provecho espiritual. Traten de buscar estas riquezas, ante todo, los sacerdotes, para que puedan transmitir a otros la Palabra de Dios que ellos han recibido y convertir su doctrina en "alimento para el pueblo de Dios" (OGLH 55).

Es importante y significativo el cambio de nombre. Antes era una celebración que tenía lugar durante la noche, siguiendo los ejemplos de Jesús (Lc 6,12; Mt 14,23.25), y de la Iglesia primitiva (He 16,25; 20,7s), siguiendo los consejos sobre la vigilancia y la oración (Mt 26,41; Lc 21,36; Rom 13,11; 1 Pe 4,7). En la edad media era una de las Horas más importantes para los monjes y para las iglesias principales de Roma, Jerusalén y Milán. Comprendía varios "nocturnos" o divisiones, de acuerdo con las vigiliass o partes de la noche. Comenzaba en plena noche, antes del gallo, y duraba hasta el alba.

Poco a poco sufrió algunos desplazamientos hasta poco antes de la aurora, "mutata", de donde tomó el nombre de "Ad matutinum" o Maitines. Cuando el clero abandonó la celebración del Oficio en común, siglo X, aparece la práctica anticipada de los Maitines a la tarde del día precedente.

"La Hora llamada Maitines, aunque en el coro conserve el carácter de alabanza nocturna, compóngase de manera que pueda rezarse a cualquier hora del día, y tenga menos Salmos y más lecturas" (SC 89c).

Algunos pedían la abolición de esta Hora o la sustitución por una lectura libre de la Escritura. El nombre "Oficio de lectura" indica bien claro lo que ha pretendido la reforma litúrgica. "Oficio", que quiere decir verdadera celebración; y "de lectura", de escucha reflexiva y orante de la Palabra de Dios. Lo que se llama la "lectio divina", escucha, diálogo, meditación, encuentro amoroso con el Dios que nos habla.

a) Oración y Palabra de Dios

La gran reforma litúrgica conciliar ha sido el haber hecho llegar "*los tesoros de la Palabra de Dios*", con mayor abundancia, al pueblo santo de Dios (SC 25, 35, 51), recomendando la lectura y estudio de la Palabra de Dios (DV 25; PO 13). Pero acompañado siempre este estudio y lectura de la oración personal.

"La oración debe acompañar "a la lectura de la Sagrada Escritura, a fin de que se establezca un coloquio entre Dios y el hombre, puesto que con El hablamos cuando oramos y lo escuchamos a El cuando leemos los divinos oráculos" (DV 25), y por lo mismo, el Oficio de lectura consta también de Salmos, de un himno, de una oración y de otras fórmulas, y tiene de suyo carácter de oración" (OGLH 56).

"La lectura de la Sagrada escritura, que conforme a una antigua tradición se hace públicamente en la Liturgia, no sólo en la celebración eucarística, sino también en el Oficio divino, ha de ser tenida en máxima estima por todos los cristianos porque es propuesta por la misma Iglesia, no por elección individual o mayor propensión del espíritu hacia ella, sino en orden al misterio que la Esposa de Cristo "desarrolla en el círculo del año, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectación de la dichosa esperanza y venida del Señor" (SC 102). Además, en la celebración litúrgica, la lectura de la Sagrada Escritura siempre va acompañada de la oración, de modo que la lectura produce frutos más plenos y a su vez la oración, sobre todo la de los Salmos, es entendida, por medio de las lecturas, de un modo más profundo y la piedad se vuelve más intensa" (OGLH 140).

b) Lectura de los Santos Padres

"Según la tradición de la Iglesia romana, en el Oficio de lectura, a continuación de la lectura bíblica tiene lugar la lectura de los Padre o de los escritos eclesiásticos con su responsorio correspondiente" (OGLH 159).

"En esta lectura se proponen diversos textos tomados de los escritos de los Santos Padres, de los doctores y de otros escritores eclesiásticos pertenecientes, ya a la Iglesia Oriental, ya a la Occidental, cuidando, no obstante, de conceder el primer lugar a los Santos Padres, que gozan en la Iglesia de una autoridad especial" (OGLH 160).

"La finalidad de esta lectura es, ante todo, la meditación de la Palabra de Dios tal como es entendida por la Iglesia en su tradición. Porque la Iglesia siempre estimó necesario declarar auténticamente a los fieles la Palabra de Dios de modo que "la línea de la interpretación profética y apostólica se guíe conforme a la norma del sentido eclesiástico y católico" (S.Vicente Lerins, Commonitorium, 2, en PL 50, 640)" (OGLH 163).

"Mediante el trato asiduo con los documentos que presenta la tradición universal de la Iglesia, los lectores son llevados a una meditación más plena de la Sagrada Escritura y a un amor suave y vivo. Porque los escritos de los Santos Padres son testigos preclaros de aquella meditación de la Palabra de Dios, producida a lo largo de los siglos, mediante la cual la Esposa del Verbo Encarnado, es decir, la Iglesia, "que tiene consigo el consejo y el Espíritu de su Dios y Esposo" (S.Bernardo, Sermo 3 in vigilia Nativitatis, 1, en PL 183, 94), se afana por conseguir una inteligencia cada vez más profunda de las Sagradas Escrituras" (OGLH 164).

"La lectura de los Padres conduce asimismo a los cristianos al verdadero sentido de los tiempos y de las festividades litúrgicas. Además, les hace accesibles las inestimables riquezas espirituales que constituyen el egregio patrimonio de la Iglesia y que a la vez son el fundamento de la vida espiritual y el alimento ubérrimo de la piedad. Y por lo que se refiere a los pregoneros de la Palabra de Dios, tendrán así todos los días a su alcance ejemplos insignes de la sagrada predicación" (OGLH 165).

c) La lectura hagiográfica

"Con el nombre de lectura hagiográfica se designa, ya el texto de algún Padre o escritor eclesiástico que o bien hable directamente del Santo cuya festividad se celebra o que puede aplicársele rectamente, ya un fragmento de los escritos del Santo en cuestión, ya la narración de su vida" (OGLH 166).

"En la elaboración de los Propios particulares de los Santos se ha de atender a la verdad histórica (SC 92) y al verdadero aprovechamiento

espiritual de aquellos que han de leer o escuchar la lectura hagiográfica; se ha de evitar cuidadosamente todo lo que suscite tan sólo admiración; más bien se ha de poner a la luz la peculiar índole espiritual de los Santos, de un modo adecuado a las condiciones actuales, así como su importancia para la vida y la espiritualidad de la Iglesia" (OGLH 167).

"Antes de la lectura misma y para instrucción tan sólo, no para ser proferida en la celebración, se pone una breve noticia hagiográfica que contiene datos meramente históricos y describe brevemente la historia del Santo" (OGLH 168).

En el antiguo Breviario se encontraban lecturas un poco legendarias, por eso el Concilio (SC 92) mandó que se revisasen, y se relacionasen con el Misterio de Cristo (SC 8, 104, 111).

d) Comienzo de la celebración

"Si el Oficio de Lectura se recita antes de los Laudes, habrá de preceder el Invitatorio. De lo contrario, se comienza con el verso "Dios mío, ven en mi auxilio", con el "Gloria al Padre..." "Como era...", y fuera del tiempo de Cuaresma, el "Aleluya" (OGLH 60).

e) Himno

"A continuación se dice un himno" (OGLH 61).

La función del himno es crear un clima adecuado.

f) Los Salmos

"Se prosigue con la salmodia, que consta de tres Salmos (o fragmentos, cuando los Salmos que corresponden son más largos). En el triduo pascual, en los días comprendidos en las octavas de Pascua y Navidad, así como en las solemnidades y fiestas, figuran Salmos propios, con sus antífonas propias.

En los domingos y las ferias los Salmos con sus antífonas se toman del salterio en curso. De aquí se toman también las memorias de los Santos, a no ser que tengan Salmos y antífonas propios" (OGLH 62).

"Entre la salmodia y las lecturas se dice, como es costumbre, el verso, que sirve para enlazar ambas partes" (OGLH 63).

"Para el domingo, incluso para el Oficio de lectura y para la Hora intermedia se han seleccionado aquellos Salmos que conforme a la tradición

expresan de un modo más adecuado el misterio pascual. A los viernes se les ha asignado algunos Salmos penitenciales o de pasión" (OGLH 129).

g) Las lecturas

"Se hace una doble lectura: la primera es bíblica; la otra puede estar tomada de las obras de los Padres o de escritores eclesiásticos o ser hagiográfica" (OGLH 64).

"Después de cada lectura se dice un responsorio" (OGLH 65).

"En el Oficio de lectura siempre se ha de preferir la lectura en curso de la Sagrada Escritura. Se refiere también al Oficio el deseo de la Iglesia "de que en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura" (SC 51).

Teniendo esto presente, respétese el curso de las lecturas de la Escritura propuesto en el Oficio de lectura para el tiempo de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua; durante el tiempo ordinario podrán elegirse, por una justa causa, en algún día o unos pocos días continuos, otras lecturas entre las propuestas para otros días o incluso otras lecturas bíblicas; v.g. cuando se celebran ejercicios espirituales o asambleas pastorales u oraciones por la unidad de la Iglesia y otras cosas semejantes" (OGLH 248).

"Si alguna vez se interrumpen la lectura continuada a consecuencia de alguna solemnidad, fiesta o celebración peculiar, será lícito en esa misma semana, teniendo presente toda su distribución, o bien unir las partes que se omiten con las otras o bien determinar qué textos han de ser preferidos a los demás" (OGLH 249).

"En el mismo Oficio de lectura, en lugar de la segunda lectura asignada a aquel día, podrá elegirse por un motivo justo otra lectura del mismo tiempo, tomada del libro de la Liturgia de las Horas o del Leccionario libre. Sobre todo en los días feriados a lo largo del año y si se considera oportuno, incluso en el tiempo de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua, se puede hacer una lectura cuasi continua de algún fragmento patrístico en consonancia con los textos bíblicos y litúrgicos" (OGLH 250).

h) Los responsorios

"Después de cada lectura se dice un responsorio" (OGLH 65).

"A la lectura bíblica en el Oficio de lectura le sigue su propio responsorio, cuyo texto ha sido seleccionado del tesoro tradicional o compuesto

de nuevo de forma que arroje nueva luz para la inteligencia de la lectura que se acaba de hacer, ya sea insertando dicha lectura en la historia de la salvación, ya conduciéndonos desde el Antiguo Testamento al Nuevo, ya convirtiendo la lectura en oración o contemplación, ya, finalmente, ofreciendo la fruición variada de sus bellezas poéticas" (OGLH 169).

"Asimismo la segunda lectura lleva anejo un responsorio idóneo, pero que no va tan estrechamente ligado con el texto de la lectura, favoreciendo así más la libertad de la meditación" (OGLH 170).

"Los responsorios, junto con sus partes que han de ser repetidas, conserva, por tanto, su valor, incluso cuando la recitación ha de ser hecha por uno sólo" (OGLH 171).

i) Conclusión del Oficio de lectura

"En los domingos fuera de la Cuaresma, en los días comprendidos en las octavas de Pascua y Navidad, en las solemnidades y fiestas, después de la segunda lectura seguida de su responsorio, se recita el "Te Deum", el cual se omite en las memorias y en las ferias. La última parte de este himno, desde el versículo "Salvum fac populum tuum" hasta el fin, puede omitirse libremente" (OGLH 68).

"El Oficio de lectura concluye con la oración propia del día y, al menos cuando se celebra en común, con la aclamación "Bendigamos al Señor", "Demos gracias a Dios" (OGLH 69).

j) Puede antiparse el Oficio de lectura

"El Oficio de lectura puede recitarse a cualquier hora del día e incluso de la noche del día precedente, después de haberse celebrado las Vísperas" (OGLH 59).

6. Las Vigilias

"La Vigilia pascual es celebrada en toda la Iglesia, como se indica en los correspondientes libros litúrgicos. "Es tan grande la Vigilia de esta noche, dice San Agustín. que ella sola reclamaría para sí como propio el nombre que es común a las demás"; "pasamos en vela la noche en que el Señor resucitó y en la que inauguró para nosotros en su carne aquella vida...; y así querrá que con El vivamos y reinemos eternamente Aquel a quien nosotros, vigilantes, cantamos resucitado al amanecer" (en PLS 2, 550 y 552)" (OGLH 71).

"A semejanza de la Vigilia pascual, hubo la costumbre de iniciar la celebración de algunas solemnidades con una vigilia en el templo: sobresalen, entre ellas, el nacimiento del Señor y el día de Pentecostés. Tal costumbre debe conservarse" (OGLH 71).

"Los Padres y autores espirituales con muchísima frecuencia exhortan a los fieles, sobre todo a los que se dedican a la vida contemplativa, a la oración en la noche, con la que se expresa y se aviva la espera del Señor que ha de volver: "En medio de la noche se oyó un clamor: que viene el esposo, salid a su encuentro" (Mt 25,6); "Vigilad, pues, porque no sabéis cuándo va a venir el señor de la casa: si a la tarde, o a media noche, o al canto del gallo, o al amanecer, no sea que viniendo de súbito os encuentre durmiendo" (Mc 13,35-36). Son, por tanto, dignos de alabanza los que mantienen el carácter nocturno del Oficio de lectura" (OGLH 72).

"En atención principalmente a los que se dedican a una tarea apostólica, el Oficio de lectura mantiene siempre la misma brevedad, los que desean una celebración más extensa de la vigilia del domingo, de las solemnidades y fiestas, procederán del modo siguiente:

Celébrese en primer lugar el Oficio de lectura según figura en el libro de la Liturgia de las Horas hasta las lecturas inclusive. Terminadas ambas lecturas, y antes del "Te Deum" añádanse los cánticos que se han puesto en el Apéndice con este fin; léase a continuación el Evangelio, sobre el que podrá tenerse la homilía, si conviene; luego se canta el "Te Deum" y se dice la oración.

En las solemnidades y fiestas el Evangelio se tomará del Leccionario de la Misa, y los domingos de la serie del misterio pascual que aparece detallada en el Apéndice del libro de la Liturgia de las Horas" (OGLH 73).

7. La Hora intermedia: Tercia, Sexta, Nona

"Conforme a una tradición muy antigua de la Iglesia, los cristianos acostumbraron a orar por devoción privada en determinados momentos del día, incluso en medio del trabajo, a imitación de la Iglesia apostólica; esa tradición, andando el tiempo, cristalizó de diversas maneras en celebraciones litúrgicas" (OGLH 74).

"Tanto en Oriente como Occidente se ha mantenido la costumbre litúrgica de rezar Tercia, Sexta y Nona, principalmente porque se unía a estas horas el recuerdo de los acontecimientos de la Pasión del Señor y de la primera propagación del Evangelio" (OGLH 75).

"Fuera del Oficio coral, y salvo derecho particular, cabe elegir una de estas tres Horas, aquella que más se acomode al momento del día" (OGLH 77).

"Tercia, Sexta y Nona o la "Hora intermedia" se comienza con la invocación "Dios mío, ven en mi auxilio", con el "Gloria", y "Aleluya", que se omite en Cuaresma. Luego se dice el himno correspondiente a la Hora. A continuación se tiene la salmodia, seguida de la lectura breve. Concluye la Hora con la oración conclusiva y, al menos cuando se recita en común, con la aclamación "Bendigamos al Señor", "Demos gracias a Dios" (OGLH 79).

8. Las Completas

"Las Completas son la última oración del día que se ha de hacer antes del descanso nocturno, aunque haya pasado ya la media noche" (OGLH 84).

"Las Completas comienzan, como las demás Horas, con la invocación inicial "Dios mío, ven en mi auxilio", con el "Gloria", y "Aleluya" que se omite en tiempo de Cuaresma" (OGLH 85).

"A continuación es de alabar que se haga exámen de conciencia, que en la celebración común se hace en silencio o bien según alguna de las fórmulas que propone el Misal Romano para el acto penitencial" (OGLH 86).

"Después se dice el himno correspondiente" (OGLH 87).

"En cuanto a la salmodia, el domingo, después de las I Vísperas, se dicen los Salmos 4 y 133; después de las II Vísperas, el Salmo 90.

Los demás días se han elegido aquellos Salmos que estimulan sobre todo la confianza en el Señor; se concede, sin embargo, que estos puedan ser sustituidos por los Salmos del domingo, principalmente para comodidad de aquellos que quizás prefieran recitar las Completas de memoria" (OGLH 88).

"Después de la salmodia se hace la lectura breve, a la cual sigue el responsorio "A tus manos, Señor"; después se dice el cántico evangélico "Ahora, Señor", con su antífona" (OGLH 89).

"La oración conclusiva es la correspondiente al día de la semana" (OGLH 90).

"Después de la oración, incluso en la recitación privada, se dice la bendición "El Señor todopoderoso nos conceda una noche tranquila y una muerte santa" (OGLH 91).

"Después se dice una de las antífonas de la Virgen María" (OGLH 92).

9. Gestos y signos

"En la celebración de la Liturgia de las Horas, lo mismo que en las demás acciones litúrgicas, "cada cual, ministro o simple fiel, al desempeñar su oficio, hará todo y sólo aquello que le corresponde por la naturaleza de la acción y las normas litúrgicas" (SC 28)" (OGLH 253).

"Si preside el obispo, sobre todo en la iglesia catedral, estará acompañado de su presbiterio y de los ministros, con la participación plena y activa del pueblo. No obstante, toda celebración con asistencia del pueblo la presidirá ordinariamente el sacerdote o diácono, debiendo estar presentes asimismo los ministros" (OGLH 254).

"El presbítero o el diácono que preside la celebración puede llevar la estola sobre el alba o el sobrepelliz e incluso el pluvial en el caso del presbítero" (OGLH 255).

"Todos los participantes estarán de pie: durante la introducción del Oficio y la invocación inicial de cada Hora; mientras se dice el himno; durante el cántico evangélico; mientras se dicen las preces, el Padrenuestro y la oración conclusiva" (OGLH 263).

"Todos escucharán sentados las lecturas, a no ser la del Evangelio" (OGLH 264).

"Mientras se recitan los Salmos y los otros cánticos con sus antífonas, la asamblea estará sentada o de pie, según fuere costumbre" (OGLH 265).

"Todos harán la señal de la cruz, desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo al derecho: al comienzo de las Horas, cuando se dice: "Dios mío, ven en mi auxilio" y al comienzo de los cánticos evangélicos: "Benedictus", "Magnificat" y el "Nunc dimittis".

Harán la señal de la cruz sobre la boca al comienzo del Invitatorio al proferir las palabras "Señor, ábreme los labios" (OGLH 266).

"Se recomienda vivamente a los que rezan el Oficio en el coro o en común el uso del canto como algo que corresponde mejor a la naturaleza de esta oración y que es además indicio de una mayor solemnidad y de una unión más profunda de los corazones" (OGLH 268).

3ª Parte

LOS SALMOS QUE LA IGLESIA REZA

1. El Espíritu nos habilita a la plegaria de la Iglesia

Antes de hablar de los Salmos, la plegaria de la Iglesia, es necesario que cada cristiano se de cuenta de que está bautizado y confirmado, y por eso está habilitado para rezar en la Iglesia, porque él mismo es Iglesia.

El bautismo es una celebración litúrgica pero también una manera de vivir. En la fuente bautismal, cada uno, hemos sido hechos "hijos de Dios" por obra del Espíritu Santo. El "agua bautismal" es el "signo" concreto de la muerte de Jesús, y la salida de la fuente es el "signo" de su resurrección.

Con el bautismo y la confirmación hemos recibido el Espíritu del Padre y del Hijo, que es el Espíritu de plegaria y de sacerdocio, Espíritu de testimonio y de profecía, Espíritu de la vida en el mundo y de las obras sociales en favor de los hermanos.

El Espíritu Santo nos ha habilitado para la Palabra de Dios, a leerla, a escucharla, comprenderla, rezarla, hacerla vida, vivirla. Nos ha hecho capaces de rezar, rezar que es responder a la Palabra de Dios que llama y pide respuesta.

El Espíritu Santo nos reúne entre nosotros para rezar, y nos une a todos con Jesucristo, que es el Sacerdote del Padre, que reza ininterrumpidamente con la Iglesia y por la Iglesia.

La renovación cristiana pasa por la plegaria litúrgica, participando en ella activamente.

a) La plegaria inspirada de los Salmos

Es el Espíritu de Dios que ha dado a su pueblo santo la plegaria poética e inspirada de los Salmos; también otras plegarias que encontramos formuladas en los dos Testamentos, ha hecho posible que se recogieran a lo largo de los siglos, quizás hasta el siglo IV antes de Cristo.

El Espíritu Santo de la plegaria, del sacerdocio, del sacrificio, ha puesto "sus" Salmos en la boca del mismo Hijo de Dios, el Sumo y Eterno Sacerdote, el Orante por excelencia, como culto y alabanza al Padre. Y el mismo Espíritu

ha puesto "sus" mismos Salmos en la boca de las comunidades que forman el único pueblo de Dios, aunque separado, la Sinagoga y la Iglesia.

Dice Romano Guardini: *"Los Salmos son Palabra de Dios; una palabra que El pronuncia en el mismo instante en el cual un hombre inspirado por El dice su palabra humana. Por tanto son "Revelación" que conduce a la salvación. Pero esto sucede de una manera especial, particular, en la plegaria"* (Sapienza dei Salmi, p. 11).

b) Rezar según Dios

San Pablo nos advierte que solo el Espíritu sabe rezar según Dios (*Rom* 8,26-27). Y así el Padre por medio de su Espíritu "sugiere" las palabras que quiere escuchar de nosotros, son "nuestras palabras". Muchas oraciones encontramos en el pueblo hebreo y cristiano, que tienen su inspiración en los Salmos: himnos, anáforas...

c) El salir de nosotros mismos, la ékstasis

Es el salir de nosotros mismos, del propio pecado, de la propia impotencia, de la desesperación, de la autosuficiencia, por la Fuerza del Espíritu Santo.

Aceptar, por la Fuerza del Espíritu Santo, que Dios abra nuestra boca (*Sal* 50, 17; *effathà*, *Mc* 7,34). Y por la misma fuerza (*Jn* 14,17) volver a entrar en nosotros mismos con Dios, ser realmente nosotros, pero con el corazón transformado por el bautismo y la confirmación.

Después salir al encuentro de Dios que ya se ha encontrado con nosotros y nos espera siempre (*Sal* 79, 4.8.15.20). Y comunicar con todos los hermanos de la comunidad cristiana y del mundo que viven nuestras mismas situaciones, con el Padre de Jesucristo nuestro Señor. Y participar en la historia del mundo, de los hombres, de la creación, de la redención, de la transformación, de la divinización por pura gracia gratuita de Dios, en el tiempo y el espacio.

La escritura conoce los dos caminos: del hombre redimido al Dios viviente, *"¡Dichoso el hombre...!"* (*Sal* 1,1), *"Alabad a Dios..."* (*Sal* 150,1); y del Dios viviente a nosotros: *"En el principio existía la Palabra..."* (*Jn* 1,1), *"Y la Palabra se hizo carne..., y hemos contemplado su gloria"* (*Jn* 1,14).

d) El texto de los LXX

Es el texto de los Salmos que siempre ha sido rezado por la Iglesia, y por las Iglesias separadas. La Iglesia de los siglos I-II optó por el "cánon bíblico

alejandrino", no a favor del "cánon bíblico palestinese". En el Misal y la Liturgia de las Horas se emplea la numeración griega de los LXX, en algunas Biblias se usa la segunda numeración y entre paréntesis la primera.

<u>Liturgia (LXX)</u>	<u>Hebrea</u>
1-8	1-8
9	9-10
10-112	11-113
113,1-8	114
114 y 115	116,1-9 y 116,10-19
116-145	117-146
146	147,1-11
147	147,12-20
148-150	148-150

Nosotros queremos rezar los Salmos como Iglesia, porque los Salmos son de la Iglesia. La Iglesia una y santa, nunca ha cesado de rezar con los Salmos, tanto en Oriente como en Occidente. Los Salmos, plegaria de los padres, de los "creyentes" del Antiguo Testamento, plegaria de Cristo Esposo de la Iglesia, y el mismo Espíritu de Jesucristo Resucitado nos hace rezar ahora. Y nos hace rezar en toda celebración de la Iglesia, desde Pentecostés a la Parusía gloriosa: durante todo el Año litúrgico, año de gracia del Señor; en el Leccionario de la Palabra de Dios, en todo sacramento, y en el Oficio de alabanza del Señor.

Rezar los Salmos leídos "en la Iglesia", celebrados. Por tanto conocer bien sus contenidos, para vivirlos y enseñarlos al pueblo santo de Dios.

f) Los Salmos plegaria de los pobres

Los Salmos son la plegaria litúrgico bíblica que ha nacido como un precioso "Libro de viaje", siempre dispuesto para abrirlo y ser usado. Los Salmos han nacido de la experiencia histórica. Experiencia que comprende todo el pueblo de Dios, pero expresada de una manera especial por los "pobres", anawim, de Dios (Yahve). El salmista, autor de cada Salmo, es un "pobre" de Dios, uno que ha recibido la gracia divina y que corresponde. Que va siempre en busca de Dios, reza y lo comunica a los hermanos. Y precisamente por esto, el "pobre" de Dios es rechazado, escarnecido, despreciado, perseguido. El está en favor de la justicia, pero no se hace ilusiones con sólo la justicia humana. Espera la justicia sólo de Dios, aunque Dios la realiza por medio de otros hombres, los justos y los buenos.

De esta manera los Salmos se convierten en la plegaria de todo el pueblo de Israel, que experimenta persecuciones, destrucciones, deportaciones, hasta momentos de desesperación, que han superado por la esperanza. Desde David hasta hoy, los piadosos israelitas han rezado los Salmos inspirados.

g) Los Salmos plegaria de Cristo, el "Pobre" de Dios

Los Salmos son la plegaria de Cristo en su vida terrena. No ha querido separarse de la plegaria de su pueblo. La ha hecho propia, de una manera única: El es la Palabra de Dios, el Verbo encarnado, que reza al Padre con los Salmos de la experiencia de su pueblo. Y se comprende, porque Cristo ha querido ser el "Pobre" de Dios, por excelencia: sencillo, humilde, bueno, perfecto en el amor hacia el Padre y el Espíritu, y hacia todos los hombres hermanos suyos. El también es perseguido, incomprendido, condenado, abandonado, crucificado. Y sobre la cruz salvadora reza los Salmos (en la Cena: *Mt* 26,30 el *Sal* 112-117); en Getsemaní (*Mc* 14,34; *Mt* 26,38 el *Sal* 41,6; en *Jn* 12,27 el *Sal* 6,4 ó 41,7); en la cruz (*Jn* 19,28 el *Sal* 69,22, "*tengo sed*"; en *Mc* 15,34, "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*"; y *Lc* 23,46 el *Sal* 30,16, "*a tus manos encomiendo mi espíritu*").

En Cristo se resume y se encuentra toda la experiencia histórica de su pueblo, de todo el pueblo de Dios de todos los tiempos, y de todos los "pobres" de Dios de todos los tiempos, y El pone su confianza sólo y siempre en el Padre. Para hacer esto también Cristo fue bautizado y confirmado por el Espíritu Santo, y consagrado como Sacerdote del Padre.

Por eso, en Jesús rezando los Salmos, han llegado a su cumplimiento histórico y profético. Si nos imaginamos y sabemos rezar como Jesús rezaba cada Salmo, nuestra plegaria será verdadera.

h) Lo que nos dice la Iglesia

"En la Liturgia de las Horas, la Iglesia ora sirviéndose en buena medida de aquellos cánticos insignes que bajo la inspiración del Espíritu Santo compusieron los autores sagrados del Antiguo Testamento. Pues por su origen tienen la virtud de elevar hacia Dios la mente de los hombres, excitan en ellos sentimientos santos y piadosos, les ayudan de un modo admirable a dar gracias en los momentos de alegría y les proporcionan consuelo y firmeza de espíritu en la adversidad" (OGLH 100).

"Los Salmos no son más que una sombra de aquella plenitud de los tiempos que se reveló en Cristo Señor y de la que recibe toda su fuerza la oración de la Iglesia" (OGLH 101).

"El Espíritu Santo, bajo cuya inspiración cantaron los salmistas, asiste siempre con su gracia a los que creyendo con buena voluntad, cantan estas composiciones poéticas. Pero es necesario, ante todo, que "adquieran una instrucción bíblica más rica, principalmente acerca de los Salmos" (SC 90)" (OGLH 102).

"La salmodia, aunque exija la reverencia debida a la majestad divina, debe realizarse con alegría de espíritu y dulzura amorosa, tal como conviene a la poesía y al canto sagrado y sobre todo a la libertad de los hijos de Dios" (OGLH 104).

"Quien recita los Salmos abre su corazón a los sentimientos que éstos inspiran según el género literario de cada uno, ya sea de lamentación, confianza, acción de gracias u otros que acertadamente señalan los exegetas" (OGLH 106).

"Pues aunque tales cánticos traigan su origen de los pueblos orientales de hace bastantes siglos, expresan, sin embargo, de un modo adecuado el dolor y la esperanza, la miseria y la confianza de los hombres de todas las edades y regiones, cantando sobre todo la fe en Dios, la revelación y la redención" (OGLH 107).

"Quien recita los Salmos en la Liturgia de las Horas no lo hace tanto en nombre propio como en nombre de todo el Cuerpo de Cristo, e incluso en nombre de la persona del mismo Cristo...

En el Oficio divino se recorre toda la cadena de los Salmos, no a título privado, sino en nombre de la Iglesia, incluso cuando alguien hubiere de recitar las Horas individualmente. Pero quien recite los Salmos en nombre de la Iglesia, siempre puede encontrar un motivo de alegría y tristeza, porque también aquí tiene su aplicación aquel dicho del Apóstol: "alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran" (Rom 12,1) y así la fragilidad humana, indispuesta por el amor propio, se sana por la caridad, que hace que concuerden el corazón y la voz del que recita el Salmo" (OGLH 108).

"Quien recita los Salmos en nombre de la Iglesia debe dirigir su atención al sentido pleno de los Salmos, en especial al sentido mesiánico que movió a la Iglesia a servirse del Salterio. El sentido mesiánico se manifestó plenamente en el Nuevo Testamento, y el mismo Cristo Señor lo puso de manifiesto al hablar a los Apóstoles: "es necesario que se cumplan todas las cosas que fueron escritas de mí en la ley de Moisés, los Profetas y los Salmos" (Lc 24,44). Es un ejemplo conocidísimo el diálogo que nos refiere San Mateo acerca del Mesías, Hijo de David y Señor suyo (Mt 22,44s), en el que el Salmo 109 es aplicado al Mesías.

Siguiendo esta senda, los Santos Padres aceptaron y comentaron todo el Salterio a modo de profecía acerca de Cristo y su Iglesia; por el mismo motivo fueron elegidos los Salmos para su uso en la Liturgia... Tanto los Padres como la Liturgia procedieron rectamente al oír en los Salmos a Cristo que clama al Padre o el Padre que habla al Hijo reconociendo incluso la voz de la Iglesia, de los Apóstoles o de los mártires" (OGLH 109).

2. El pueblo donde nacieron los Salmos

Parece que no podemos hablar de Israel hasta el año 1000 antes de Cristo, cuando con David se unifican dos grandes grupos de tribus nómadas. Uno siempre se había movido por la tierra de Canaán y Mesopotamia, especialmente por tierras del sur de Canaán, por el desierto de Judá; sería el grupo "abrahámico", cuya capital era Hebrón. Y otro que, en cierta ocasión había emigrado a Egipto y después pudo marchar de allí hacia la tierra de Canaán, especialmente al norte. Sería el grupo "jacobítico", y la capital era Siquem.

David consiguió la unidad de los dos grupos gracias a su visión y su fuerza política. Constituyó la capital del reino unido en una ciudad neutral, Jerusalén. Supo motivar la unión aduciendo la necesidad de defenderse de los grandes o pequeños países que les rodeaban. Y también que los dos grupos tenían experiencias de fe y de salvación parecidas: experiencia de un Dios personal, que camina con el pueblo, que les libera, que es amigo y salvador.

Esta unión no duró mucho, ya que a la muerte del hijo de David, Salomón, los dos grupos se volvieron a separar políticamente formando dos reinos: el de Israel al norte, y el de Judá al sur. Y así continuaron hasta su destrucción: el año 721 el del norte, a manos de Asiria; y el año 587 el del sur a manos de Babilonia. La fe continuó siendo la misma, con alguna pequeña variante.

Estos dos grupos de creyentes no escaparon a las crisis, normales, en cualquier grupo humano: internacionales, nacionales, sociales, existenciales, de fe.

Nos interesa la crisis de fe, ya que en aquellos grupos cualquier cosa relacionada con la vida tenía relación con la fe en Dios. Y todo lo relacionado con la fe en Dios también lo estaba con la vida.

Delante de la tierra, de la institucionalización, la monarquía, el templo, la religión basada en el culto, etc., aquellos grupos de creyentes tuvieron muchas tentaciones en contra de la experiencia fundamental de la salvación, de la fe: el sedentarismo, conversión del Dios personal en una divinidad local, como las

otras naciones, seguridad en sus propias fuerzas e instituciones, alienación y corrupción de la fe en forma de culto que no cambia a las personas, manipulación de la divinidad y de la religión.

Muchos creyentes salieron al paso de estas dificultades y tentaciones; algunos de forma directa (actuación y libros de los Profetas), o de forma indirecta (libros históricos y narrativos) fueron profundizando en el núcleo de la experiencia de fe, la actualizaron y descubrieron las nuevas exigencias y fidelidades que suponía. La Biblia es el testimonio de estos creyentes (jahwistas, elohistas, sacerdotales, deuteronomistas, cronistas, profetas concretos, sabios, etc) que luchan para conservar la fe, para ir descubriendo a Dios en los nuevos acontecimientos, para conectar la vida del pueblo con su fe.

De esta manera fue posible que el pueblo creyente, a pesar de las crisis, las dificultades, el exilio, el cerrarse el postexilio, los problemas existenciales que se plantearon (dolor, sentido de la vida, sentido de la muerte, etc.) pudiese continuar su relación personal con Dios, que siempre estaba vivo y personal, que se manifestaba en la vida concreta de los hombres y de la historia, y así manifestaba cual era su estilo de actuar y que estilo de actuar exigía a los hombres hacia El y hacia otros hombres.

La expresión máxima de esta relación, la respuesta del hombre a las llamadas de Dios, está en estas plegarias que hace el hombre a Dios, en las cuales encontramos, prácticamente, todos los aspectos de la experiencia de fe de los hombres, de su compromiso hacia su Dios, y hacia los otros hombres.

Son los Salmos, que pueden ser considerados libros sapienciales, en cuanto son una respuesta de fe a Dios, y en cuanto recogen las experiencias de cada día y los problemas más existenciales que tiene planteados el hombre y los presenta a Dios.

3. El libro de los Salmos y los géneros literarios

Tenemos 150 Salmos, divididos en cinco libros que terminan todos con una doxología. 1º *Sal* 1-40, doxología al 40,14; 2º *Sal* 41-71, doxología en 71,18-19; 3º *Sal* 72-88, doxología en 88,53; 4º *Sal* 89-105, doxología en 105,48; 5º *Sal* 106-150, doxología en todo el *Sal* 150.

Se hacen otras divisiones: jahvista (el nombre divino inefable) para nombrar a Dios, *Sal* 3-40. Y eloista, *Sal* 41-82, porque el nombre de Dios que se usa es Elohîm, en sustitución del nombre inefable de Jahveh.

Dentro de esta misma colección "elohista" encontramos grupos de

Salmos atribuidos a autores. Salmos de los hijos de Coré, *Sal* 41-48. Se trata de una familia de cantores del templo (2 *Cro* 20,19). Predomina en la colección, el interés por la ciudad de Dios, son su centro universal, el Templo y el Arca de la Alianza.

Salmos de Asaf, *Sal* 49,72-82. También es una familia de cantores (1 *Cro* 16,4-7; 25,1-2; *Neh* 7,44; 11,17.22). Depositaria de una tradición poético profética y sapiencial, de la cual el Templo es el centro oficial celebrativo y de enseñanza.

Colección de David, *Sal* 50-71, excluido el *Sal* 65. Atribuciones más honoríficas que reales, no quiere decir que estos Salmos concretos fuesen de él.

También "Salmos graduales", de las subidas o de peregrinación, *Sal* 119-133.

Salmos "aleluyáticos", porque está el término "aleluya", "hallelû-jah!", ¡Alabad al Señor!. Aleluya al comienzo y al fin, *Sal* 150. Al inicio: *Sal* 105, 106, 110-118, 134, 135, 145-148. "Hallel" pequeño opascual, 112-118. El gran "hallel", *Sal* 135. "Hallel" de la mañana, *Sal* 144-150.

En cuanto al tiempo de su composición, dice algún autor, desde el siglo 10? antes de Jesucristo; quizás en los siglos que la vida cúlrica se institucionalizó, entre los siglos VIII y II antes de Cristo. En algunos Salmos se usan formas literarias arcaizantes que dan impresión de más antiguos.

a) Los géneros literarios

"Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano, por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

Para descibir la intención del autor, hay que tener cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios. Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios" (DV 12).

Desde hace muchos años se ha ido haciendo un estudio crítico de los Salmos, buscando unos criterios, partiendo de lugares, momentos, situaciones, ambientes humanos muy diversos. Por eso, después de muchos años de investigaciones y estudios, se ha llegado a un consenso para distinguir a los Salmos en categorías distintas, pero parecidas en la forma, la terminología, los contenidos, el fin. Es buena y no es rígida. Aunque cada Salmo puede tener

diversos elementos de otras categorías o "géneros literarios". Pero es muy útil para conocer y rezar cada Salmo.

b) Contenidos teológicos

1.- Himnos de alabanza (H)

Quieren expresar al Señor la alabanza, la plegaria desinteresada, con una poesía himnica propia. Se alaba al Señor por sí mismo, porque es El. Y se hace con gozo y sorpresa, porque nos encontramos en su presencia benéfica, misericordiosa, magnífica, inmensa, lejana-cercana.

Se alaba al Señor por sus atributos que El ha querido revelar: inmensidad, majestad, omnipotencia, magnificencia, y otros. Estos atributos se descubren por la reflexión, por la historia de la salvación que el Señor dirige y va realizando, por la contemplación de la creación o de la creación continua.

Se alaba al Señor por sus obras: desde la creación hasta el fin de los tiempos. Obras siempre nuevas, benéficas, espléndidas, que nunca acabarán.

En la plegaria de la mañana, es típica la alabanza, la sorpresa, la admiración, la aclamación espontánea y generosa.

Dentro de los "himnos de alabanza", encontramos los Salmos de la realeza del Señor (RS), y Cánticos de Sión (CS).

2.- Acción de gracias comunitaria (AGC), e individual (AGI)

Acción de gracias haciendo "memorial", o sea recordando, se quiere expresar la gratitud al Señor por todos los hechos realizados por El en nosotros, desde la creación hasta el final de los tiempos. Pero especialmente por cada una de las acciones de la salvación en favor de los hombres, que han sido tan abundantes: desde la liberación de un peligro, la liberación de los enemigos, el perdón de los pecados, la curación, una iluminación en momentos tristes de la vida, una consolación en la angustia.

Hay que notar que los Salmos de "acción de gracias" son muy pocos. Le cuesta mucho al pueblo de Dios sentirse agradecido con su Dios y Señor. Como nos pasa a nosotros: es difícil encontrar cristianos que su oración sea de acción de gracias al Padre, porque nos ha dado a su Hijo y al Espíritu Santo, y a la Iglesia.

Acción de gracias "individual" o "comunitaria", no significa que rece sólo un individuo, una persona; sino que este Salmo se ha compuesto por la experiencia de un fiel del pueblo de Dios, el salmista, y que se convierte en plegaria de toda la comunidad. "Comunitaria", una experiencia comunitaria, y siempre se ha usado como expresión de toda la comunidad. Los Salmos son siempre plegaria de toda la comunidad.

3.- *Salmos de súplica comunitaria (SC), súplica individual (SI)*

Son los más numerosos. La "súplica" es para obtener algo; se convierte en "intercesión" si se reza por los otros. Es reconocer lealmente, entre los dolores y angustias de la vida, nuestra necesidad, y la Potencia de Dios que en su Bondad lo puede todo. Se reconoce la situación de ruina en que uno se encuentra, por su propia culpa. También la de los inocentes, pero por culpa de los malvados; y piden ser salvados, porque sólo el Señor puede hacerlo.

4.- *Salmos de confianza comunitaria (CC), y confianza individual (CI)*

Quieren expresar la confianza, el abandono en la mano providente del Señor. Es querer estar siempre con El y con los hermanos. Es saber que cada vez que se invoca al Señor, responde con abundancia; y hacer conocer esto a los hombres y al mundo. Y formar una comunidad de fe y de salvación, misterio de comunión y de amor en la confianza divina.

5.- *Salmos de la realeza mesiánica (RM)*

Cantan en la esperanza y en el gozo la larga preparación que el Señor ha ido haciendo, escogiendo entre los hombres un pueblo, en favor de todo el pueblo. El Mesías que es "Rey", "Salvador" único de su pueblo y de todos los hombres, y está lleno de toda gracia: la filiación divina, la majestad, la potencia, la gloria, la belleza, la victoria, la gracia personal. Pero su destino no es fácil: tiene que vencer a los enemigos de Dios, y sufrir por el Señor toda clase de adversidades, hasta la muerte que superará con la resurrección (ver *Sal* 17). El *Sal* 21, aunque es una súplica individual (SI), también es mesiánico (RM), ya que Cristo lo recitó desde la cruz.

6.- *Salmos didácticos*

Quieren expresar una enseñanza sacada de la experiencia de la historia y de la vida. De esta experiencia se adquiere la "sabiduría" que se tiene que comunicar al pueblo de Dios. La exhortación profética es una advertencia al pueblo: el Señor habla con su pueblo cara a cara, sea para reprenderlo o para invitarle al bien. Los Salmos litúrgicos son una enseñanza de cómo se debe

entrar en la presencia del Señor.

Salmos didácticos sapienciales (DS).

Salmos didácticos históricos (DH).

Salmos didácticos de exhortación profética (DP).

Salmos didácticos litúrgicos (DL).

4. El Salterio y los géneros literarios

1 DS	2 RM	3 CI	4 CI	5 SI
6 SI	7 SI	8 H	9 AGI	10 CI
11 SC	12 SI	13 DP	14 DL	15 CI
16 SI	17 RM	18 H	19 RM	20 RM
21 SI	22 CI	23 DL	24 SI	25 SI
26 CI	27 SI	28 H	29 AGI	30 SI
31 AGI	32 H	33 AGI	34 SI	35 SI
36 DS	37 SI	38 SI	39,2-12 AGI	39,13-18 SI
40 AGI	41 SI	42 SI	43 SC	44 RM
45 CS	46 RS	47 CS	48 DS	49 DP
50 SI	51 DP	52 DP	53 SI	54 SI
55 SI	56 SI	57 SC	58 SI	59 SI
60 SI	61 CI	62 SI	63 SI	64 AGC
65 AGC	66 AGC	67 AGC	68 SI	69 SI
70 SI	71 RM	72 DS	73 SC	74 DP
75 CS	76 SC	77 DH	78 SC	79 SC
80 DP	81 SC	82 SC	83 CS	84 CS
85 SI	86 SC	87 SI	88 RM	89 SC
90 DS	91 AGI	92 RS	93 SC	94 DP
95 RS	96 RS	97 RS	98 RS	99 H
100 RM	101 SI	102 H	103 H	104 DH
105 SC	106 AGI	107 SC	108 SI	109 RM
110 H	111 DS	112 H	113,1-8 H	113,9-26 CC
114 AGI	115 AGI	116 H	117 AGC	118 DS
119 SI	120 CI	121 CS	122 SC	123 AGS
124 CC	125 SC	126 DS	127 DS	128 CC
129 SI	130 CI	131 RM	132 DS	133 DL
134 H	135 H	136 SC	137 AGI	138 DS
139 SI	140 SI	141 SI	142 SI	143 RM
144 H	145 H	146 H	147 H	148 H
149 H	150 H			

Como ya hemos dicho anteriormente, seguimos la numeración litúrgica del Salterio, que es la de los LXX y la de la **Vulgata latina**. Porque el texto de los LXX y la **Vulgata latina** es el texto usado desde siempre por la Iglesia.

LOS SALMOS PENITENCIALES

San Agustín señalaba como cuatro los Salmos penitenciales y Casiodoro en el siglo VII enumeraba el septenario penitencial. Tienen como característica común la confesión del pecado, el arrepentimiento y la súplica del perdón. La liturgia romana utilizaba estos Salmos durante la Cuaresma y en otras ocasiones

Adquiere un gran sentido rezarlos durante esta Cuaresma del Año de la Misericordia. Son siete Salmos penitenciales porque siete son los pecados capitales y su oración restaura los siete dones del Espíritu Santo. Durante esta Cuaresma jubilar cada uno de los Salmos penitenciales puede ser motivo de la *lectio divina*. Frecuentemente rezamos los Salmos y no dejamos espacio para que el Espíritu nos descubra el significado de cada uno para nuestras existencias. Una breve introducción a cada Salmo puede ayudarnos a rezarlos con la sabiduría que viene de lo alto, como gracia que llena de sentido las palabras de la Escritura. Al comentario se añade una oración sálmica.

SALMO 6

Lectura orante del Salmo

El Salmo 6 «*Domine, ne in furore tuo*», en la tradición cristiana es el primero de los Salmos penitenciales. En los sufrimientos, la persecución, la enfermedad y la muerte, pedimos al Señor, que ha sufrido por su Iglesia, que abrevie el tiempo de prueba y la libere del mal. En este Salmo están las lágrimas del Señor en Getsemaní y también las nuestras. Todas las lágrimas que los hombres vierten sobre ellos mismos y sobre sus amigos tienen que ver con las lágrimas de Jesús en su agonía (He 5,7). Que Dios Padre se acuerde de las lágrimas derramadas de su Hijo amado por el mundo y se apiade de la Iglesia y de nosotros. Es la oración de toda la Iglesia, unida a la oración de su Señor. Ya Agustín predica que toda la Iglesia debe rezar este Salmo.

Orígenes escribe: “*Dios escucha primero las lágrimas y luego las oraciones*”. El orante presenta a Dios el sufrimiento puro, del cuerpo y del espíritu. Sufrimiento físico y angustia interior. El cristiano sólo puede presentar su dolor a Dios y acordarse de su amor misericordioso. Es una exposición de su vida sufriente a la gracia. La oración del Salmo es una petición de curación, de perdón, de serenidad. El primer versículo deja vislumbrar un misterio: el sufrimiento nos purifica del pecado y nos rinde a Dios, a su sola misericordia.

Este Salmo sólo se puede rezar en comunión con los miembros sufriente del Cuerpo de Cristo.

La oración del salmista debe enmarcarse en la teología bíblica de la relación entre la enfermedad y el pecado, como el libro de Job o como Jn 9,2: “¿*Quién ha pecado para que naciera ciego, él o sus padres?*”. En el AT la enfermedad es un castigo divino. El furor de Dios puede convertirse en un incendio que, lleno de ira, destruye al hombre. Sólo hay una opción: abandonarse en sus brazos suplicando misericordia y perdón. Cuando decimos a Dios: “*No me corrijas con ira*” es decirle: “*No me castigues como juez, sino perdóname como Padre*». Sólo la misericordia de Dios salva, sana y libera.

En este sentido se entiende perfectamente que sea el primero de los Salmos penitenciales. Lutero estaba convencido de que Dios escucha más el grito blasfemo de un desesperado que no la alabanza dominical de un acomodado. El salmista sabe que la última palabra de Dios no puede ser la del abandono ni la del castigo, y, por eso en el último versículo del Salmo asistimos a un cambio, el salmista tiene la seguridad de la victoria de Dios, he aquí, pues que un Salmo melancólico y triste se cambia en una promesa de salvación. Sí, en el día de la Resurrección los enemigos, confundidos y avergonzados, se echan atrás en un instante (v.10-11). Aquel día el Padre reconocerá a los que no se han avergonzado de su Hijo amado.

Las lágrimas purifican y nos hacen recordar que las aguas del bautismo se convierten a lo largo de la propia vida en lágrimas de penitencia. Las lágrimas son un don de Dios, cuando son de compunción. Este tema está muy presente en la tradición de los Padres, por eso, transcribimos, como ejemplo, estas palabras preciosas predicadas por san Ambrosio:

“Bonae lacrimae quae lavant culpam / Qué buenas son las lágrimas que lavan los pecados. / Denique quos Iesus respicit plorant / Por eso todos aquellos a los que Jesús mira, lloran. Pedro negó por primera vez y no lloró, porque aún no le había mirado el Señor. Pedro negó por segunda vez y no lloró, porque aún no le había mirado el Señor. Pedro negó la tercera vez: / respexit Iesus et ille amarissime flevit / Jesús le miró y él lloró con amargura. El llanto no viene del pecado. “Todo el que comete pecado es un esclavo del pecado” (Jn 8, 34). El pecado nos conduce al vicio, no al llanto. “Si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres” (Jn 8, 36). Cuando Jesús mira, se llora. Y se llora al acordarnos de él. “El Señor se volvió y miró a Pedro, y Pedro recordó” (Lc 22, 61). No se llora por la humillación, se llora porque somos amados de esta manera. Se llora de gratitud, porque somos mirados de esta manera. Porque, pobres pecadores, somos amados de esta manera.

«*Respice, Domine Iesu / Míranos, Señor Jesús, / ut sciamus nostrum deflare peccatum / para que aprendamos a llorar nuestros pecados / Unde etiam lapsus sanctorum utilis/ Por eso también el pecado de los santos es útil. No me ha acarreado ningún daño el que Pedro lo traicionara, me ha sido más útil el hecho de que [Jesús] lo perdonara*». (San Ambrosio, *Expositio in Lucam X*, 89. 5).

Al inicio de la Cuaresma del año pasado, en la Basílica de santa Sabina, el Papa Francisco pidió “*el don de las lágrimas*” para superar la hipocresía y así emprender una auténtica conversión. Explicó que es bueno preguntarse si lloramos. “¿*El Papa llora?, ¿los cardenales lloran?, ¿los obispos lloran?, ¿los sacerdotes lloran? El llanto, ¿es parte de nuestra oración?*”. También durante su viaje a Filipinas señaló la necesidad de “*aprender a llorar*” y explicó que “*ciertas realidades de la vida se ven sólo con los ojos limpios por las lágrimas*”.

El Salmo, por otra parte, es citado por la predicación de Jesús: “*El os dirá: No sé de dónde sois. Apartaos de mí, todos los que habéis obrado el mal*” (Lc 13:27). Jesús las dijo para los que quieren obrar en su nombre, pero no cumplen sinceramente la voluntad de Dios.

Salmo 6- **ORACIÓN DEL AFLIGIDO QUE ACUDE A DIOS.**

Ant 1. Sálvame, Señor, por tu misericordia.

Señor, no me corrijas con ira,
no me castigues con cólera.

Misericordia, Señor, que desfallezco;
cura, Señor, mis huesos dislocados.

Tengo el alma en delirio,
y tú, Señor, ¿hasta cuándo?

Vuélvete, Señor, liberta mi alma,
sálvame por tu misericordia.

Porque en el reino de la muerte nadie te invoca,
y en el abismo, ¿quién te alabará?

Estoy agotado de gemir:
de noche lloro sobre el lecho,
riego mi cama con lágrimas.

Mis ojos se consumen irritados,
envejecen por tantas contradicciones.

Apartaos de mí los malvados,
porque el Señor ha escuchado mis sollozos;

el Señor ha escuchado mi súplica,
el Señor ha aceptado mi oración.

Que la vergüenza abrume a mis enemigos,
que avergonzados huyan al momento.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Kyrie, eleison
Kyrie, eleison
Kyrie, eleison

Padre nuestro...

V. Vuélvete, Señor, liberta mi alma
R. Sálvame por tu misericordia (Sal 6,5)

Oración

Oh Dios, escucha nuestro llanto,
escucha la voz de nuestras súplicas,
concede una constante protección a nuestras flaquezas
y, al mismo tiempo que aceptas de buen grado
el gemido de nuestro esfuerzo,
danos siempre el consuelo de tu misericordia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R. Amén.

SALMO 31

Lectura orante del Salmo

El Salmo 31: *Beatus, cui remissa est iniquitas* es un cántico a la gracia de Dios y a nuestra justificación, sin que hubiera precedido mérito alguno de nuestra parte, sino más bien porque se adelantó la Misericordia del Señor nuestro Dios. San Agustín tiene dos *Enarrationes* sobre el Salmo y en la segunda predica que “*el Salmo tiene relación con la gracia que nos ha hecho cristianos*”. De hecho cada Salmo habla de Cristo y su Iglesia, como dice Lucas 24, 44. Si al orar un Salmo no encontramos a Cristo, ¡hay que volverlo a rezar!, porque nos hemos perdido lo mejor.

Es el segundo Salmo penitencial de la tradición romana. Se utiliza también en la liturgia del Yom Kippur. Tiene el honor de ser citado por Pablo a los Romanos: “*David proclama feliz el hombre que Dios cuenta como justo al margen de las obras y dice: Dichosos los que han visto perdonadas sus faltas y cubiertos por un velo sus pecados. Feliz el hombre “a quien el Señor ya no tiene en cuenta el pecado*” (4, 7-8). En este sentido es una profecía velada de la gracia de la justificación. Creer en Cristo es la causa de la justificación: “*Cuando aún estábamos sin fuerzas, entonces, en su momento, Cristo murió por los culpables*” (Rm 5,6).

La tradición cristiana ha cristificado el Salmo de esta manera: es el mismo Señor que asume la humanidad de pecado, confiesa las culpas y en la cruz ha proclamado la absolución de los pecados de toda la humanidad, así puede anunciar la felicidad de la humanidad perdonada y redimida. Es en la cruz de Jesús, en su humanidad elevada y desnuda, sufriente, que queda al descubierto todo el pecado del mundo. Él ha confesado en nombre de todos los pecados, ninguno ha quedado escondido, todo ha sido presentado por Él ante el Padre.

Por eso San Agustín predica el Salmo diciendo que es el mismo Señor quien ora, con la humanidad de pecado que Él había asumido. La alegría más grande para nosotros es saber que desde el juicio de la Cruz la humanidad ya no ha sido imputada como pecadora ante Dios. El mismo Señor es rodeado de *cantos de liberación* el día de su resurrección. Por eso los justos se alegran inmensamente y celebran al Señor.

Justificados en Cristo hay que escuchar la palabra del Salmo: dejarnos conducir por el Señor, dejar que su Espíritu de consejo nos guíe, conscientes de que el Señor vela por nosotros. Conscientes que el enemigo más radical y peligroso es el pecado que anida en lo interno de la conciencia y de sus opciones. El pecado consume, pesa y deja sin sabiduría, es decir no da ningún

fruto. Como decía Juan de la Cruz: *los apetitos desordenados cansan, atormentan, oscurecen y debilitan*. La imagen de los caballos y mulos que es necesario domar indican que el pecado tiene una dimensión de irracionalidad. En el verso «*Confesaré al Señor mi culpa, y tú perdonaste mi culpa y mi pecado*» se anticipa ya la decisión del hijo pródigo que recibe el abrazo del Padre según se describe en el libro de la Misericordia que es el capítulo 15 de Lucas. San Cirilo de Alejandría comenta el verso 6 con estas palabras: *Por la salvación de Cristo y hemos dejado atrás la angustia de la predicación antigua y hemos reencontrado la sonrisa de la alegría*.

Posidio nos dice que San Agustín, al que este Salmo le era particularmente querido, hizo escribir y fijar en la pared de su habitación, frente a su cama, una copia del Salmo. Lo leía con lágrimas en los ojos y encontraba una gran paz y consuelo en él, especialmente durante su última enfermedad.

Este Salmo además tiene un lugar particular en la liturgia del Bautismo en las Iglesias Orientales. Ya Eusebio escribe sobre los versos 1-2: “*David, instruido por el Espíritu Santo proclama bienaventurados a cuántos recibirán el perdón de los pecados en las aguas del bautismo*”. Con razón el Salmo se canta en la Liturgia bizantina del Bautismo justamente cuando el catecúmeno acaba de ser bautizado y es revestido de la túnica blanca. Realmente cuando alguien ha sido bautizado se realizan más que nunca estas palabras: “*Feliz el hombre a quien el Señor ya no tiene en cuenta la culpa*”. ¡Imagínense con cuánta alegría el diácono canta este Salmo cuando un niño acaba de ser bautizado! Cantar este Salmo en la liturgia del Bautismo puede obedecer a una práctica muy antigua puesto que san Cirilo de Jerusalén en su predicación a los catecúmenos les animaba a prepararse para el Bautismo, diciéndoles “*que el día de su Bautismo los ángeles cantarían este Salmo*”, y en esta misma catequesis se lee:

“Dios es misericordioso y no escatima su perdón... El cúmulo de tus pecados no será más grande que la Misericordia de Dios, la gravedad de tus heridas no superará las capacidades del sumo Médico, con tal de que te abandones en Él con confianza. Manifiesta al médico tu enfermedad, y dirígele las palabras que pronunció David: "Confesaré mi culpa al Señor, tengo siempre presente mi pecado". De este modo, lograrás que se haga realidad: "Has perdonado la maldad de mi corazón"» (cf. Procatequesis 15) «Le catechesi», Roma 1993, pp. 52-53).

El salmista en el verso final quiere asociar a su alegría a todos los justos que se alegran que han sido justificados, “*no por sus méritos, sino por el don de la justificación*” (San Agustín).

Cuando rezemos este Salmo tengamos presentes las palabras del Papa Francisco en su primer Angelus: *“Él nunca se cansa de perdonar; somos nosotros los que, a veces, nos cansamos de pedir perdón. Y no tenemos que cansarnos nunca, nunca. Él es el Padre amoroso que perdona siempre y cuyo corazón está lleno de Misericordia para todos nosotros”*.

En la distribución del salterio según la Regla de san Benito se canta secularmente en el Oficio de las Vigilias cada Domingo y en la distribución actual de la Liturgia de las Horas está presente como segundo Salmo de las Vísperas del jueves la primera semana. Es un Salmo muy apto para celebrar el Sacramento de la Penitencia.

Salmo 31- **ACCIÓN DE GRACIAS DE UN PECADOR PERDONADO**

Ant 2. Dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito.

Dichoso el que está absuelto de su culpa,
a quien le han sepultado su pecado;
dichoso el hombre a quien el Señor
no le apunta el delito.

Mientras callé se consumían mis huesos,
rugiendo todo el día,
porque día y noche tu mano
pesaba sobre mí;
mi savia se me había vuelto
un fruto seco.

Había pecado, lo reconocí,
no te encubrí mi delito;
propuse: «Confesaré al Señor mi culpa»,
y tú perdonaste mi culpa y mi pecado.

Por eso, que todo fiel te suplique
en el momento de la desgracia:
la crecida de las aguas caudalosas
no lo alcanzará.

Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
me rodeas de cantos de liberación.

Te instruiré y te enseñaré el camino que has de seguir,
fijaré en ti mis ojos.

No seáis irracionales como caballos y mulos,
cuyo brío hay que domar con freno y brida;
si no, no puedes acercarte.

Los malvados sufren muchas penas;
al que confía en el Señor,
la misericordia lo rodea.

Alegraos, justos, y gozad con el Señor,
aclamadlo, los de corazón sincero.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito.

Kyrie elesion
Christe eleison
Kyrie elesion

Padre nuestro

V/Al que confía en el Señor
R/ La misericordia le rodea.

Oración

Señor, Dios nuestro, no queremos esconder nuestras culpas ante ti,
revestidnos con la túnica del hijo pródigo, que vuelve a la casa del Padre,
para que podamos gozar de su abrazo que perdona y no tiene para siempre
jamás en cuenta las culpas. Por Cristo, nuestro Señor.

O bien:

Oh Señor, concede la felicidad plena a quienes han confesado sus culpas y
han visto sepultados sus pecados por la Cruz de Jesús, tu Hijo y derrama
sobre esta familia vuestra, herida por el aguijón del pecado, el gozo de la
unción espiritual, por el mismo Cristo, nuestro Señor.

SALMO 37

Lectura orante del Salmo

El Salmo 37: *Domine, ne in furore tuo arguas me*, “Señor, no me corrijas con ira” es el tercero de los Salmos penitenciales, una elegía del dolor con resonancias del libro de Job. ¿Quién sabe, como creen algunos, que el Salmo es la oración de un leproso? Fuese cual fuese el motivo original para los cristianos tienen una doble lectura.

La primera clave es la expresión del sufrimiento de los hijos de Adán, el dolor de la humanidad caída y pecadora. El Orante es el portavoz de una humanidad que sufre el estigma del hambre, del olvido de los pobres, la desesperación del dolor. El cristiano reconoce perfectamente en las palabras del Salmo el grito que sube de la tierra a Dios en toda época y de parte de todos los que sufren. Esto mueve el corazón orante a rezar este Salmo con una gran reverencia ya que contiene el dolor de la humanidad desbordada, aplastada y abrumada por el pecado del mundo. Es la oración de Lázaro, “*el cual, lleno de llagas, se sentaba en el suelo a la puerta del rico*” (Lc 16,20). Es una oración que se sitúa en los límites del dolor y de la incomprensibilidad del propio dolor.

La segunda clave es la oración de Cristo, unido a la Iglesia, como Cabeza del Cuerpo. Para justificar esta lectura cristológica san Agustín se refiere a la imagen sponsal de Ef 5,21-33, “*...como Cristo hace con la Iglesia*”, desde el principio “*vox una, quia caro una*”. También por la presencia del Señor en estos hermanos más pequeños: “*cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños*” de Mt 25,40. Ciertas semejanzas con el Salmo 21 inducen a san Agustín a declarar que el Salmo se refiere a la Pasión del Señor, incluso la literalidad de sus palabras, las que hablan de sufrimiento y de pecado, porque son expresión de la comunión de Cristo con su Iglesia, en nombre de la cual las pronuncia: “*Nosotros no podemos escuchar estas palabras si no reconociendo que se trata de Cristo total (Christus totus), esto es, la Cabeza y el Cuerpo*”, predica san Agustín.

El Salmo recuerda el misterio del Señor que ha asumido las culpas de toda la humanidad y por ello ha sido abandonado. “*Mis amigos y compañeros se alejan de mí*” (v.12) dice el salmista y estas palabras hacen vislumbrar ya al Señor Jesús, cuyos amigos se mantenían a distancia y se alejaron de Él (ver Lc 23,49). También el Señor se sintió abandonado en la Cruz y sus labios pueden pronunciar estas palabras: “*No me abandones, Dios mío, no te quedes lejos*”. En la Cruz el Señor soportó por causa nuestra y por el pecado de la humanidad, que él asumió, el dolor más grande: el abandono del Padre. Hasta ahí llegó su humillación.

Es un Salmo, pues, que expresa los sentimientos y la oración de Jesús en la Pasión, Él que se ha hecho víctima de nuestros pecados y ha sufrido por nosotros la ira de Dios, la que nosotros merecíamos, no Él. No es difícil descubrir en el Salmo la confesión de Jesús que asume todo el pecado de toda la humanidad y llega a ser el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

El misterio de la expiación del Hijo de Dios perfuma todo este Salmo. La muerte del Señor no es la muerte de un mártir solamente. Es la muerte de una víctima. En este Salmo la Iglesia contempla en los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo los efectos del pecado que Él, siendo inocente, cargó sobre sus hombros (Is 53:7 y 1 Co 15:3). En este sentido es oración del Siervo del Señor, de Isaías.

Es también un Salmo penitencial para la Iglesia orante porque ésta descubre en las palabras del Salmo la oración de un pecador, particularmente conmovedora, azotado por sus pecados, arrepentido, vuelto hacia Dios. Cristo se esconde y manifiesta en la figura de aquel que ha venido a salvar el Adán pecador, la carne pecadora que Él a asumido. La tradición patristica entiende que Cristo ora en este Salmo por todos aquellos que reconocen sus pecados, habla en primera persona, pero es de todos ellos, ya que por todos habla. El Señor tiene compasión de los que permanecen en la ignorancia y el pecado, como uno que conoció en todo la tentación, menos en el pecado (Hb 4:15).

Cuando rezamos este Salmo, movidos por el amor y la penitencia, debemos tener presente a Cristo, *patiens et dolens in cruce*, como la iconografía del Señor Crucificado, el ejemplo mayor de los cuáles es el famoso Cristo de Grünewald, tan querido por el Papa Benedicto XVI. Delante de este Salmo que no tiene ninguna belleza, en él todo es dolor, sufrimiento, pecado, calumnia, abandono, hay que recordar las palabras del venerable Papa Benedicto XVI: “*Toda la pobreza humana, todo el desamparo humano, todo el pecado humano se hacen visibles en la figura de Cristo Crucificado*”. Y, sin embargo, *Cristo crucificado es la belleza que salva al mundo*. ¡Y cuantas veces el Papa Francisco ha predicado que los pobres, los abandonados, los enfermos, los marginados son la carne de Cristo! Todos ellos están presentes en este Salmo.

El Espíritu sopla en las palabras del primer orante del Salmo y hacía que la oración de este hombre sufriente fuese profecía de los sufrimientos del Señor y de la gloria que vendría después. Los versos 14 y 15 nos recuerdan el silencio de Jesús que, como un manso cordero, es llevado al matadero sin queja ni gemido (ver Mt 26, 63 y 27,12-14). También al Señor Jesús se adecuan las palabras: “*son muchos los que me aborrecen sin razón*”. Devolver mal por bien (*mala pro bonis*) es diabólico puesto que prevalece la ley: “Si

menos los hubiese amado, menos me hubiesen odiado”. Resuenan ya las palabras del himno de la primera carta de Pedro: *“Cuando le insultaban, no contestaba con insultos; cuando le hacían sufrir, no amenazaba, sino que se encomendaba a Dios, que juzga con rectitud”* (1 Pe 2,23 ss).

Una importancia particular tiene el verso 10: *“Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus a te non est absconditus”* “Señor mío, todas mis ansias están en tu presencia, no se te ocultan mis gemidos”. San Agustín lo comenta en una de las páginas más bellas de las Enarraciones: Los deseos y los anhelos del corazón Dios los conoce y los escucha. El salmista dice: *“Señor, todas mis ansias están en tu presencia, no se ocultan mis gemidos”*, están delante del Señor, no delante de los hombres. El gemido viene a ser una palabra interior sólo conocida por Dios. Él conoce el corazón y lo que está en el secreto. Este verso que contiene las palabras *gemitus* et *desiderium* tiene ya relación con los gemidos inefables que el Espíritu inspira en nuestros corazones (Rm 8:12).

El deseo de Dios es ya oración y predica: *“Tu mismo deseo es tu oración; si el deseo es continuo, la oración es continua. No en vano dijo el Apóstol: Orad sin cesar”*. Expone así la doctrina de la plegaria continua, una oración vivificada siempre por la caridad: *“El frío de la caridad es el silencio del corazón y el fuego de la caridad es el grito (clamor) del corazón”* (In Ps 37:14). Si amamos, este deseo de Dios nunca acaba, si dejamos de amar también el deseo acaba. Es algo muy cierto en la dinámica de la vida espiritual: la caridad anima la oración, como también la oración anima la caridad. Sin caridad la vida de oración se debilita, pero también al contrario. Una y otra cosa siempre van juntas.

También san Agustín predica el verso 3: *“sagittae tuae infixae sunt mihi”* “tus flechas se me han clavado”, de esta manera:

El salmista dice que las flechas del Señor se han clavado sobre Él. Habitualmente entendemos por flechas las palabras del Señor. Pero uno puede quejarse de haber sido herido por la Palabra. Las palabras del Señor son como flechas que llevan amor y no dolor. ¿Cómo puede decir que el amor y el dolor son inseparables? Necesariamente existe dolor en amar lo que no se posee. Puede amar sin sufrir el que posee lo que ama; digo pues que cuando uno ama y no puede poseer lo que ama debe necesariamente gemir en su dolor. De ahí pues la palabra de la esposa de los cánticos que figuraba a la Iglesia de Cristo: El amor me ha herido».

El Salmo está indicado para los lunes en el Oficio Vigilar según la Regla Benedictina y en el *cursus* de la Liturgia de las Horas se recita en el Oficio de lectura del viernes de la segunda semana para conmemorar la Pasión del Señor. En el Oficio de Tinieblas del *Ordo Vetus* está como el primer Salmo del II Nocturno del Viernes Santo con la antífona: *Vim faciebant qui quaerebant animam meam*. Este contexto litúrgico confirma la interpretación cristológica como referida a la Pasión del Señor.

Salmo 37- **ORACIÓN DE UN PECADOR EN PELIGRO DE MUERTE**

Ant. Yo te confieso mi culpa, no me abandones, Señor, Dios mío.

Señor, no me corrijas con ira,
no me castigues con cólera;
tus flechas se me han clavado,
tu mano pesa sobre mí;

no hay parte ilesa en mi carne
a causa de tu furor,
no tienen descanso mis huesos
a causa de mis pecados;

mis culpas sobrepasan mi cabeza,
son un peso superior a mis fuerzas.

Mis llagas están podridas y supuran
por causa de mi insensatez;
voy encorvado y encogido,
todo el día camino sombrío.

Tengo las espaldas ardiendo,
no hay parte ilesa en mi carne;
estoy agotado, deshecho del todo;
rujo con más fuerza que un león.

Señor mío, todas mis ansias están en tu presencia,
no se te ocultan mis gemidos;
siento palpar mi corazón,
me abandonan las fuerzas,
y me falta hasta la luz de los ojos.

Mis amigos y compañeros se alejan de mí,

mis parientes se quedan a distancia;
me tienden lazos los que atentan contra mí,
los que desean mi daño me amenazan de muerte,
todo el día murmuran traiciones.

Pero yo, como un sordo, no oigo;
como un mudo, no abro la boca;
soy como uno que no oye
y no puede replicar.

En ti, Señor, espero,
y tú me escucharás, Señor, Dios mío;
esto pido: que no se alegren por mi causa,
que, cuando resbale mi pie, no canten triunfo.

Porque yo estoy a punto de caer,
y mi pena no se aparta de mí:
yo confieso mi culpa,
me aflige mi pecado.

Mis enemigos mortales son poderosos,
son muchos los que me aborrecen sin razón,
los que me pagan males por bienes,
los que me atacan cuando procuro el bien.

No me abandones, Señor,
Dios mío, no te quedes lejos;
ven aprisa a socorrerme,
Señor mío, mi salvación.

V/ Yo te confieso mi culpa,
R/ No me abandones, Señor, Dios mío.

Kyrie eleison
Christe eleison
Kyrie eleison.
Oremos

Oh Dios, tu no has abandonado a tu Hijo amado al límite de sus fuerzas y de su amor despreciado, acuérdate de tus hijos, abatidos por el peso y el dolor de sus pecados y concédenos de esperar siempre tu ayuda y tu perdón. Per el mismo Cristo, nuestro Señor.

SALMO 50

Lectura orante del Salmo

El Salmo 50: *Miserere* es el salmo penitencial por antonomasia, es decir, que marca diferencia sobre los demás y está acreditado por el uso secular de la Iglesia cristiana para suplicar a Dios el perdón de los pecados. El Salmo tiene la capacidad de expresar la conversión, el arrepentimiento, la contrición del hombre pecador que vuelve a Dios confiando en su Misericordia. Toda la tradición cristiana ha comentado este Salmo, querido por los santos y familiar extraordinariamente para los que utilizan el salterio. Por ejemplo el beato Charles de Foucault da gracias de Dios por este Salmo por el cual, dice, puede expresar cada mañana los sentimientos más profundamente cristianos, de amor, de confianza y de perdón.

El Salmo *Miserere* siempre está ahí, como Palabra de Dios dada, para que sea interpretado desde cada existencia creyente. Cuando rezamos estos Salmos tan enraizados en la tradición orante de la Iglesia hay que pensar que éstos han sido santificados por una multitud innumerable de creyentes que los han rezado antes que nosotros. Es entrañable considerar que estas mismas palabras que recito con los labios y en el corazón han sido oradas por santa Teresa de Jesús o san Juan de la Cruz para poner unos nombres como ejemplo. El yo del Salmo es individual, pero de hecho es colectivo. Es Israel quien reza. Es la Iglesia quien reza.

¿A quién debemos tener presente cuando rezamos este Salmo? Al Señor elevado en la cruz y que ha entregado su vida por nosotros. Reconciliados por la cruz de Cristo solamente podemos ofrecer al Señor el corazón contrito y humillado. Los versos del Salmo 50 desgranados delante del cruz del Señor penetran en lo más hondo del alma y logran para cada uno significados siempre nuevos. El misterioso verso 16: *Libera me de sanguinibus, Deus, Deus, salutis meae* “*Líbrame de la sangre, oh Dios*”, la tradición de la Iglesia lo ha referido a la Preciosa Sangre de Nuestro Señor. Esta es la sangre que hemos derramado. Recordemos las palabras del apóstol Pedro: “*Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, para que nosotros muramos al pecado y vivamos una vida de rectitud. Cristo fue herido para que vosotros fuerais curados*” (1 Pe 2:24).

Los pecados cometidos por la humanidad y perdonados por el Padre no quedan en el aire, revierten siempre en la Cruz de Cristo. La Iglesia, pecadora en sus miembros, mirando al Señor Jesús en la Cruz sabe perfectamente lo que dice cuándo empieza el Salmo: *Misericordia, Dios mío, por tu bondad*. Sabe que Jesús es el Misionero de la Misericordia y que su muerte es la

epifanía del amor de Dios Trinidad que se ha revelado en la muerte del Hijo amado del Padre, entregado por nosotros en el amor del Espíritu Santo. Una Misericordia que borra, lava y limpia lo oscuro y lo opuesto a Dios en nuestras vidas, que es el pecado.

Se canta el Viernes Santo y todos los viernes en Laudes, haciendo memoria, por medio del canto de este Salmo, del sacrificio de la Cruz. El viernes, en la Liturgia de las Horas, la Iglesia escucha en el Salmo 50 la voz de su Señor que, agonizante, mientras pende de la Cruz, carga sobre sí el peso inconmensurable de los pecados de cada uno de los hombres, a los que substituye con el fin de expiarlos y obtener la gracia del perdón para su pueblo penitente. El que no tenía pecado suplica el perdón por todos los pecados de la humanidad (pasados, presentes y futuros).

De ahí que el orante recibe una inteligencia nueva sobre el Salmo. Es Cristo mismo quien reza el Salmo, la Escritura no lo dice, pero la Iglesia lo sabe. Cristo *suspensus in cruce* (clavado en la cruz) realiza una confesión general de esta humanidad que desde el seno de la madre es pecadora (v.7). Ya que uno sólo murió por todos es justo que uno sólo suplicara el perdón de todos ya “*que por la obediencia de un solo hombre, todos serán hechos justos*” (Rm 5:19). Es pues la plegaria de *Christus totus* que asumiendo nuestra carne de pecado reconcilia la criatura humana con Dios. Él, que en la Cruz, es al mismo tiempo: altar, sacerdote y víctima.

Se da todo el itinerario de conversión de un pecador que pasa del reino del pecado al reino de la gracia, que pasa del abismo del pecado al abismo de la Misericordia de Dios “*por tu inmensa bondad*”; el orante reconoce sin retórica su culpa, reconoce su inclinación al pecado y se horroriza de sí mismo. El pecador comprende que su pecado es contra Dios: *solo tibi peccavi*, “*contra ti, contra ti, sólo pequé*” (v. 6a). Desde esta situación existencial que lo aflige enormemente de tal manera que no puede soportar la mirada de Dios sobre sí (v.11a). El Señor le inculca una sabiduría (v. 8b) con la cual descubre que a Dios le gusta un corazón sincero (8 a) y que Dios es justo en su sentencia (6), un versículo que tiene el honor de ser citado por san Pablo: “*Serás tenido por justo en lo que dices y saldrás vencedor cuando te juzguen*”(Rm 3:4). Los Padres, como san Agustín, reconocen es este itinerario al hijo prodigo que también dice: “*Padre, he pecado contra Dios y contra ti*” (Lc 15:18 y 21). Santo Tomás escribió: “*Nosotros no ofendemos a Dios si no es por lo que hacemos contra nuestro bien*” (cf. *Summa contra Gentiles* III:122).

Sabe que por sí mismo no puede hacer nada, sólo puede abrirse a la acción creadora de Dios ya que sólo Él puede salvarle. El paso del pecado a la gracia

es una acción del Espíritu Santo. Esta acción viene determinada por las tres epiclesis (versículos 12, 13 y 14) que constituyen el centro del salmo. Se da el paso (éxodo, pascua) que únicamente es posible por la gracia.

Es así que el centro del Salmo es la súplica: (v.12) “*Cor mundum crea in me Deus et spiritum firmum innova in visceribus meis*” “*Oh Dios. Crea en mí un corazón puro*”. También con en este: “*Spiritum Sanctum ne auferas me*”, “*no me quites tu santo espíritu*” (v. 13). Es el Espíritu creador y santificador que realiza el paso de la región oscura del pecado a la región luminosa de la alegría.

Ahora el orante ya puede oír “*el gozo y la alegría*” (v. 10), que en el contexto litúrgico cuaresmal se refieren a los cantos de gozo de la Noche más hermosa del año, en la cual este Salmo se utiliza después de la Profecía de Ezequiel con la antífona: “*Oh Dios, crea en mí un corazón puro*”. Es una clara mención a los catecúmenos que están a punto de acercarse a las aguas del Bautismo donde el Señor creará una humanidad nueva: (cf. 2 Co 5:17-19).

El Espíritu es nombrado tres veces como: *spiritum rectum* “*espíritu firme*”, *spiritum sanctum tuum* “*tu santo espíritu*” y *spiritu principali* “*espíritu generoso*”. Las versiones vernáculas lamentablemente vacilan mucho en la traducción de estas tres designaciones que poseen una gran tradición teológica, que aquí no es oportuno desarrollar. El Espíritu Santo entregado por el Señor desde la Cruz reintegra al orante a la mirada/rostro de Dios (v. 13), crea un corazón puro (v. 12), anunciando el misterio de la humanidad nueva (v. 12), el corazón puro con el que podemos contemplar a Dios según la bienaventuranza del Señor: “*Dichosos los de corazón limpio, porque verán a Dios*” (Mt 5:8).

Reconciliados por la Cruz del Señor (cf. Rm 5,10) sólo podemos ofrecer un corazón quebrantado y humillado, *contritum et humiliatum* (v. 19). Es la actitud del publicano que no osa levantar sus ojos en el templo y exclama: “*¡Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador!*” (Lc 18:13). Un corazón roto por el pecado cometido y humillado por la gran Misericordia de Dios.

Acordémonos que estas palabras: *cor contritum et humiliatum*; santa Teresa de Jesús las repetía una y otra vez durante su agonía. San Agustín predica estas palabras maravillosas sobre este versículo en su sermón 19:

Mi sacrificio es un espíritu quebrantado. Yo reconozco mi culpa, dice el salmista. Si yo la reconozco, dignate tú perdonarla. No tengamos en modo alguno la presunción de que vivimos rectamente y sin pecado. Lo que atestigua a favor de nuestra vida es el reconocimiento de nuestras

culpas. Los hombres sin remedio son aquellos que dejan de atender a sus propios pecados para fijarse en los de los demás. No buscan lo que hay que corregir, sino en qué pueden morder. Y, al no poderse excusar a sí mismos, están siempre dispuestos a acusar a los demás. No es así como nos enseña el Salmo a orar y dar a Dios satisfacción, ya que dice: Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado. El que así ora no atiende a los pecados ajenos, sino que se examina a sí mismo, y no de manera superficial, como quien palpa, sino profundizando en su interior. No se perdona a sí mismo, y por esto precisamente puede atreverse a pedir perdón (...). Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado; tú no lo desprecias. Este es el sacrificio que has de ofrecer. No busques en el rebaño, no prepares navíos para navegar hasta las más lejanas tierras a buscar perfumes. Busca en tu corazón la ofrenda grata a Dios. El corazón es lo que hay que quebrantar. Y no temas perder el corazón al quebrantarlo, pues dice también el Salmo: Oh Dios, crea en mi un corazón puro. Para que sea creado este corazón puro, hay que quebrantar antes el impuro. Sintamos disgusto de nosotros mismos cuando pecamos, ya que el pecado disgusta a Dios. Y, ya que no estamos libres de pecado, por lo menos asemejémonos a Dios en nuestro disgusto por lo que a Él le disgusta. Así tu voluntad coincide en algo con la de Dios, en cuanto que te disgusta lo mismo que odia tu Hacedor. (S. Agustín. Sermón 19, 2-3; CCL 41, 252-254).

Cuando el Espíritu ha creado un corazón nuevo y la gracia ha sido derramada para el perdón de los pecados entonces el hombre, ya reconciliado con Dios, se manifiesta como el hombre de la alabanza, el pecado le había enmudecido, casi inanimado y la gracia vivifica, despierta en él el gozo de la alabanza, pero suscita en él también el deseo de testimoniar las obras de Dios y de enseñar a los malvados sus caminos para que los pecadores vuelvan a Él (v.15). La vida humillada, *ossa humiliata*, como la del hijo perdido, reencuentra la alegría del perdón (v.10). La alegría íntima del pecador perdonado despierta en su interior el deseo de comunicarlo y el Señor pone en su boca un canto nuevo, una alabanza: “*mi boca proclamará tu alabanza*”.

Oremos este Salmo y dejemos que el Espíritu actúe en lo más íntimo. Orémoslo teniendo presente al Señor crucificado: los cristianos nunca jamás podemos olvidar lo que Él ha hecho por nosotros. La Iglesia siempre tiene delante de los ojos del corazón y de la fe al Señor que ha entregado la vida por nosotros. El sentido de la penitencia cristiana -especialmente en la Cuaresma- es siempre un anhelo de convertirse a Dios, de descubrir su amor misericordioso. Siendo Cristo, a los ojos de la fe, la epifanía encarnada de Dios, las almas penitentes hallan en el rostro paciente y benigno de Jesús,

la fuente inagotable de conversión y Misericordia. Recémoslo con frecuencia y con sincero arrepentimiento. El cristiano vive siempre en estado de conversión (*in statu conversionis*), que es lo mismo decir que vive siempre en estado de oración (*in statu orationis*).

El *Miserere* durante siglos fue un Salmo cotidiano de Laudes (excepto los Domingos), también según la ordenación de la Regla benedictina. Actualmente se recita todos los viernes no festivos como primer Salmo de la oración de la mañana para conmemorar la Pasión y Muerte del Señor, ya que todos los viernes del año son recuerdo del gran Viernes de la Muerte vivificadora del Señor y son días penitenciales. También una antigua rúbrica, ahora inexistente, disponía que este Salmo se rezara de rodillas.

Ant. Contra ti, contra ti sólo pequé, Señor, ten misericordia de mí.

3 Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
4 lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

5 Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
6 contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
7 Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

8 Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
9 Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

10 Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
11 Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

12 Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
13 no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

14 Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:

15 enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

16 Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.

17 Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

18 Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.

19 Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

20 Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:

21 entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

Kyrie eleison
Christe eleison
Kyrie eleison

V/Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
R/ Por tu inmensa compasión borra mi culpa;.

Oremos

Señor, Dios de bondad y de gracia, que, para perdonar el pecado del hombre, quisiste que tu Hijo, que no conocía el pecado, se hiciera él mismo pecado por nosotros, mira con amor nuestro corazón quebrantado y humillado y, por la penitencia de tu Iglesia, concede al mundo entero la alegría de tu salvación. Por Jesucristo nuestro Señor.

SALMO 101

Lectura orante del Salmo

Domine, exaudi orationem meam.

Las palabras del Salmo 101 rompen el corazón. Se reza o canta el martes de la IV semana en el Oficio de lectura de la Liturgia de las Horas. Son las palabras del Señor en su Pasión, que toma aquí una vida real, como en ningún otro lugar: *“Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti; no me escondas tu rostro el día de la desgracia. Que mis días se desvanecen como humo, mis huesos queman como brasas; mi corazón está agostado como hierba, me olvido de comer mi pan”* (2-5).

En medio de estas quejas dolorosas resuena, como respuesta, la promesa de una estirpe eterna para el Abandonado y el Moribundo. Enseguida el Sufriente se reaviva con una confianza incondicional, con una visión profética, en la fe. La queja se para, de repente, y el Salmo se cambia en un canto de esperanza, de acción de gracias por la salvación creída con seguridad y aun contemplada: *“Tú, en cambio, permaneces para siempre, y tu nombre de generación en generación. Levántate y ten misericordia de Sión, que ya es hora y tiempo de misericordia”*.

Como una resonancia misma de la palabra de Jesús: *“Mi tiempo aún no ha llegado”* (Jn 7, 6); ahora llega este tiempo, es el tiempo de la Misericordia. En las palabras del gran Salmo se revela quién es este Sufriente, quién es este Mártir, es el Hijo de Dios que da la vida y la da por Sión, la ciudad santa, la Iglesia. La figura de la esposa que está delante de los ojos del Sufriente. Como un eco del profeta: *“Decid a la hija de Sión: Mira viene tu Salvador y lleva con Él la recompensa”* (Is 62,11).

La Iglesia, ya liberada y salvada, es la recompensa del Sufriente, su cáliz de gloria. Pero para alcanzar este cáliz de gloria no rechaza el cáliz de la pasión y mezcla con lágrimas su bebida (v.10). El tiempo ha llegado, *tempus venit*. Él ha guardado hasta la última hora el mejor vino (Jn 2,10). Sí, ¡el tiempo ha llegado! ¡Es la hora de la Pascua! ¡Es el tiempo de la Misericordia!

La carta a los Hebreos (1,10-12) cita literalmente los versículos 27-28 como las palabras que el Padre dice al Hijo para mostrar su superioridad sobre los ángeles. Esto impresiona ya que es un ejemplo de cómo la comunidad apostólica lee el salmo refiriéndose a Jesucristo. También San Juan de la Cruz comenta estos versículos del Salmo.

“Ha, pues, el espiritual de purgar y oscurecer su voluntad en este vano gozo, advirtiéndole que la hermosura y todas las demás partes naturales son tierra, y que de ahí vienen y a la tierra vuelven; y que la gracia y donaire es humo y aire de esa tierra; y que, para no caer en vanidad, lo ha de tener por tal y por tal estimarlo, y en estas cosas enderezar el corazón a Dios en gozo y alegría de que Dios es en sí todas esas hermosuras y gracias eminentísimamente en infinito sobre todas las criaturas; y que, como dice David (Sal. 101, 27), todas ellas, como la vestidura, se envejecerán y pasarán, y sólo él permanece inmutable para siempre. Y por eso, si en todas las cosas no enderezare a Dios su gozo, siempre será falso y engañado; porque de este tal se entiende aquel dicho de Salomón (Si 2, 2), que dice hablando con el gozo acerca de las criaturas, diciendo: Al gozo dije: ¿Por qué te dejas engañar en vano?; esto es, cuando se deja atraer de las criaturas el corazón”. (Subida al Monte Carmelo 3,21.2)

Realmente es el Salmo de un pobre, del pobre que es Jesucristo. ¿Quién es este pobre?, se pregunta Agustín (que dedica dos Enarraciones para comentar este Salmo), y responde:

“Un pobre reza. ¿Quién ese pobre? Del que se ha hecho pobre para que nosotros fuéramos ricos, su pobreza nos ha enriquecido (2 Co 8:9). Mirad sus riquezas: Todas las cosas fueron hechas por medio de Él (Jn 1.3). ¿Cómo llegó a comer un pan de ceniza y mezclar su bebida con el llanto? (v. 10). El salmista responde: Yo soy tu siervo y el hijo de tu sierva (Sal 116.16): En el seno de la Virgen se ha revestido de nuestra pobreza. Pero estamos todavía lejos de las cenizas y las lágrimas. Casi no me atrevo a decirlo: es Él y sólo Él: tomando forma de siervo, dijo adiós a su Padre; e incluso añade más pobreza a la pobreza, dejando a su madre, se une a su Esposa y transfigura en sí mismo el cuerpo de nuestra humillación. Entonces ya no nos admiraremos más del pan de ceniza y la bebida de lágrimas. Con una sola voz Cristo y la esposa viven nuestra pobreza, nuestros sufrimientos, nuestro llanto. Él es el Pobre, el Esposo» (In Ps 101.1,1).

El Salmo expresa también una gran confianza en Dios que no ha dejado de mirar con amor la santa ciudad, la santa Jerusalén: “Ya es hora y tiempo de misericordia” (v 14) y enternece las palabras, que son una verdadera profesión de amor: “Tus siervos aman sus piedras, se compadecen de sus ruinas” (v.15). La oración penitencial se convierte en una ferviente súplica por la Iglesia. Muchas veces se presenta ante nuestros ojos como un yermo donde campea la desolación. El Salmo es realmente en nuestros labios una profesión de amor y de compasión por la Iglesia. En Jesucristo confluye el

dolor del salmista, de los profetas y de innumerables hijos de la Iglesia. También a Él le duele ver las piedras del templo diseminadas, cansadas, abatidas y vagando sin sentido. El ve en las ovejas desfallecidas de Israel (Iglesia), en los hijos de la Promesa, la ruina que el salmista veía en las piedras fuera de lugar y dispersas. Jesús recoge en su alma el dolor de los creyentes por la desolación de la Iglesia, a la cual tantos han abandonado y tantas veces mancillada por el pecado de sus hijos.

El paisaje es desolador, la ciudad derribada, solitaria. El dolor del salmista evoca el libro de las Lamentaciones: la oración trasciende la realidad dolorosa del justo y del amante de la ciudad, y se dirige hacia el Señor, quien traspasa el tiempo y el espacio y vive en la eternidad. El Salmo es citado en el número 212 del Catecismo de la Iglesia Católica: *“En el transcurso de los siglos, la fe de Israel pudo desarrollar y profundizar las riquezas contenidas en la revelación del Nombre divino. Dios es único; fuera de Él no hay dioses (cf. Is 44,6). Dios trasciende el mundo y la historia. Él es quien ha hecho el cielo y la tierra: “Ellos perecen, mas tú quedas, todos ellos como la ropa se desgastan [...] pero tú siempre el mismo, no tienen fin tus años” (Sal 102,27-28). En Él “no hay cambios ni sombras de rotaciones” (St 1,17). Él es “Él que es”, desde siempre y para siempre y por eso permanece siempre fiel a sí mismo y a sus promesas”*.

Esta eternidad para los cristianos tiene el nombre de Jesucristo, Él es el Hijo eterno de Dios rescatado de la muerte e inicio del nuevo pueblo creado para la alabanza del Señor (v. 19; cf. Ef 1,2-14).

Finalmente Dios escuchará las oraciones y la ciudad, ahora devastada, será reedificada y será de nuevo lugar de encuentro, a donde incluso los gentiles irán a glorificar el nombre del Señor y el pueblo que será creado de nuevo alabará al Señor (v.19). Pero todo eso será fruto de la Pascua del Señor, su dolor y su oración, su muerte y su vida, su gloria y resurrección.

Salmo 101 - **DESEOS Y SÚPLICAS DE UN DESTERRADO**

Ant. Mi grito, Señor, llegue hasta ti; no me escondas tu rostro.

Señor, escucha mi oración
que mi grito llegue hasta ti;
no me escondas tu rostro
el día de la desgracia.
Inclina tu oído hacia mí;
cuando te invoco, escúchame enseguida.
Que mis días se desvanecen como humo,
mis huesos queman como brasas;
mi corazón está agostado como hierba,

me olvido de comer mi pan;
con la violencia de mis quejidos,
se me pega la piel a los huesos.

Estoy como lechuza en la estepa,
como búho entre ruinas;
estoy desvelado, gimiendo,
como pájaro sin pareja en el tejado.
Mis enemigos me insultan sin descanso;
furiosos contra mí, me maldicen.

En vez de pan, como ceniza,
mezclo mi bebida con llanto,
por tu cólera y tu indignación,
porque me alzaste en vilo y me tiraste;
mis días son una sombra que se alarga,
me voy secando como la hierba.

Tú, en cambio, permaneces para siempre,
y tu nombre de generación en generación.
Levántate y ten misericordia de Sión,
que ya es hora y tiempo de misericordia.

Tus siervos aman sus piedras,
se compadecen de sus ruinas:
los gentiles temerán tu nombre,
los reyes del mundo, tu gloria.

Cuando el Señor reconstruya Sión,
y aparezca en su gloria,
y se vuelva a las súplicas de los indefensos,
y no desprecie sus peticiones,
quede esto escrito para la generación futura,
y el pueblo que será creado alabaré al Señor:

Que el Señor ha mirado desde su excelso santuario,
desde el cielo se ha fijado en la tierra,
para escuchar los gemidos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte,

para anunciar en Sión el nombre del Señor,
y su alabanza en Jerusalén,
cuando se reúnan unánimes los pueblos

y los reyes para dar culto al Señor.

El agotó mis fuerzas en el camino,
acortó mis días;

y yo dije: “Dios mío, no me arrebatas
en la mitad de mis días”.

Tus años duran por todas las generaciones:
al principio cimentaste la tierra,
y el cielo es obra de tus manos.

Ellos perecerán, tú permaneces,
se gastarán como la ropa,
serán como un vestido que se muda.
Tú, en cambio, eres siempre el mismo,
tus años no se acabarán.

Los hijos de tus siervos vivirán seguros,
su linaje durará en tu presencia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos
de los siglos. Amén.

V. Levántate y ten misericordia de Sión,
R . Que ya es hora y tiempo de misericordia.

Kyrie eleison
Christe eleison
Kyrie eleison

Oh Dios y Padre nuestro,
que has manifestado en Cristo que reinas eternamente.
Sálvanos y perdona nuestros pecados
para poder residir en la nueva Sión,
allí, con la toda la humanidad salvada,
contemplaremos para siempre su gloria
Amén.

SALMO 129

Lectura orante del Salmo

Salmo 129: *De profundis*.

El penúltimo de los Salmos penitenciales está transido ya de un sentido pascual. Es un Salmo pascual porque el Señor, con Él también la Iglesia, espera el amanecer de la resurrección. Es el Israel, el viejo y el nuevo, que espera el Señor y confía en su amor. Los Padres de acuerdo con el significado bíblico del término afirman que el abismo (*De profundis, Desde lo hondo*) es el *sheol*, el lugar de los muertos, donde no hay esperanza, del vacío sobrecogedor. Es un Salmo querido por la piedad de la Iglesia. Un Salmo que describe todas las situaciones existenciales de angustia, de no esperanza, de tinieblas sin ver atisbo de luz. Desde allí el creyente se supera, grita al Señor y espera que “*tus oídos estén atentos*” porque sabe de su amor y que no hay pecado que Dios no pueda perdonar. Los verbos de confianza son recurrentes en el Salmo: “*Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra, aguarda al Señor*”.

El pecador que habla aquí y que suplica está ya seguro del perdón de Dios, es el pueblo de Dios que reconoce la infinita ternura de Dios (*'hessed*), y la incapacidad de responder a la alianza. Estas infidelidades son vividas como una muerte espiritual “*desde lo hondo a ti grito, Señor*”, pero este grito se dirige a aquél que es el perdón: “*de ti procede el perdón*” (*quia apud te propitiatio est*). Y con una gran confianza en la Palabra de aquél que es fiel a su promesa: “*mi alma espera en su palabra*”.

El cristiano siempre debe aprender a orar desde lo más profundo, incluso desde el pecado, desde la humillación del pecado. Justamente el Catecismo de la Iglesia Católica cita a san Agustín comentando el Salmo en el n. 2559

“¿Desde dónde hablamos cuando oramos? ¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra propia voluntad, o desde "lo más profundo" (Sal 130, 14) de un corazón humilde y contrito? El que se humilla es ensalzado (cf. Lc 18, 9-14). La humildad es la base de la oración. "Nosotros no sabemos pedir como conviene"(Rom 8, 26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios (cf. San Agustín, Sermo 56, 6, 9)”.

Comprende que Él “*no lleva cuenta de los delitos*”, de otro modo, nadie podría resistir su propio pecado, se horrorizaría de si mismo, hasta lo

insoportable. Una vez el Señor ha descendido al abismo, hasta el reino de la muerte, por haber asumido una carne de pecado, subió más arriba del cielo para llenarlo todo de su gloria.

“*A ti grito, Señor*”: el grito más significativo de la historia de salvación fue el que hizo Jesús muriendo en la Cruz. Fue un grito de súplica esperanzada desde la más absoluta profundidad y oscuridad. Tenía que anhelar impacientemente por la mañana de la Resurrección cuando Dios respondería a la oración, redimiendo y salvando toda la humanidad. La exaltación de Cristo es la respuesta del Padre al gran grito que ha eliminado la distancia entre el abismo más profundo y el cielo más alto. Jesús fue el "grito" del pecador, "la esperanza" del pecador, la "redención" del pecador.

“*Pero de ti procede el perdón, y así infundes respeto*”. El perdón es divino: El perdón que el salmista espera, lo lleva a Jesucristo en el nuevo Testamento (Mt 9, 2). Cristo mismo es el perdón, Él es nuestra reconciliación: “*Por quien hemos recibido la liberación y el perdón de los pecados*” (Col 1:11)

El poder de Dios se manifiesta como perdón. San Agustín, como comentando las palabras del profeta dice: “*Es más fácil que Dios contenga la ira que la Misericordia*” (In Ps. 76, 11). Y santo Tomas escribe: “*Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia*” (Summa Theologiae, II-II, q. 30, a. 4..)

Un amor que infunde reverencia, no miedo, ya que el temor de Dios excluye todo miedo: “*En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor involucra castigo, y el que teme no es hecho perfecto en el amor*” (1 Jn 18,4). Esta experiencia del amor lleva a esta actitud: ¿Cómo podemos pecar en la presencia de aquel que nos ama tanto y perdona siempre? El perdón de Dios es siempre una sobreexigencia, no es un decir. “Ya puedo volver a pecar porque Dios perdona siempre”, un un decir: “¿Cómo debo vivir a partir de ahora con el perdón que Dios me ha regalado?”

Más aún: el mismo Jesús es el perdón con el que Dios llena hasta rebosar de su gracia libre y generosa: “*porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa*”. En este sentido es el Salmo del Sábado Santo, desde lo más profundo, la muerte, el lugar de la no esperanza, en la tiniebla más impenetrable, descende el Señor y allí espera el alba de la Resurrección, el alba de la Pascua.

Este Salmo nos hace a todos “*centinelas de la aurora*”. Esta es la condición del creyente: ser un ¡vigilante! El que espera siempre el despuntar de la aurora. Los centinelas de Israel eran aquellos que vigilaban el campamento de

los enemigos y esperaban con deseo ardiente el primer despertar del día o los que hacían la ronda en las murallas de la ciudad y esperaban divisar el primer albor del día. El cristiano puede sentirse sumergido en la noche, pero sabe que la noche se agota en sí misma, que llega un momento que ya no puede haber más noche y la primera luz del alba llega. Toda la existencia del cristiano se vive como un presentimiento de la luz.

El cristiano vive siempre “*al par de los levantes de la aurora*” en el bellissimo verso de san Juan de la Cruz, existe en el claroscuro de la fe y de la esperanza. La historia y el camino de la Iglesia, también cada una de nuestras existencias no va hacia la tiniebla, va hacia la mañana, va hasta el amanecer de un día sin ocaso. En la noche más hermosa del año cantaremos: *¡Oh Luz gozosa de la santa gloria!* Y también: *¡O noche más clara que el día!*

En ningún sitio como en este Salmo hay una definición más preciosa de la esperanza cristiana: una noche que es ya, en esperanza, una alborada. Centinelas que esperan el día de la Resurrección, el amanecer de Pascua: “*La mañana es la resurrección de Cristo, la cual es el fundamento de nuestra esperanza: espero por razón de esta mañana en que él resucita*” (San Gregorio Magno). Recordemos el precioso verso de Isaías: “*¿Qué ves centinela en la noche?*” (Is 21,11s)

El Salmo es realmente un canto de peregrinación, de noche y de luz y san Agustín hace de su predicación del Salmo 129 una preciosa catequesis pascual:

“Esta vigilia matutina es el fin de la noche; de aquí que hasta la noche esperó mi alma en el Señor. Luego para que no pensásemos que ha de esperarse un solo día en el Señor, ha de entenderse qué significa desde la vigilia matutina hasta la noche. ¿Qué pensáis, hermanos, que significa desde la vigilia matutina hasta la noche esperó mi alma en el Señor? Que el Señor, por quien se nos perdonaron los pecados, resucitó de entre los muertos en la vigilia matutina para que esperemos que ha de acontecer en nosotros lo que antecedió en el Señor. Ya se nos perdonaron nuestros pecados, pero aún no hemos resucitado; si todavía no hemos resucitado, aún no tuvo lugar en nosotros lo que antecedió en nuestra Cabeza. ¿Qué aconteció a nuestra Cabeza? Que resucitó la carne de ella. Pero ¿por ventura está muerto su espíritu? Resucitó lo que murió en él. Resucitó al tercer día, y, en cierto modo, el Señor nos dijo esto: “Lo que visteis en mí, esperadlo en vosotros”; es decir, como yo resucité, igualmente resucitaréis vosotros”(In Ps 129: 6).

Es un uso antiquísimo cantar el Salmo 129 en las II Vísperas de Navidad y durante toda la Octava. Evocamos el santo icono de Navidad que prefigura el sepulcro y, por tanto, la Resurrección. Esta Pascua que es Navidad. El Señor que ilumina todas las tinieblas. Es en el descenso de Jesús a los infiernos indicado iconográficamente en la negrura de la gruta, prefigurando anticipadamente el sepulcro. El verso 7: *“como el centinela la aurora; porque del Señor viene la misericordia”* *“quia apud dominum misericordia et copiosa apud auroram*, se cumple cuando la Palabra de Dios se hace carne humana. En el Señor Jesús el amor, la redención generosa bajan del Cielo a nuestro abismo. Contemplando Jesús Niño, llena de amor y todo emociona: *“del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos”*.

Una redención que llegará a su plenitud en el Misterio de la Pascua, del paso de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz. Por su misterio pascual Cristo redimirá toda la humanidad de sus culpas. La Iglesia ante el exceso del amor de Dios Trinidad afirma que hace más respeto un Dios que ama, que un Dios que castiga. Y el papa Francisco proclamó en su primer Angelus: *“Dios no se cansa jamás de perdonar”*.

Nadie espera la aurora tan ansiosamente como el centinela. También amanecerá la Misericordia del Señor sobre el hombre y sobre el pueblo pecador. Será una mañana espléndida, porque Dios es grande en perdonar. Un futuro hecho presente desde que resonaron aquellas palabras en nuestra tierra: *“Ánimo, hijo, tus pecados son perdonados”* (Mt 9,2). Muchas ovejas perdidas han sido encontradas desde entonces. Tienen el rostro de la Samaritana, de Zaqueo, de Simón Pedro, de Pablo, mi propio rostro.

También yo *“conseguí misericordia, para que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su longanimidad”* (1 Tim 1,16). En cada creyente se va preparando el Señor la esposa santa e intachable hasta que pueda presentarla engalanada como una novia ataviada para su Esposo (Ap 21,2). Dios redimirá a la Iglesia de todos los delitos (*Et ipse redimet Israel ex omibus iniquitatibus eius*). Redimirá los pecados de la Iglesia, pero también los nuestros que somos sus hijos.

El Salmo ya se utilizaba en la liturgia de Israel el Día de la Expiación. Actualmente se utiliza como segundo Salmo en las I Vísperas del Domingo de la IV semana. También los miércoles en Completas. En ambos casos tiene una clara significación pascual. Es tradicional en la liturgia de las Exequias y la Iglesia canta el Salmo en boca del difunto que *de profundis* de su propia muerte clama al Señor.

Salmo 129 *Desde lo hondo a ti grito, Señor.*

Ant 2. Desde lo hondo a ti grito, Señor.

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.

Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto.

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.

Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Desde lo hondo a ti grito, Señor.

Oremos

Padre, nuestra alma te aguarda, como centinela a la aurora; la presencia de tu Hijo, abrió en el mundo un amanecer de perdón y Misericordia, que llegó a su culmen cuando en la mañana de Pascua restauraste el universo; recibe nuestro agradecimiento y alabanza por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Lectura orante del Salmo

El Salmo 142: *Domine, exaudi orationem meam*, es el último de los Salmos penitenciales de la tradición litúrgica. El Salmo, como los precedentes, expresa la oración de Cristo unida a la de la Iglesia. En las palabras: “ *Y extiando mis brazos hacia ti: tengo sed de ti como tierra reseca*”, los Padres han querido contemplar a Cristo mismo crucificado. Y la expresión: *tengo sed de ti como tierra reseca* evoca el “*tengo sed*» del Señor en la Cruz. Hay que tener presente para la interpretación cristológica que es el segundo Salmo de las Vísperas del Sábado Santo.

Es apropiado, según la tradición litúrgica, porque el enemigo, como símbolo del Mal y de lo malvado en la historia de la salvación ha llevado al salmista al umbral de la muerte e incluso a experimentarla en sí mismo: “*El enemigo me persigue a muerte, empuja mi vida al sepulcro, me confina a las tinieblas*”. La muerte es descrita como sepulcro, tiniebla y olvido. Las Vísperas del Sábado Santo representan el principio de una noche que conocerá el alba de un día glorioso, una luz nueva, la gloriosa luz del Señor Resucitado.

El orante está afligido porque se siente abandonado por Dios, no a causa de sus enemigos, sino por su pecado (v. 3 y 7). Con aflicción recuerda como Dios a lo largo de la historia se ha manifestado con Misericordia (nótese los tres verbos: *recuerdo, medito, considero*) y con razón expresa su deseo ardiente de Dios “*me falta el aliento*»” sin su mirada no encuentra la vida. Si Dios esconde su rostro el ya no podrá vivir: “*No me escondas tu rostro, igual que a los que bajan a la fosa*”. Las aclamaciones de confianza llegan al corazón: “*confío en ti*”, “*que me refugio en ti*”, “*tú eres mi Dios*”. La Iglesia ha tenido siempre un gran aprecio a este Salmo porque ha descubierto en él la oración del Hijo amado del Padre, que por amor nuestro, ha soportado las tiniebla, la lejanía del Padre y la misma muerte. Es por tanto oración de Cristo unida a la de la Iglesia. Resulta además fácil encontrar en este Salmo los temas que luego confluirán en el Padre nuestro como la súplica del perdón (v.2) y el deseo de cumplir la voluntad de Dios (v.10).

Esto impregna del Misterio del Sábado Santo el Salmo, es desde las tinieblas del día de la sepultura del Señor que hay que rezar el Salmo. El Señor con su muerte y su sepultura se adentra en las tiniebla más densas, la muerte con la ausencia de Dios, para vencerla y dar la vida. De manera inicial está latente ya aquí toda la teología del Sábado Santo. Todo infierno, como lugar de la no esperanza y de la no presencia de Dios, ha sido salvado por Jesucristo que experimenta por amor nuestro la lejanía y el abandono de Dios Padre. El

Salmo recuerda el Tropario pascual, cantado infinidad de veces en la liturgia oriental: *“Cristo ha resucitado de los muertos, con su muerte ha vencido a la muerte, y a los muertos ha dado la vida”*. Como recuerda también el sublime verso del *Vexilla Regis*: *Qua vita mortem pertulit, et morte vitam protulit*.

Luego el salmista suplica: *“En la mañana hazme escuchar tu gracia, ya que confío en ti”* (v. 8). Esta, en efecto, es la hora de las grandes intervenciones de Dios (Ex 14:34.27; 19:16: *“Al amanecer...”*). Esta mañana es el alba de la Resurrección. Toda la tradición patristica lo ha comentado gozosamente de esta manera: Dios Padre ha manifestado el amor a su Hijo amado en la alborada de la Resurrección, cuando todo se renueva y los enemigos son vencidos y el último enemigo es la muerte (cf. 1Co 15:26). También en el alba de un día eterno, superada nuestra muerte temporal, el Señor nos dará a conocer hasta qué punto nos ha amado y nos entregará como hijos el Reino y la Vida eterna. Recordemos por ejemplo la bella predicación de san Gregorio Magno:

“Es el día iluminado por ese auténtico sol que no se pone, al que las nubes no pueden hacer tenebroso y que no es oscurecido por la niebla... Cuando aparezca Cristo --nuestra vida-- y comencemos a ver a Dios con el rostro descubierto, entonces desaparecerá toda ofuscación de las tinieblas, se disipará el humo de la ignorancia, se levantará la niebla de toda tentación... Será el día más luminoso y resplandeciente, preparado para todos los elegidos por aquel que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y nos ha llevado al reino de su Hijo amado. La mañana de ese día es la resurrección futura... En esa mañana brillará la felicidad de los justos, aparecerá la gloria, será la exultación al ver a Dios enjugando toda lágrima de los ojos de los santos, cuando quedará destruida la muerte, cuando los justos resplandecerán como el sol en el reino del Padre. En esa mañana, el Señor hará experimentar su Misericordia... diciendo: «Venid a mí, benditos de mi Padre» (Mateo 25, 34). Entonces se manifestará la Misericordia de Dios, imposible de concebir por la mente humana. De hecho, el Señor ha preparado para aquellos que le aman lo que el ojo no puede ver, ni el oído escuchar, ni lo que puede entrar en el corazón del hombre» (PL 79, col. 649-650).

Esta confianza de conocer el amor de Dios en la mañana de la Resurrección, sólo es fruto de la Misericordia de Dios, *“justo y fiel”* (v. 1). Así el salmista se atreve a decir: *“No llares a juicio a tu siervo, pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti”*. Palabras que debemos pronunciar con una profunda reverencia ya que el cristiano sabe que el juicio se ha realizado ya en la Cruz del Señor y su juicio ha sido no de ira, sino de Misericordia. En este sentido lo

comenta dos veces san Pablo (Gal 2,16; Ro 3,30) para desarrollar la universalidad del pecado, pero también la universalidad de la gracia de Cristo. Nadie es justo por sí mismo, porque nadie puede cumplir a la perfección la ley, que nos recuerda nuestra condición de hombres pecadores, pero que no salva, solo salva Cristo Salvador. El cristiano cuando reza este Salmo debe pensar en el juicio particular con una gran confianza. La Misericordia invocada por el Señor mismo allí nos será dada. El Salmo en las invocaciones finales deviene plenamente cristiano. El salmista lleno de fe: “*Tú eres mi Dios*” pide a Dios que le enseñe a cumplir su voluntad y que le indique sus caminos. También suplica que el Espíritu bueno lo guíe por tierra llena. Esta expresión, según algunos exegetas, se refiere a la rampa por la cual los peregrinos de Israel subían la ladera del templo hasta alcanzar la puerta oriental y entrar en él. Esta invocación al Espíritu Santo (v. 10) culmina la oración del cristiano que sabe que “*los guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios*” (Rm 8,14). Dios que ha sacado de la angustia de la muerte a Jesús y le ha dado la Vida por la Resurrección acompaña la penitencia de la Iglesia para llegar al don de la Pascua. El Salmo hay que rezarlo desde la convicción de que la Pascua del Señor es la nuestra; es nuestra su muerte, es nuestra también su Resurrección. Es un Salmo que, habiéndolo recitado muchos años, llega a ser entrañable y particularmente amado. Uno debe ser muy consciente de los propios pecados, pero también de la gracia dada, antes y después, siempre. Dios siempre en los momentos de oscuridad llega con su luz y disipa las tinieblas, casi las hiere. El Salmo se reza en los Laudes del jueves de la IV semana del Salterio, también los martes en Completas; en el *Orthros* bizantina es el último de los *Exasalmos* recitados diariamente.

Ant. En la mañana, Señor, hazme escuchar tu gracia.

SALMO 142, 1-11

Lamentación y súplica ante la angustia

Señor, escucha mi oración;
tú que eres fiel, atiende a mi súplica;
tú que eres justo, escúchame.
No llares a juicio a tu siervo,
pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti.

El enemigo me persigue a muerte,
empuja mi vida al sepulcro,
me confina a las tinieblas
como a los muertos ya olvidados.

Mi aliento desfallece,
mi corazón dentro de mí está yerto.

Recuerdo los tiempos antiguos,
medito todas tus acciones,
considero las obras de tus manos
y extendiendo mis brazos hacia ti:
tengo sed de ti como tierra reseca.

Escúchame en seguida, Señor,
que me falta el aliento.
No me escondas tu rostro,
igual que a los que bajan a la fosa.

En la mañana hazme escuchar tu gracia,
ya que confío en ti;
indícame el camino que he de seguir,
pues levanto mi alma a ti.

Líbrame del enemigo, Señor,
que me refugio en ti.
Enséñame a cumplir tu voluntad,
ya que tú eres mi Dios.
Tu espíritu, que es bueno,
me guíe por tierra llana.

Por tu nombre, Señor, consérvame vivo;
por tu clemencia, sácame de la angustia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. En la mañana, Señor, hazme escuchar tu gracia.

Señor Jesucristo, que, saliendo victorioso del sepulcro, nos hiciste escuchar tu gracia en la mañana de la Resurrección, y haces resplandecer una aurora fulgurante sobre quienes estaban confinados a las tinieblas, como muertos ya olvidados, cuando la muerte nos abra las puertas de tu encuentro, no llares a juicio a tus siervos, antes, que tu Espíritu, que es bueno, nos guíe por tierra llana y nos conduzca hasta tu reino. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

SALMOS PASCUALES

SALMO 109

La siguiente serie de Salmos los designamos “Salmos pascuales” ya que la tradición litúrgica de la Iglesia los ha rezado como profecía de la gloria del Señor Resucitado y en su alabanza. Este uso se origina ya en el Nuevo Testamento. Con razón estos Salmos están presentes en la celebración de las Horas del Domingo sobretodo, y, presentes de una manera especial en el Tiempo Pascual y en la tríada de las solemnidades: Pascua, Ascensión y Pentecostés. La más antigua tradición litúrgica romana diferenció el Tiempo de Pascua del resto del Año litúrgico, ya sea por el uso establecido de unos Salmos y con la profusión del Aleluya. Se explicita el sentido pascual de cada Salmo con la antífona propia indicada para el tiempo de Pascua.

El Salmo 109: “*Dixit Dominus a Domino meo*”, “*Oráculo del Señor a mi Señor*”, la Iglesia lo canta cada Domingo como primer Salmo de las II Vísperas del Día del Señor. Generaciones y generaciones de cristianos han cantado este Salmo al ponerse el sol del Día del Señor y lo cantarán hasta que el Señor vuelva. Realmente es sugestivo que la comunidad, reunida al atardecer del Día del Señor, para la oración vespertina comience la salmodia con el Salmo 109 ya que éste constituye una proclamación del Señor Resucitado y Glorificado. En este día la comunidad ha celebrado la Eucaristía, es el primer día de la nueva creación.

Precisamente desde esta perspectiva, el Salmo se convierte en un canto luminoso dirigido por la liturgia cristiana al Resucitado en el día festivo, memoria de la Pascua del Señor. Es el Salmo más cristiano del salterio. Generaciones y generaciones de cristianos han cantado este Salmo cada domingo y lo cantarán todavía hasta que el Señor vuelva. San Agustín afirma que el Salmo es breve por el número de palabras y, sin embargo, denso por su contenido (*In Ps 109,1*). Realmente es el Salmo más cristiano puesto que el Señor se atribuye a sí mismo sus palabras: “*Si David, le llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?*” (Mt 22,45; 26,64). El mismo Jesús se refiere al Salmo cuando en el Sanedrín habla de la gloria del Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios (Mt 26,64). También el apóstol Pedro en su predicación kerigmática del día de Pentecostés cita el al Salmo:

“Enaltecido y puesto por Dios a su mano derecha, recibió del Padre el Espíritu Santo prometido, el cual, a su vez, Él repartió. Eso es lo que estáis viendo y oyendo. Porque no fue David quien subió al cielo, sino que él mismo dice: ‘El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha,

hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies” (Hch 2,34-35).

Es el Salmo más citado del Nuevo Testamento, hasta 14 veces y san Agustín dice al principio de su predicación que *“es un Salmo breve por sus palabras, pero denso en sus contenidos” (In Ps 109,1)* proclama estas solemnes palabras en su predicación:

“Era necesario conocer el único Hijo de Dios, que estaba por llegar a los hombres, para asumir el hombre y para convertirse en el hombre a través de la naturaleza asumida: murió, resucitó, ascendió al cielo, y está sentado a la diestra del Padre y ha cumplido entre las naciones lo que había prometido [...] Todo esto, por lo tanto, tenía que ser profetizado, tenía que ser anunciado, tenía que ser comunicado como destinado a venir, porque, viniendo de una manera repentina, no diese lugar al temor, al contrario, ya que había sido anunciado, fuese acogido con fe y esperado con alegría. Dentro de estas promesas hay que incluir este Salmo, que profetiza, en términos tan claros y explícitos, a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que no podemos tener la más mínima duda de que realmente se proclama a Cristo” (In Ps 109,3).

El primer oráculo: Cristo Rey exaltado a la derecha del Padre

En el primer oráculo (v. 1) se escucha la Palabra más alta de la gloriosa e indivisible Trinidad. Es la Palabra de Dios (*Yahvè*) dirigida a aquél que es *“mi Señor” (Adonai)* invistiéndolo de su propia gloria y entronizándole como rey victorioso: *“Siéntate a mi derecha”*. Jesús es el rey vencedor en su Cruz que en virtud de su Resurrección fue declarado Hijo de Dios y se le dieron plenos poderes (Rm 1,4). Jesucristo que subió al cielo y está a la derecha de Dios (1Pe 3,22) y ahora espera que Dios haga de los enemigos el estrado de sus pies, el último enemigo es la muerte. El último enemigo aniquilado será la muerte. Así san Pablo escribe: *“Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies» (1Co 15,35)*

Es a partir de éste Salmo que la Iglesia articuló el lenguaje de la fe y las palabras del Credo: *“Sedet ad dexteram Patris” “Y está sentado a la derecha de Dios Padre”*. El tema de la *sessio Christi ad dexteram Patris* es particularmente entrañable en la comunidad del Nuevo Testamento y está presente en los antiguos himnos cristológicos (Flp 2,6-11; 1 Tim 3,16). La Resurrección manifiesta el Señor como el Kyrios de todo el universo. También se encuentra en uno de los himnos más antiguos de la liturgia, en el Gloria: *“Qui sedes ad dexteram Patris miserere nobis” “Tú que estás sentado a la derecha de Dios Padre”*.

Segundo oráculo: Cristo, Hijo de Dios desde toda la eternidad

El que ha sido exaltado y ahora se sienta a la derecha del Padre es el que ha sido engendrado, como rocío, antes de la aurora y entre esplendores sagrados ya era príncipe desde el día de su nacimiento (v 3). Este versículo es muy arcaico según los exegetas y es difícil establecer correctamente su texto original, de ahí la disparidad de interpretaciones. Sea cual sea el texto original la Iglesia orante ha confesado su fe a través de estas palabras la condición divina de Cristo. Es la fe de Nicea y de Constantinopla que confiesa que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre; en éste versículo resuena ya las palabras del Credo: “*Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre*”.

Por consiguiente, la tradición de los Padres contempla en este verso tanto la generación del Verbo que está desde el principio junto a Dios, como también su nacimiento temporal, según la carne. El Mesías es investido Rey, Sacerdote e Hijo desde arriba, desde Dios. Es la gloria de Dios que se manifiesta en Él, la gloria de Dios que Jesús reclama para sí en su oración sacerdotal: “*Padre, dame en tu presencia la misma gloria que yo tenía contigo desde antes que existiera el mundo*” (Jn 17, 4).

Es de notar las imágenes preciosísimas de la “*aurora*” y del “*rocío*” que simbolizan el don siempre precedente de Dios: un nuevo amanecer que preludia un día nuevo y una luz nueva. Así mismo la imagen tan preciosa del rocío que refleja una nueva fecundidad de la tierra. Para un creyente evoca la aurora de la mañana de Pascua y el rocío de la gracia. Como no pensar en las palabras de la epiclesis de la Plegaria Eucarística II: “*Spiritus tui rore sanctificat*” (Lamentablemente esta imagen fue suprimida en la versión castellana del Ordinario de la Misa: “*te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu*”)

Tercer oráculo: Cristo, sumo y eterno Sacerdote

El que ha nacido antes de la aurora *in splendoribus sanctis* es Sacerdote, con un sacerdocio que viene del cielo, más allá y antes de que el sacerdocio levítico, que une y reconcilia Dios y el hombre. Un Sacerdote, *sine patre sine matre sine genealogia*, para indicar que es don de Dios. Bajo la figura de Melquisedec (Rey de paz) se presenta ante el pueblo con la ofrenda del pan y del vino que profetiza a Cristo que entrega eucarísticamente su Cuerpo y su Sangre. La carta a los Hebreos desarrolla ahí con una bella teología, contraponiendo el orden de Melquisedec al orden del sacerdocio levítico para indicar la superioridad del primero y para manifestar el nuevo tabernáculo, no construido por manos humanas, “*donde entró Jesús para abrírnos camino,*

llegando Él así a ser sumo sacerdote para siempre, de la misma clase que Melquisedec” (He 6,20).

Tanto los fieles, como los ministros ordenados, tienen gozo de cantar: “*Iuravit Dominus et paenitebit eum. Tu es sacerdos in aeternum*” “*El Señor lo ha jurado y no se arrepiente*” ya que la alianza sellada por Jesucristo, Sacerdote de la nueva alianza, nunca jamás será derogada y permanece para siempre. Ni tan solo nuestros pecados pueden que Dios se desdiga de lo que en Cristo y por Cristo nos ha prometido.

En Él, por tanto, tenemos el ancla de nuestra esperanza. Nada hay de transitorio en Cristo, con Él todo permanece para siempre. La Iglesia participa, con el canto del Salmo, de los misterios del Esposo, porque lo que se canta en el Salmo se cumple en ella, sobretodo en el Día del Señor. Ciertamente ella, la Iglesia, participa de su realeza victoriosa, de su filiación divina, de su sacerdocio; con razón somos un pueblo de reyes y de sacerdotes. Las palabras “*Tu es sacerdos in aeternum*” “*Tú eres sacerdote eterno según el rito de Melquisedec*” han estado siempre presentes en la liturgia del sacramento del Orden.

Con razón la asamblea desea y exclama que Dios extienda desde Sión el poder de su cetro. Un cetro que según san Juan Crisóstomo, es su santa Cruz, para que los enemigos sean puesto al estrado de sus pies, no para destruirlos, sino para que allí le reconozcan como Señor. Dios Padre que está a su derecha el día de su poder quebrantará las fuerzas del mal para que no hagan más daño a la tierra. Véase el comentario del Salmo de san Juan Crisóstomo (*Expositio in Psalmum* CIX 3, 4 y 5 ss).

Finalmente en el enigmático v. 7 el Señor que ha abajado la cabeza para beber del torrente de nuestra humanidad y ha sido humillado es el que por su Resurrección se levanta para llevar a su pueblo a su heredad. Él siempre va delante. Cristo siempre delante nuestro y por sobre nuestro. Pero también Cristo en nosotros esperanza de la gloria.

El Salmo se canta en las II Vísperas Dominicales y en casi todas las solemnidades. El Salmo 109, tanto en el curso romano y monástico, empezaba la serie de los Salmos de Vísperas que se distribuían semanalmente con cinco salmos cada día hasta el salmo 147. Fue un uso secular que pervivió hasta la reforma del Oficio Divino. Es bello pensar que generaciones de creyentes, entre ellos tantos santos y santas, han cantado la gloria del Señor con este Salmo, en el cual David, inspirado por el Espíritu Santo, anunció la gloria de su Señor.

Las comunidades cristianas reunidas para las Vísperas del Domingo, gozosas de celebrar el Día del Señor deben cantar con alegría y una gran esperanza este Salmo. La belleza no reside en las palabras, sino en lo que éstas anuncian: Cristo ahora está sentado a la derecha de Dios Padre y allí es el Rey victorioso y el Sacerdote de una nueva alianza, de la cual nosotros por el Bautismo y la fe formamos parte. No hay alegría más grande que proclamar con el Salmo, que nuestro Señor conocía y que los apóstoles usaban para predicar la Resurrección del Señor, que Jesucristo es Rey y Sacerdote con un reino que no tendrá fin y con un sacerdocio que jamás será abolido. La comunidad eclesial se siente dichosa de cantarlo y se complace en ello.

El Salmo se canta con el bello y sobrio tono séptimo gregoriano. Las antífonas enriquecen el Salmo con perspectivas siempre nuevas según el tiempo litúrgico y las solemnidades.

Oráculo del Señor a mi Señor:

“Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies”.

Desde Sión extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

“Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora”.

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:

“Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec”.

El Señor a tu derecha, el día de su ira,
quebrantará a los reyes.
En su camino beberá del torrente,
por eso levantará la cabeza.

Oremos

Tú, Dios nuestro, juraste establecer a tu Hijo Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec; y éste, llegado a la perfección, es causa de salvación para todos los que le obedecen. Aviva en nosotros, partícipes del sacerdocio de

Cristo, la seguridad de entrar en el santuario, donde nuestros enemigos, el pecado y la muerte, serán puestos por estrado de tus pies. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

SALMO 113 A

Lectura orante

El Salmo 113, “*In exitu Israel de Aegypto*”, “*Cuando Israel salió de Egipto*”, es queridísimo en la liturgia de Israel y de la Iglesia. Es uno de los Salmos aleluyaticos porque contienen la aclamación pascual al inicio del Salmo. Es, como ningún otro, un Salmo pascual: un estallido de alegría por el don de la libertad. Resuena como un himno de un pueblo finalmente libre. El Salmo forma parte del gran *Hal.lel* y se canta al inicio del *Seder* pascual. También el Señor y los apóstoles cantaron éste Salmo según el ritual de Israel. La memoria de los acontecimientos del Éxodo, todos ellos contenidos en el breve Salmo, es el corazón, el centro, de la fe de Israel. Así Pablo predicaba: “*Dios de Israel, nuestro pueblo, eligió a nuestros padres. Hizo que el pueblo se multiplicara durante su permanencia en Egipto, los sacó de allí con hechos poderosos, y durante unos cuarenta años los llevó por el desierto*» (Hch 13,17-18a).

El Salmo canta la salida (éxodo) del país de la esclavitud (Egipto) y la entrada a la tierra prometida, evocadas por el Mar Rojo, que una vez pasado abre el camino de la libertad, y la puerta de entrada a la tierra, que representa el paso del Jordán. Los dos se abrieron y dejaban paso al pueblo de Dios. La tierra prometida fue su santuario, era la tierra realmente santa, realmente de Dios, su posesión y herencia.

Durante el camino hacia la tierra que había sido dada al pueblo como herencia las maravillas se multiplican: las montañas “*saltan como carneros*” (la teofanía del Sinaí) y Dios sacia la sed de su pueblo con la roca que se abre como un manantial de agua. El Salmo canta como el mar deja paso al pueblo de Dios, también el Jordán hacia la tierra prometida. En la fiesta pascual Israel lo canta con un gozo grande.

Así lo cantó Jesús. Recuerda las bellas palabras del *Exultet* de la Vigilia pascual: “*Esta es la noche en que sacaste de Egipto a los Israelitas, nuestros padres, y los hiciste pasar a pie el Mar Rojo*”. Fijémonos que en los momentos que Dios actúa en la historia (teofonía) hay señales de temblor “*la tierra se estremece*” e incluso de la naturaleza se postra ante Él. La tierra tembló en el primer Éxodo, como tembló también cuando el Señor expiró en la cruz cumpliendo por nosotros la plenitud del segundo Éxodo. Como tembló en su Resurrección según el Evangelio de Mateo 28,2: “*Y de pronto tembló fuertemente la tierra*”.

El Salmo canta también el Misterio del Jordán que es Cristo “*Mysterium magnum Iordanis*”. Él es el río de agua viva, un río que brotó de su costado abierto y un río que se vuelve atrás, hacia el origen, *ad retrorsum*, hacia la Trinidad. Es el río del Bautismo, del nuevo Éxodo y de la nueva humanidad.

La roca, la piedra, del sepulcro por la Resurrección de Cristo se ha convertido en un estanque de agua viva, de toda la gracia de Cristo, que inunda el mundo y los corazones. En el seno de la Iglesia, fundada por Cristo, hay una fuente, que siempre mana, la fuente del agua viva de la gracia. La Iglesia es un pozo dado a la humanidad donde todos los hombres puedan venir a buscar, gratuitamente, el agua viva de la gracia y beban esta *bebida espiritual*. De tal manera que el Salmo está presente desde antiguo y ecuménicamente en el Ritual de la Iniciación Cristiana. Es un Salmo bautismal. El paso del Mar Rojo siempre ha sido visto como profecía del Bautismo. La salida de Egipto y los acontecimientos que lo acompañaron son los misterios de nuestra salvación. Cada uno de nosotros es ahora el “*santuario*” (V.2a) del Señor, y toda la Iglesia es su “*dominio*” (v.2b). El Salmo nos recuerda la antigua oración de la Vigilia Pascual: “*Oh Dios, has iluminado los prodigios de los tiempos antiguos con la luz del Nuevo Testamento: el mar rojo fue imagen de la fuente bautismal y el pueblo, liberado de la esclavitud, imagen de la familia cristiana ...*”

También es el Salmo más propio de las Exequias cristianas, ya que los hijos de la Iglesia salen de Egipto de este mundo encuentran el país de Israel y la tierra de Judá como santuario y posesión.

Todos los Salmos pascuales, muchos más que los penitenciales, forman parte desde antiguo de la liturgia exequial, puesto que la muerte del cristiano es siempre la plenitud del Bautismo. El texto fundamental sobre el sentido del Bautismo y de la muerte de los cristianos es la catequesis de san Pablo en el capítulo 6 de la carta a los Romanos. La tierra de la cual toman posesión los que mueren en el Señor es la tierra, el país, que el Señor prometió en la bienaventuranza: “*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra*” (Mt 5,3).

Es el Salmo de los que la carta a los Hebreos dice: “*Deseaban una patria mejor, es decir, la patria celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de que le llamen el Dios de ellos, pues les tiene preparada una ciudad*” (He 11,14). Todos los liturgistas saben que éste Salmo, junto con el 117, es el Salmo más propio de las Exequias cristianas. Era una costumbre antigua que cuando expiraba un cristiano se cantaba este Salmo. Un Salmo que canta el Éxodo de la Iglesia de la cual cada cristiano participa en su muerte. Una muerte que para los bautizados es un emigrar del Egipto de éste mundo al Santuario de

Dios no contruido por manos humanas. El Salmo “*In exitu Israel*” “*Cuando Israel salió de Egipto*” acompaña el cuerpo del difunto en su traslado y entrada a la Iglesia en el Ritual de las Exequias. Los antiguos lo llamaban el *velum victoriae*. Ciertamente el velo de la victoria pascual del Señor cubre el cuerpo del cristiano en su Éxodo de la Iglesia que peregrina a la Iglesia ya glorificada junto al Señor.

Orígenes en la célebre Homilía IV sobre el Génesis instruye de esta manera los catecúmenos:

Al ser agregado al número de los catecúmenos y al comenzar a someterte a las prescripciones de la Iglesia, has atravesado el mar Rojo y, como en aquellas etapas del desierto, te dedicas cada día a escuchar la ley de Dios y a contemplar la gloria del Señor, reflejada en el rostro de Moisés. Cuando llegues a la mística fuente del Bautismo y seas iniciado en los venerables y magníficos sacramentos, por obra de los sacerdotes y levitas, parados como en el Jordán, que conocen aquellos sacramentos en cuanto es posible conocerlos, entonces también tú, por ministerio de los sacerdotes, atravesarás el Jordán y entrarás en la tierra prometida, en la que te recibirá Jesús, el verdadero sucesor de Moisés, y será tu guía en el nuevo camino. Entonces tú, consciente de tales maravillas de Dios, viendo cómo el mar se ha abierto para ti y cómo el río ha detenido sus aguas, excluirás: ¿Qué te pasa, mar, que huyes, y a ti, Jordán, que te echas atrás? ¿Y a vosotros montes, que saltáis como carneros; colinas, que saltáis como corderos. Y te responderá el oráculo divino: En presencia del Señor se estremece la tierra, en presencia del Dios de Jacob, que transforma las peñas en estanques, el pedernal en manantiales de agua» (Orígenes, Homilía IV sobre Josué, Città Nuova, Roma 1993, pp. 84-86).

San Pablo emplea este Salmo en 1Co 10,4: “*Todos bebieron la misma bebida espiritual: bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo*».

Cantado en la Iglesia con el *tonus peregrinus*, ha resonado secularmente en el canto del oficio vespertino dominical. Cuando la Iglesia corea este Salmo se llena de gozo, una alegría muy íntima la colma, a la vez muy eclesial. San Agustín en su lenguaje retórico empieza a preguntar: “¿Cuál es el origen de esta alegría? ¿De qué el mar se retiró? ¿De qué las montañas saltaban? La alegría de éste Salmo está en estas imágenes poéticas sino en la presencia del Señor. Únicamente de la presencia del Señor glorificado: delante del Señor se estremeció la tierra. La alegría que contiene este Salmo está en el Señor

misma resucitado, que consuma su éxodo, por el Bautismo y la fe, en su Iglesia, que se regocija de gozo por su Pascua” (Cf. In Ps 113,8-9).

Es la Iglesia que sabe que el Misterio Pascual es la fuente el centro, la plenitud de su fe y de su esperanza. Con este bellísimo Salmo podemos releer e incluso revivir en pocos versos la epopeya de Israel y la epopeya de la Iglesia, de toda la humanidad, es decir, el acontecimiento central de nuestra salvación. Si el poder de Dios se manifestó en las maravillas del primer Éxodo mucho más se manifiesta en la nueva Pascua de nuestro Bautismo: Cristo ha hecho de su cuerpo glorificado su santuario y de la Iglesia su dominio. Delante nuestro por el Bautismo la muerte retrocede, el pecado cesa y el agua viva del Espíritu sacia nuestra sed. Cantar este Salmo es un gran gozo y consuelo.

SALMO 113 A

Israel librado de Egipto: las maravillas del Éxodo

Cuando Israel salió de Egipto,
los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente,
Judá fue su santuario,
Israel fue su dominio.

El mar, al verlos, huyó,
el Jordán se echó atrás;
los montes saltaron como carneros;
las colinas, como corderos.

¿Qué te pasa, mar, que huyes,
y a ti, Jordán, que te echas atrás?
¿Y a vosotros, montes, que saltáis como carneros;
colinas, que saltáis como corderos?

En presencia del Señor se estremece la tierra,
en presencia del Dios de Jacob;
que transforma las peñas en estanques,
el pedernal en manantiales de agua.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.
Amén.

Oración :

Señor, Dios todopoderoso, que nos has arrancado del Egipto del pecado y nos has hecho nacer de nuevo por el agua y el Espíritu Santo, convirtiéndonos en raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada y pueblo adquirido por ti, concede a todos los que hemos sido llamados a salir de la tiniebla y a entrar en tu luz maravillosa proclamar tus hazañas en esta vida y cantar tus alabanzas con todos los elegidos, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración:

Señor, Dios todopoderoso, te damos gracias y te bendecimos porque en Cristo, tu Hijo y Señor nuestro, nos has librado de la esclavitud del pecado y, haciéndonos pasar por el agua salvadora del Bautismo, nos has concedido la verdadera libertad de los hijos de Dios; haz que el recuerdo de tus maravillas sea para todos nosotros causa de continua alegría mientras peregrinamos por este mundo hasta que finalmente consigamos, de una forma manifiesta, en tu reino, aquella misma libertad que la fe nos asegura que ya poseemos ahora bajo velos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

SALMO 117

Lectura orante

Todos los estudiosos del salterio opinan que este Salmo era el propio de la fiesta de los Tabernáculos, celebrada en otoño y expresa la festiva y gozosa liturgia del templo en ese día tan santo en Israel. Deja entrever una entusiasta marcha litúrgica y una solemne entrada en el templo. Hay que escuchar como trasfondo el bullicio, la alegría y el canto intercalado entre el solista, el coro y el pueblo. La muchedumbre del pueblo sube hasta el templo, entra por las puertas “*de los justos*” y la puerta del Señor está abierta por donde pasan los vencedores y dentro del templo se celebra la Roca de Israel con el canto del hosanna y ejecutando la danza sagrada con los ramos “*ilulav*” alrededor del altar. Es necesario que la casa de Israel, y la casa de Aarón, también los que temen al Señor, los prosélitos, alaben y proclamen la fidelidad “*hesed*” del Señor: “*porque es eterna su misericordia*”. Son imágenes muy hermosas, la asamblea canta y danza en torno al altar y los sacerdotes bendicen. “*En las tiendas de los justos*” “*in tabernáculo iustorum*” es una alusión a las cabañas o cobertizos que los israelitas construyen para celebrar la fiesta.

Es el Salmo pascual por excelencia. Toda la tradición patristica lo ha comentado y predicado desde la Pascua del Señor Jesús. La tradición litúrgica de las Iglesias ha proclamado este Salmo cada Domingo, porque profetiza la creación del Domingo, el día que el Señor ha creado. Con su gloriosa y vivificante resurrección ha creado el día en que ha actuado el Señor, el Domingo, “*Haec est dies, quam facit Dominus*” “*éste es el día en que actuó el Señor*”. Es la Pascua de cada Domingo. Sin la Resurrección del Señor no existiría el Domingo, es el octavo día, el inicio de la nueva creación.

La “*pedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho y ha sido un milagro patente*”. Jesús mismo, según el evangelio de Mateo, cita el Salmo: “*Y Jesús les dice: “¿No habéis leído nunca la Escritura: “La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho ha sido un milagro patente”?* (cf. 21,42). La piedra rechazada presente en la predicación apostólica (Hch 4,11-12) es también la piedra de tropiezo: “*Y también en piedra de choque y roca de estrellarse; y ellos chocan al despreciar la Palabra*” (1Pe 2,6-8) y sobre esta piedra la edificación de la Iglesia se alza bien compacta para ser templo en el Señor: “*Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor*” (Ef 2,20-21).

No hay ninguna liturgia cristiana que no cante este Salmo cada Domingo. Verdaderamente el Salmo canta la Resurrección y la Ascensión del Señor. Es el Señor quien canta e invita a cantar a la asamblea de la Iglesia. Como si fuera el solista, también un héroe, rodeado de su pueblo que celebra su victoria. Más que nunca en este Salmo Cristo aparece como el mismo cantor de los Salmos: *ipse cantator pasalmorum*.

Él ha abierto las puertas del santuario para que entren, festivamente, generaciones y generaciones de creyentes. Proclamamos, con este Salmo, la victoria pascual del Señor, mientras esperamos que llegue la consumación de la salvación en la Jerusalén del cielo.

Todas las fuerzas del mal se han abatido sobre el Señor y ha salido ileso y triunfador por su Resurrección. Es Él también quien ha soportado los castigos del Señor al sufrir para la expiación de nuestros pecados. Las palabras: “*No he de morir, viviré*” sólo pueden referirse a Jesús. Por Él, se abren las “*puertas del triunfo*”. Es a causa de Él que las puertas del Reino han sido abiertas para todos nosotros. La puerta del Señor es Él mismo y los justos desde entonces pueden entrar. San Jerónimo exulta predicando el versículo en la misma Noche de Pascua: “*Haec porta Domini*” “esta es la puerta del Señor”. Es la puerta que el Señor ha abierto para no cerrarla tras sí, por ésta puerta ha entrado el buen ladrón y tras él todos los que peregrinan hacia la Jerusalén del cielo (cf. *Ieronymus* PL 39, 2058-2059). Por esa puerta, predica san Jerónimo, en un célebre sermón, han estrado el buen ladrón, Pedro y Pablo..., es la puerta por la que debemos pasar todos y el umbral de esta puerta es la Iglesia. Recomendamos la lectura de este bellísimo sermón de san Jerónimo en la noche de Pascua.

Cada Domingo en el campamento de los justos, la Iglesia, se oyen cantos de fiesta y de victoria y nos hallamos, como los niños de los hebreos, con ramos en las manos, para aclamar al Señor, que entra en la ciudad santa, hasta llegar junto al altar para celebrar la Eucaristía, memorial de su sacrificio. En todo, por todo y siempre: “*porque es eterna su misericordia*”. No olvidemos que el versículo “*Bendito el que viene en el nombre del Señor*” se ha agregado al canto del *Sanctus* en las liturgias cristianas en el corazón de la Plegaria eucarística. El que vendrá con gloria al final del tiempo *es el que viene ahora* ya en la presencia sacramental de la Eucaristía. Esta dimensión escatológica se manifiesta también en Mt 23,39: “*Os digo que a partir de ahora no me veréis hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*”; los que han condenado a Jesús, verán venir al Señor en su gloria y lo reconocerán con estas palabras.

La liturgia ortodoxa le gusta cantar frecuentemente el verso: *“El Señor es Dios, él nos ilumina”* con el significado: *“Cristo ha resucitado, él nos ilumina”*. Recuerda el resplandor de la luz nueva de la Pascua que ilumina a los fieles y lo hace resplandecer todo: la Palabra, la Mesa, el Bautismo y la Asamblea de Dios. También los ministros de Dios. En los bellos troparios orientales los versículos del Salmo se intercalan en el diálogo de las miróforas, eran las santas mujeres que iban a ungir el cuerpo del Señor en la alborada de Pascua, cuando el Señor les sale al encuentro.

La Iglesia radiante, llena de una alegría única, en la noche de Pascua canta el Salmo cuando reencuentra el “Aleluya”, añorada desde el principio de la Cuaresma, en el momento más jubiloso de la liturgia católica. ¿Qué cristiano no tiene el corazón estremecido cuando entona el Aleluya en la Vigilia Pascual? Antes de escuchar el Evangelio de todos los Evangelios: *“Cristo ha resucitado”*. El Aleluya de la Noche de Pascua se canta ternariamente con los versículos de este Salmo.

Este Salmo fue cantado por Jesús y los discípulos al levantarse de la mesa de la Cena de la Pascua según el ritual judío. Es el himno *“Hal.lel”* que cantaron antes de salir hacia el huerto de los Olivos, saliendo de la ciudad por la puerta de Sión y descendiendo por el torrente de Cedrón. La luna hacía el pleno de la Pascua. Una luna que iluminó el rostro del Señor. También es el Salmo utilizado por los niños de los hebreos cuando glorificaron al Señor en su entrada en Jerusalén: *“Y la gente que iba delante y detrás gritaba: “Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”* (Mt 21,9). El Salmo se cierra con la misma aclamación responsorial por el que ha empezado: *“Dad gracias al Señor porque es bueno: porque es eterna su misericordia”*.

En la liturgia romana se cantaba a la hora Prima de los domingos, ahora suprimida. El versículo *“Haec est” “Éste es el día que actuó el Señor”*, se repetía en el antiguo breviario romano hasta la saciedad el día y la octava de Pascua. También en la Liturgia de las Horas ocupa el lugar del responsorio tras la lectura breve de las Horas Mayores durante la Octava pascual. En la distribución de la Liturgia de las Horas actual se canta todos los Domingos, ya sea en Laudes como en la Hora Menor. Es un Salmo privilegiado en las exequias cristianas, de uso antiquísimo, y se canta como canto procesional en el traslado del cuerpo del difunto hasta el lugar de la sepultura.

SALMO 117

Himno de acción de gracias después de la victoria

¡Aleluya!

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia.

En el peligro grité al Señor,
y me escuchó, poniéndome a salvo.

El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé.

Empujaban y empujaban para derribarme,
pero el Señor me ayudó;
el Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos:
“La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es excelsa,
la diestra del Señor es poderosa”.

No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

Abridme las puertas del triunfo,
y entraré para dar gracias al Señor.

- Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.

- Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.
Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente.

Éste es el día en que actuó el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo.
Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.

- Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;
el Señor es Dios, él nos ilumina.

- Ordenad una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar.

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo.

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Oración:

Señor, tú que nos has dado en el Domingo un día de gozo exultante, porque en él Cristo Jesús, la piedra que desecharon los arquitectos, ha venido a ser la piedra angular del edificio espiritual; concede a nuestras asambleas cristianas celebrar cada Domingo, con cantos de victoria, el triunfo singular de tu Hijo Resucitado. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Oración:

Dios Padre, lleno de bondad, que en este día del Domingo quieres que se escuchen cantos de victoria en las tiendas de los justos, haz que la Iglesia, unida al triunfo de tu Hijo, sea para todos los hombres piedra angular y puerta de triunfo: para que el mundo, cimentado sobre esta piedra, tenga también parte, con tu pueblo, en la victoria de Cristo sobre el dolor y la muerte.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

SALMO 46

Lectura orante

Históricamente el Salmo se refiere a la ascensión del arca de la alianza en Jerusalén. La liturgia de Israel lo canta en la fiesta del año nuevo (Rosh Hasanah). La Iglesia lo canta con un gozo inmenso el día de la Ascensión del Señor. El título de la versión Vulgata reza así: “*De Christi in cælum Ascensione, et salute Gentium*” “*De la Ascensión de Cristo al cielo y de la salvación de los pueblos*.”

Es el día en que el Señor se ha elevado el cielo al son de las trompetas, “*Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas*” que es el sonido de la predicación apostólica, su gloria es anunciada en todo el mundo. No se trata de las trompetas *in genere*, sino del *shofar* que tiene tanta significación bíblica en la liturgia de Israel. Era al toque del *shofar* que levantaba el campamento de Israel y se ponía en marcha y recordaba la revelación en el monte Sinaí. El instrumento es utilizado todavía hoy para el anuncio de las fiestas más grandes de Israel. Tiene sonidos diferentes, el más solemne, es el de *tekiah*, largo y alegre, que, según los judíos ortodoxos resonará en el advenimiento del Mesías.

Es un Salmo que canta la realeza de Cristo, manifestada en su victoria pascual. Él es “*el Señor sublime y terrible, emperador de toda la tierra*”. La resonancia cristiana se encuentra en las palabras de Jesús al final del Evangelio de Mateo: “*Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra*” (Mt 28,18). El Señor ha tomado posesión de su Reino y ha recibido la investidura real. La liturgia cristiana ha aplicado este Salmo a la Ascensión del Señor. Partiendo de su escondimiento, cumplió su peregrinación, hasta ser exaltado y sentarse en el trono del cielo; desde allí afirma su dominio sobre todos los pueblos, uniendo a gentiles con los hijos de Abrahán y preparando su Reino definitivo.

Toda la tradición cristiana ha visto la Ascensión de Cristo a la derecha del Padre. “*Dios se sienta en su trono sagrado*” es una imagen que en los cristianos evoca las palabras del Credo: “*Sedet ad dexteram Patris*” “*sentado a la derecha del Padre*”. La carta a los Hebreos explica la entrada de Jesús en el verdadero santuario: “*Pues bien, Cristo entró no en un santuario construido por hombres, imagen del auténtico, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros*” (Hb 9, 24).

Cristo Resucitado, ascendido a la derecha del Padre, debe ser alabado por el más bello de los himnos. Hay que ver también la universalidad de la Iglesia ya que el nuevo Israel dará acogida a todos los pueblos. Los pueblos gentiles que han entrado dentro de la guía del Evangelio. Nosotros somos su heredad: “*Él nos escogió por heredad suya: gloria de Jacob, su amado*”. Se realizan

así las perspectivas universales del Mesías esperado, que el II Isaías proclama en sus oráculos: “*Ensancha el espacio de tu tienda, despliega los toldos de tu morada*” (Is 54,2).

“*Pueblos todos, batid palmas*”. Las manos que aplauden son manos que deben ser llenas de buenas obras, dice San Agustín en un exceso de imaginación, en su sermón:

“Se quita su cuerpo de vuestra vista, pero Dios no se separa de vuestros corazones; vedlo ascender, creed en Él como ausente, esperad su venida; pero por una oculta misericordia sentidlo también presente. Porque el que ascendió al cielo para ser ocultado a vuestra vista, os hizo una promesa, diciendo: “Mirad que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (In Ps 46:7).

Este Salmo es verdaderamente impresionante y solemne.

SALMO 46

“Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas. Aleluya”

Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor es sublime y terrible,
emperador de toda la tierra.

Él nos somete los pueblos
y nos sojuzga las naciones;
él nos escogió por heredad suya:
gloria de Jacob, su amado.

Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas:
tocad para Dios, tocad,
tocad para nuestro rey, tocad.

Porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría.
Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado.

Los príncipes de los gentiles se reúnen
con el pueblo del Dios de Abrahán;
porque de Dios son los grandes de la tierra,

y él es excelso.

“Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas. Aleluya”

Oremos

Señor, tu Ascensión a la derecha del Padre nos llena de un gozo y de un júbilo desbordante, concédenos que esperemos tu retorno glorioso con una gran gran esperanza y en la práctica de las buenas obras, tu que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

SALMO 103

Lectura orante

En la liturgia de los griegos se canta cada día a Vísperas como primer Salmo, sólo por el verso: *“El sol conoce su ocaso”*. Fue el mismo Dios quien, al separar la luz de las tinieblas, celebró las primeras vísperas de la creación: *“Llamó Dios a la luz “día” y a la tiniebla llamó “noche”. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero”* (Gn 1, 5). Ya que la creación ha comenzado por la tarde, las Vísperas abren la jornada litúrgica, sobre todo, la del primer día de la semana, el día de la nueva creación, el Domingo. El Domingo es el día de la Resurrección pero lo es también de la creación; y en este marco lo reza la comunidad cristiana. *“Envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra”* (v.30), la liturgia descubre una alusión al Aliento de la nueva creación: el Espíritu de Pentecostés.

El Salmo es el *“cappo laboro”* de la poesía del Salterio con imágenes poéticas y metáforas sugerentes. Todo está empapado de movimiento y de vida. El agua como signo de fecundidad y de vida está presente en todas partes. Es una contemplación de la creación con toda su vitalidad. Es uno de los Salmos más antiguos del Salterio.

Es un canto celebrativo de la creación que se debe leer armónicamente con el poema de la creación del 1 y 2 capítulos del Génesis. Tanto es así que el Salmo sigue el orden de los días de la creación. El salmista expresa el gozo de Israel que alaba las obras de Dios y se convierte en una verdadero *“delectari”*, gozarse: *“Que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor”*. Sin embargo el gozo del salmista no reside sólo en la contemplación de las cosas creadas, sino por la relación de éstas con Dios. Lo creado es manifestación de la gloria de Dios. Para Israel es un gozo devolver a Dios con su alabanza la gloria que Él mismo otorgó al mundo y al hombre. Toda la creación se integra en la alabanza de Israel.

El Salmo es expresión cumbre de la alabanza de Israel que reconoce las bendiciones de Dios y las devuelve a Dios en la forma de la alabanza, integrando en su canto, toda la creación: *“Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío que grande eres!”* (v.1).

Todas las liturgias cristianas proclaman como primera lectura de la Vigilia Pascual el relato de la creación. Este es el Salmo responsorial que corresponde a la lectura de la creación. Ya que el Espíritu de Dios, *“Dominum vivificantem”*, llena de vida, vivifica, tanto la primera como la segunda creación. Tanto la lectura, como el Salmo, se concluyen con la antiquísima colecta: *“Que tus redimidos comprendan cómo la creación del mundo en el*

comienzo de los siglos, no fue obra de mayor grandeza que el sacrificio pascual de Cristo en la plenitud de los tiempos”.

En el Salmo está presente la Palabra de Dios y el “ruaj / pneuma / spiritus”. La Santa Trinidad ya se refleja en el Salmo, aunque ni el Verbo ni el Espíritu habían sido revelados. Es la vida que Dios da a su creación y ésta es vivificada constantemente por el acto creador de Dios: *“Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo”* (v.29). La creación es siempre en acto, *“in actu”*

“Envías tu aliento, y los creas y repueblas la faz de la tierra” (v. 30) *“emite spiritum tuum et creabuntur”*, lo hace particularmente sugerente para la liturgia de Pentecostés. Es el Espíritu que se hace presente en la creación y en la nueva creación, ambas por obra la Palabra y del Espíritu. Por la Palabra que es Cristo, el Verbo de Dios por el cual fueron creadas todas las cosas: *“Por medio de Él se hizo todo, y sin Él no se hizo nada de cuanto se ha hecho”* (Jn 1, 3) y el Espíritu que da vida a todas las cosas. Este *“Spiritus”* es el que el Señor da a la Iglesia en el misterio de Pentecostés por la que se renueva la faz de la tierra y devuelve la creación a la belleza original. Así Dios se puede alegrar de todo lo que ha hecho: *“Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras”* (v. 31).

En el versículo: *“Él saca el pan de los campos y vino que le alegra el corazón; y aceite que da brillo a su rostro, y alimento que le da fuerzas”*, la tradición de la Iglesia ha visto los sacramentos de la Nueva Alianza, de la Eucaristía y el santo Crisma. Es realmente maravilloso pensar que el aceite, el vino y el pan son la materia de los sacramentos de la Nueva Alianza estén presentes en el Salmo. Son signos de la creación ya transformada: *“Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios”* (Rm 8,19-21). Sobre estos elementos de la creación se invocará el Espíritu y estos serán signos de la nueva creación.

San Agustín tiene tres *“Enarrationes”* para comentar el Salmo a los fieles. Que desaparezcan de la tierra los injustos y pecadores no significa, dice San Agustín, que sean aniquilados, sino que sean justificados. Pues no es el hombre que debe desaparecer, sino el hombre pecador. El pecado del hombre hace estragos en la naturaleza; el hombre nuevo, del que Jesucristo Resucitado es ya la primicia, libre del pecado, aportará una nueva relación con la naturaleza, que se verá libre también del fracaso. El hombre es siempre salvado. Es el pecado lo que destruye la creación.

La preciosa Secuencia de Pentecostés se inspira en este Salmo:

*Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.*

*Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.*

*Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.*

*Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre*

*si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.*

*Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.*

*Reparte los siete dones
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.*

Salmo 103 - HIMNO AL DIOS CREADOR

“Envía tu Espíritu, y repuebla la faz de la tierra. Aleluya”

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

Extiendes los cielos como una tienda,
construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las alas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros;
el fuego llameante, de ministro.

Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y no vacilará jamás;
la cubriste con el manto del océano,
y las aguas se posaron sobre las montañas;

pero a tu bramido huyeron,
al fragor de tu trueno se precipitaron,

mientras subían los montes y bajaban los valles:
cada cual al puesto asignado.
Trazaste una frontera que no traspasarán,
y no volverán a cubrir la tierra.

De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes;
en ellos beben las fieras de los campos,
el asno salvaje apaga su sed;
junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su canto.

Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.

Él saca pan de los campos,
y vino que le alegra el corazón;
y aceite que da brillo a su rostro,
y alimento que le da fuerzas.

Se llenan de savia los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó:
allí anidan los pájaros,
en su cima pone casa la cigüeña.
Los riscos son para las cabras,
las peñas son madriguera de erizos.

Hiciste la luna con sus fases,
el sol conoce su ocaso.
Pones las tinieblas y viene la noche,
y rondan las fieras de la selva;
los cachorros rugen por la presa,
reclamando a Dios su comida.

Cuando brilla el sol, se retiran,
y se tumban en sus guaridas;
el hombre sale a sus faenas,
a su labranza hasta el atardecer.

Cuántas son tus obras, Señor,

y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus creaturas.

Ahí está el mar: ancho y dilatado,
en él bullen, sin número,
animales pequeños y grandes;
lo surcan las naves, y el Leviatán
que modelaste para que retoce.

Todos ellos aguardan
a que les echas comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan;
abres tu mano, y se sacian de bienes;
escondes tu rostro, y se espantan;
les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
Cuando él mira la tierra, ella tiembla;
cuando toca los montes, humean.

Cantaré al Señor mientras viva,
tocaré para mi Dios mientras exista:
que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

Que se acaben los pecadores en la tierra,
que los malvados no existan más.
¡Bendice, alma mía, al Señor!

“Envía tu Espíritu, y repuebla la faz de la tierra. Aleluya”

Oh Dios, que por el misterio de Pentecostés santificas a tu Iglesia, extendida por todas las naciones; derrama los dones de tu Espíritu sobre todos los confines de la tierra y no dejes de realizar hoy, en el corazón de tus fieles, aquellas mismas maravillas que obraste en los comienzos de la predicación evangélica. Por Jesucristo nuestro Señor.

4ª Parte

HISTORIA DE LA LITURGIA DE LAS HORAS

Ya hemos visto al comienzo de la 1ª parte como era la oración judía en tiempos de Cristo, y como Jesús da ejemplo de oración, y como el ideal de la comunidad apostólica era *"orar sin cesar"*: *"Todos ellos perseveraban unánimes en la oración"* (He 1,14). La misma perseverancia o asiduidad cuando, después de Pentecostés, la comunidad se amplía: *"Y se mantenían fieles a la enseñanza de los Apóstoles y a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones"* (He 2,42). Las comunidades posteriores tenían deseos de vivir esa "vida apostólica", es decir, de la comunidad descrita en los Hechos. San Pablo multiplica las exhortaciones a perseverar en la oración (Rom 12,12; Col 4,2; Ef 6,18). No se trata sólo de fidelidad a unos tiempos fijos de oración: *"Orad sin interrupción"* (1 Tes 5,17); *"En toda ocasión"* (Ef 6,18). Parece que hace alusión a algunas vigiliat: *"Con toda clase de oraciones y súplicas, orad en toda ocasión en el Espíritu y velad unánimemente con toda constancia y súplica por todo el pueblo santo y también por mí"* (Ef 6,18-19). Dice que ora día y noche (1 Tes 3,10; 2 Tes 1,11).

1. Las Horas de la oración cristiana (siglos I-III)

Para los cristianos la oración en determinados momentos del día y de la noche era la manera de llevar a la práctica el consejo del Señor: *"Es necesario orar siempre"* (Lc 18,1). Inmersos en un mundo ajeno y hostil, procuraban orar en unos momentos que simbolizasen la totalidad del día, y mantener así el espíritu en tensión constante hacia el Señor.

En la Didaché VIII,3, se habla de la recitación del Padrenuestro tres veces al día. En la Carta de Plinio el Joven a Trajano se habla de la reunión matinal de los cristianos para cantar un himno a Cristo como a un "dios" (a.112). San Clemente Romano menciona los tiempos y las horas establecidos para hacer lo que mandó el Señor (Ad Cor 40,1, en PG 1,287-288). Pero Clemente de Alejandría es el primero en mencionar, junto con el oficio de la mañana, las tres horas diurnas de tercia, sexta y nona:

"Puesto que el oriente significa el nacimiento del sol y allí comienza la luz que brota de las tinieblas, imagen de la ignorancia, el día representa el conocimiento de la verdad. Por eso, al salir el sol, se tienen las preces matinales... Algunos también dedican a la plegaria unas horas fijas y determinadas, como tercia, sexta y nona, de forma que el gnóstico (=iniciado)

puede orar durante toda su vida, en coloquio con Dios por medio de la plegaria. Ellos saben que esta triple división de las horas, que siempre son santificadas con la oración, recuerda a la Santa Trinidad" (Stromm. 7,7, en PG 9,456-457).

Tertuliano (a.220) relaciona las horas de tercia, sexta y nona con episodios de la Escritura. Habla de horas "legitimae", o sea establecidas y mantenidas de forma regular por la comunidad: las del comienzo del día y de la noche. También menciona las vigiliass:

"Respecto del tiempo, no has de considerar inútil la observancia de algunas horas más, a las que llamo "comunes", que señalan los momentos en que se reparte el día: la tercia, la sexta y la nona, que en la Sagrada Escritura hallas destacadas con mayor solemnidad. En la hora tercia fue infundido por primera vez el Espíritu Santo a los Apóstoles cuando estaban reunidos. A la hora sexta subió Pedro a la terraza para orar el día que experimentó la visión de la universalidad de la comunidad en aquel lienzo. El mismo Pedro subía con Juan al templo a la hora de nona cuando curó al paralítico. De suyo no existe precepto alguno que mande observar estas horas. Sin embargo es bueno pensar que en la recomendación de orar se presupone cierta urgencia, y que, como si fuera una ley, nos apartemos de los negocios y nos dediquemos de cuando en cuando a orar. Lo mismo hacía Daniel, según leemos, observando las normas de Israel; lo mismo debemos hacer nosotros, servidores del Dios Trino, a quien debemos adorar por lo menos tres veces al día: al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Exceptuamos naturalmente las oraciones mandadas por ley ("legitimae") que, por encima de cualquier recomendación, debemos observar al salir el sol y al caer la tarde" (De oratione,25, en PL 1,1300).

"¿Quién se habría de apartar de su lado en las celebraciones nocturnas, cuando las hay? ¿Quién se estaría sin preocupaciones en la vigilia de la solemnidad de la Pascua? ¿Te esconderías cuando te levantas para orar por la noche, y te dedicarías a una acción mágica?" (Ad uxorem, 2, 4-5, en PL 1,1047-1048).

Hipólito de Roma (a.235), es el autor de la "Traditio Apostolica", un testimonio muy importante de la Liturgia de la primitiva Iglesia. En el número 25 habla del "lucernario" o bendición de la lámpara. En el 35 habla de la oración al levantarse y de asistir a la celebración matinal; enumera los momentos de la oración privada, tercia, sexta y nona, y concluye haciendo referencia a las oraciones de acostarse y durante la noche.

"Si te encuentras en casa, haz oración al llegar la hora tercia, y bendice al Señor. Si estás en otro lugar, ora en tu corazón en este momento a Dios. Pues en esta hora fue contemplado Cristo clavado en el madero..."

Ora igualmente al llegar la hora sexta. Cuando Cristo fue clavado en la cruz, el día se dividió en dos y sobrevinieron grandes tinieblas. Hay que orar en esta hora con oración intensa, imitando su voz (de Jesús) que oraba, mientras la creación se ensombrecía a causa de la incredulidad de los judíos.

Hay que hacer también una gran plegaria y una gran bendición a la hora nona, para imitar la forma como el alma de los justos alaba a Dios... En esta hora, del costado abierto de Cristo brotó agua y sangre, iluminándose el día hasta las vísperas.

Al empezar a dormir e iniciar un nuevo día, se produce una imagen de la resurrección... Haz oración antes de acostarte.

Y lo mismo a la hora del canto del gallo. A esa hora los hijos de Israel negaron a Cristo..." (Traditio Apostolica, 41).

Es muy importante subrayar el sentido de las horas de plegaria que se funda en la memoria de la pasión-muerte-resurrección, misterio pascual de Jesús: crucifixión (Mc 15,25), el grito de Jesús en la cruz y las tinieblas (Mt 27,45; Mc 15,33; Lc 23,44-45); las negaciones de Pedro (Mt 26,69-75). Pero lo más significativo es que se invita a unirse y asociarse a la propia oración de Cristo.

También encontramos el texto de bendición de la lámpara, la oración del lucernario, el significado de la oración vespertina que nos evoca los textos de la bendición del cirio pascual:

"Te damos gracias, Señor, por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, por medio del cual nos iluminas, revelándonos la luz que no tiene ocaso. Cuando completamos la duración de la jornada y nos acercamos al comienzo de la noche, llenos de la luz del día que creaste para nuestra satisfacción, puesto que ahora, por tu gracia, nos falta la luz de la tarde, te alabamos y te glorificamos por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor, por el cual a tí la gloria, el poder y el honor, con el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos" (Traditio Apostolica, 25).

Nos recuerda Ef 5,14, y el himno oriental "Fos ilarón": "Luz gozosa de la santa gloria".

2. Las Horas de la oración cristiana (siglos IV-VI)

A lo largo del siglo IV la paz de la Iglesia favorece la vida litúrgica, ya sea por la construcción de lugares de culto, peregrinaciones y auge de la ascesis. La Oración de las Horas se hace comunitaria, la oración del pueblo cristiano alrededor del obispo y sus presbíteros (oficio catedralicio) y la oración de los ascetas y monjes (oficio monástico).

a) La Oración de las Horas del pueblo cristiano

A partir de mediados del siglo IV encontramos testimonios que describen estas comunidades, en Palestina el testimonio de Egeria, en Antioquía San Juan Crisóstomo (Homil.6 in Tim.2, en PG 62,530), en Costantinopla San Juan Crisóstomo (Homil.18 in Act.Apost.5 en PG 60,147), en Africa San Agustín (Confesiones 5,9,17). San Juan Crisóstomo, en Antioquía, al catequizar a sus neófitos les advierte que dichas reuniones forman parte necesaria de la jornada de un cristiano. Y los concilios hispanos y galos de los siglos V y VI fijan los detalles y recomiendan que se haga.

"El hecho de instituir para Dios en toda la tierra en las Iglesias de Dios, cada vez que sale el sol y cada vez que cae la tarde, "himnos", "alabanzas" y, literalmente, "gozos divinos", es un signo extraordinario del poder de Dios. Son "gozos de Dios" esos himnos que, cada mañana y cada tarde, se elevan en las Iglesias por toda la tierra..." (Eusebio de Cesarea, In psal.64, en PG 23,639-640) (a.330-340).

Son reuniones del pueblo en que los fieles cantan los "salmos de la mañana" y los "salmos de la tarde", siempre los mismos y que saben de memoria. Por la mañana se incluyen algunos cánticos bíblicos. En ciertas Iglesias hay predicación diaria, y se concluye con unas intercesiones y una oración pronunciada por el obispo o un presbítero.

Además de estas dos reuniones de oración, los fieles eran convocados a frecuentes vigiliat nocturnas. A imitación de la Vigilia pascual, otras fiestas eran celebradas con una vigilia que terminaba con la celebración de la Eucaristía: Navidad, Epifanía, Pentecostés y en algunas Iglesias cada domingo. Las vigiliat más populares eran las de los aniversarios de los mártires, celebradas junto a sus tumbas.

b) La Oración de las Horas de los ascetas y monasterios

Hay cristianos deseosos de una vida más perfecta de consagración al Señor en la ascesis y la oración, pero viviendo en las ciudades. Su oración se

organiza en la Iglesia local, presidida por los presbíteros. Pero otros se retiran al desierto, a los monasterios, construyendo un lugar de oración, "oratorium". Obedecen a una regla, en Egipto San Pacomio, en Oriente, la de San Basilio, en Occidente, el "ordo monasterii" agustino, la de San Cesáreo, San Fructuoso, San Isidoro, San Columbano, San Benito. Todos intentan vivir con intensidad el mandamiento de orar incesantemente.

Algunos monasterios sólo tenían dos reuniones de oración prolongada, por la mañana y por la tarde (en Egipto), y rechazaban todas las demás horas porque querían orar sin cesar. Pero la mayoría hicieron comunitarias las horas de oración durante el día: tercia, sexta y nona. Tienen oraciones nocturnas prolongadas, o a media noche o al canto del gallo, y muchos domingos una vigilia de toda la noche.

En el uso monástico aparecen dos tiempos nuevos de oración. En el momento de acostarse, una oración que consiste en la recitación del Salmo 90, y San Basilio es el primer testimonio (en PG 31,1016), se llama "completa" o "completorium". Y la oración de primera hora "prima", según Casiano fue establecida por los monjes de Belén hacia finales del siglo IV para evitar que los monjes perzosos, después de la oración del alba, se volvieran a meter en cama hasta la tercera hora.

En el oficio monástico la selección de los Salmos era según criterios ascéticos y litúrgicos. De ahí que se tomasen, en ocasiones, los Salmos según orden del Salterio, y otras haciendo una lectura selectiva de su contenido. Se procuraba recitar el Salterio completo dentro de un determinado período que podía ser de un día, 150 Salmos, de una semana o de dos. La "Regula Monasteriorum" de San Benito (480-547), distribuye el Salterio en una semana, aunque repite a diario algunos Salmos, y dice que hay que cantar cuatro en las horas diurnas, cuatro en las vísperas y siete en los laudes. Para las vigiliass estable doce.

Al difundirse la orden benedictina por toda Europa y la elevación de muchos monjes al episcopado, hace que se traspase el modelo monástico a las celebraciones del pueblo cristiano.

3. El Oficio completo, cotidiano y solemne (siglos VI-IX)

No existía la recitación "privada" ni la abreviación de las horas. Cada Iglesia particular tenía su propia organización. Las horas del oficio llenaban todo el día, pues no se celebraba diariamente la Eucaristía, excepto en las Témporas y en Cuaresma que se hacía la celebración los miércoles, viernes y sábado.

En España se distinguían bien los oficios catedral (pueblo de Dios) y monástico. En esta época hay mucha creatividad: antífonas, himnos, responsorios, colectas. Puede decirse que el Oficio divino tal como queda estructurado en esta época, llegará hasta la reforma de San Pío X.

Estamos en tiempos de Pipino, Carlomagno y el Concilio de Aquisgrán, que dictan numerosas disposiciones sobre la obligatoriedad de celebrarlo en las Iglesias y por todo el clero.

4. La aparición del Oficio "privado"

La celebración completa, diaria y solemne del Oficio divino impuesta por las leyes carolingias, se convirtió en una carga pesada para el clero, especialmente para el dedicado a la cura de almas en pueblos y aldeas. Por eso, ya desde el siglo X redujeron el número de Salmos y lecturas de maitines y las celebraciones solemnes a las Iglesias principales.

Coincidiendo con la época de hierro del pontificado, la Liturgia romana decae y emigra, y los libros litúrgicos vuelven con las influencias germánicas y galicanas. Para celebrar el Oficio solemnemente en el coro hacía falta siete libros diferentes. Pero en la capilla de San Lorenzo del palacio del Papa se reunían un pequeño grupo de colaboradores que usaban una abreviación privada de los libros utilizados en la basílica de Letrán. Un siglo después el Papa Inocencio III adapta e introduce el Oficio de la capilla papal y nace el "Breviario de la Curia Romana".

Los franciscanos, hacia el año 1230, adoptan este Oficio abreviado y lo difunden por toda Europa. Tenemos ya un libro, breviario, en el que aparece unificado, en aras de la comodidad, el Oficio divino. Y así se impone en todas partes el modelo de breviario-romano-benedictino, galicanizado y reducido.

Hasta ahora el Oficio era celebrado en la Iglesia, en común y con toda solemnidad. A partir de ahora se abre camino la práctica de sustituir la obligación coral por la recitación privada. El clero se dispersa, y los juristas y teólogos dicen que se puede dispensar, por motivos justos, las horas del oficio coral, a condición de recitarlas particularmente donde y como se pueda. Y la conciencia de que el Oficio divino es cosa de monjes y clérigos (desde el subdiaconado), y lo que era una excepción, la dispensa de la celebración comunitaria, se convierte en norma.

Lo mismo pasa con la celebración de la Eucaristía, con la funesta distinción entre Misa solemne, Misa privada y rezada. Se considera accidental

los cantos, los ministros. Y el pueblo santo de Dios acude a las celebraciones, en silencio y sin entender nada de lo que se hace y se dice.

5. El Oficio divino desde el siglo XVI hasta hoy

El Breviario de la Curia Romana, tan difundido por los franciscanos, fue aumentando con la introducción de nuevas fiestas y los grados de solemnización de las mismas. También el rubricismo lo había complicado, y las leyendas hagiográficas. Pero todos continuaban creyendo que era cosa de monjes y clérigos. De ahí que surgieron intentos de reformas: la del cardenal Quiñones, los Teatinos, y el Breviario de San Pio V.

El cardenal Quiñones quería una vuelta a la pureza primitiva, a la Biblia y a los Padres, y abandono de hagiografía dudosa. Se llegó a imprimir, pero fue olvidado por el Concilio de Trento y suprimido por Paulo IV en 1558. El proyecto de los Teatinos, en principio destinado a ellos, pero para extenderlo a toda la Iglesia, se vió impedido con la muerte del Papa Paulo IV.

Entre los planes del Concilio de Trento, figuraba la reforma del Breviario, pero hasta 1563 no se presentan los primeros esquemas. La comisión encontró muchas dificultades y dejó el tema en manos del Papa. Pio IV asumió el proyecto de los españoles, y San Pio V concluyó los trabajos, y promulgó el Breviario "según los decretos del Sacrosanto Concilio Tridentino", con la bula del 19 de julio de 1568.

Pero se repite la historia: el santoral invade el terreno del ciclo del Señor, anulando incluso los domingos. En 1911, San Pio X, hace una nueva reforma, con Salmos distintos para cada día y cada Hora. Pio XII encarga una nueva traducción del Salterio. Pero se continuaba olvidando que el Oficio era y es de todo el pueblo santo de Dios.

Con el Concilio del Papa Juan XXIII, el Concilio Vaticano II, las grandes líneas de la Constitución "Sacrosanctum Concilium", harán posible la gran reforma litúrgica, ayudarán a la reforma de la Liturgia de las Horas que hoy tenemos.

El 1964 se crea el "Consilium", se publica "Inter Oecumenici" que aplica las disposiciones conciliares, por ejemplo la lengua vulgar. Una comisión trabaja en la preparación de la nueva Liturgia de las Horas, con un proyecto presentado en 1967 al primer Sínodo de los Obispos, y una consulta que se hace en 1969 a todo el episcopado. Promulgación de la edición típica del "Oficio Divino según el Rito Romano" con la Constitución apostólica "Laudis Canticum" de Pablo VI. En abril de 1971 sale el primer volumen de los cuatro

que componen la edición. La edición española provisional aparece en 1972, y es presentada la oficial el 21-XI-1979.

Conclusión

El Oficio divino, Liturgia de las Horas, nace para hacer posible el consejo de Jesús a sus Apóstoles: "*conviene orar siempre*". En los primeros siglos es todo el pueblo santo de Dios quien reza. Después el clero y los monjes absorben una función que corresponde a toda la comunidad. Y a medida que se produce este fenómeno se multiplican los problemas, los intentos de reforma y los proyectos.

Podemos sacar una conclusión de toda esta historia: el Oficio divino tiene que estar organizado y ordenado para su verdadero destinatario, la comunidad cristiana, con el presbítero con ella; y por otra parte los monjes y los religiosos, sin trasvase del modelo monástico al eclesial. Esto se ha pretendido en la nueva estructura y composición de la Liturgia de las Horas.

Pero tenemos un reto que hay que afrontar: las comunidades cristianas tienen que celebrar los tiempos de plegaria que santifican el día y la noche, la oración de la mañana y la oración de la tarde, que son los Oficios que distinguieron durante muchos siglos a la celebración parroquial y catedral de la monástica.

